

SYNTHESIZING







A.T.V.
3243

Ensayos sobre el Renacimiento Vasco
(1912 y 1913)

«Ocupados en continuas guerras no aspiraban a otra cosa que a la gloria de las armas y a dilatar más y más su dominio en las provincias circunvecinas, sin cuidarse de la cultura de las ciencias, ni de los honores literarios, siendo más grato a sus oídos el sonido de la trompa militar, órgano triste de la desolación y de la desdicha, que los suaves acentos de la cítara de Apolo.»

(MARIANO LUIS URQUIJO.—*El estado actual de nuestros teatros.*—Madrid, 1719.)

M10543
R 4752

ENSAYOS SOBRE EL RENACIMIENTO VASCO

POR

Fernando de la Quadra Salcedo



BILBAO

DOCHAO (Primitiva Casa Delmas)

1820-1917

Es propiedad.

BILBAO.—DOCHAO (Primitiva Casa Delmas).—1820-1917

ÍNDICE

	Páginas
Nota preliminar	VII
<i>Indice de nombres:</i>	
Cultura vasca	XI
Cultura extranjera	XIV
<i>Catalanes y vascos:</i>	
Ayala y Lullo	3
Valores del Señorío	7
Lope de Salazar y Beltrán de Born	11
Trovadores y versolaris.	17
De Música	25
<i>La casa solariega:</i>	
Restauración.	31
Por Europa	54
Ancha Castilla	37
Torres de Vizcaya.	41
El Colegio del Arzobispo	49
Sonreía entre los pliegues de su gola	53
El infanzonazgo	57
<i>Valores del siglo XVIII:</i>	
Santiaguistas y calafravos	65
Entre los Aubusson	69
Románticos y aristócratas	75
El Conde de Chesterfield	79
El arte de conversar	83
La sela de armas	87
Las miniaturas	91
Comentando unas frases de Unamuno	99

<i>El contenido histórico y literario del país:</i>	
El yelmo de Mambrino o la fuerza de la sangre	111
Tradición espiritual	115
Soy vasco	119
Cuestión de fondo.	123
El cincel y el pincel	127
Guevara	133
Encauzando el renacimiento vasco	137
Falta de estudio	145
Concepto sobre nuestro renacimiento	149
VI en Faenza y Pisa	151
 <i>Artes:</i>	
La ópera vasca.	157
Cuestión previa.	163
Elementos privativos	166
La técnica.	169
Nueva orientación	172
La tradición pictórica de nuestro país	177
Un pincel y tres semblanzas	185
En el oratorio ante un Greco	189
Nuestros juegos	195
 <i>La tierra llana:</i>	
El palaskari	201
D. Lope de Echevarría	205
La rueca de Oleamendi	209
Espatadanzari	213
La sorguifa	215
La casa mayorazga	219

Nota preliminar

Hace tiempo anuncie la publicación de mis Ensayos sobre el Renacimiento Vasco y hoy los presento al comentario de las gentes para que sirva de meditación y conocimiento en las cosas de su país. Desde que se escribieron, durante los años 1912 y 1913 casi todos, ha experimentado Vizcaya fuerte transformación. Los conceptos sobre el valor literario y espiritual han nacido, se han divulgado y han sido objeto de preocupaciones. La misma política, aquí tan poco ágil y de fundamentos demasiado utilitarios, lucha por incorporar las ideas espirituales a su credo y se atisba ya una ciencia política y una política más ornamentada en hechos y en ideas.

Mi labor ha influido en estas cosas con alguna eficacia y como los motivos de obrar que yo expuse al país pueden desdibujarse con los años, los he recogido para presentarlos en éste y otros volúmenes a fin de que nada se olvide y de que las ideas que fueron un día norma, continúen siéndolo.

Epochas de nuestra historia, cuya transcendencia por ser orientación y doctrina era desconocida u

olvidada, saqué a la luz del sol de los archivos y bibliotecas del patriciado vizcaino.

Su lectura inició en más de un joven escritor el deseo de conocer las cosas de un país de quien públicamente se decía y repetía que no tenía historia, ni personalidad, ni hombres ilustres por su sabiduría.

Mi triunfo fué mayor cuando se pudo ver que aquellos mismos que me habían desoido y aun intentado contradecir volvían sobre sus equivocados pasos dándose el caso de que hubo quien pretendió levantar bandera con mis ideas y doctrina, dejando en el campo la suya, extranjerizante y manida.

*Nadie, por otra parte, en el país vasco, había dado su pensamiento en forma de *Ensayos*, cosa tan divulgada entre los franceses, y sobre todo, nadie había sometido nuestra historia al examen que requiere este género de literatura. Procure siempre que estos mis ensayos fueran concisos, completos, amenos y críticos.*

Con la concisión, resumia prudencialmente extensos hechos y amplias investigaciones; con la plenitud, no dejaba de tocar punto que ofreciese interés; con la amenidad, atraía lectores y ornamentaba el lenguaje, y con la crítica, iluminaba campos ignorados, dando relieve y nueva vida a cuanto constituía la personalidad de las naciones vascas.

El fin de mis estudios no fué literario, ni moralista, mas sin descuidar lo uno ni lo otro me propuse estimular las aficiones dormidas de los buscadores de oro. Nadie antes que yo había dado vibración de

actualidad a ciertos problemas de Vizcaya levantando en su derredor el comentario y la polémica.

Algunos de mis asuntos adquirieron mayor actualidad años después de escritos que cuando se publicaron. Tal sucede con mis análisis sobre Catalanes y vascos, por razones a todos manifiestas.

Excluyo de este volumen los trabajos que publicó La Veu de Catalunya sobre Nemesio de Mogrovejo y su Orfeo porque los daré en otro que tratará de arte vasco más especialmente.

Van mis Ensayos tales, cuales salieron en diarios y revistas, con levisimas enmiendas generalmente de forma, de modo que puedo repetir a mis lectores aquel

Ille ego sum

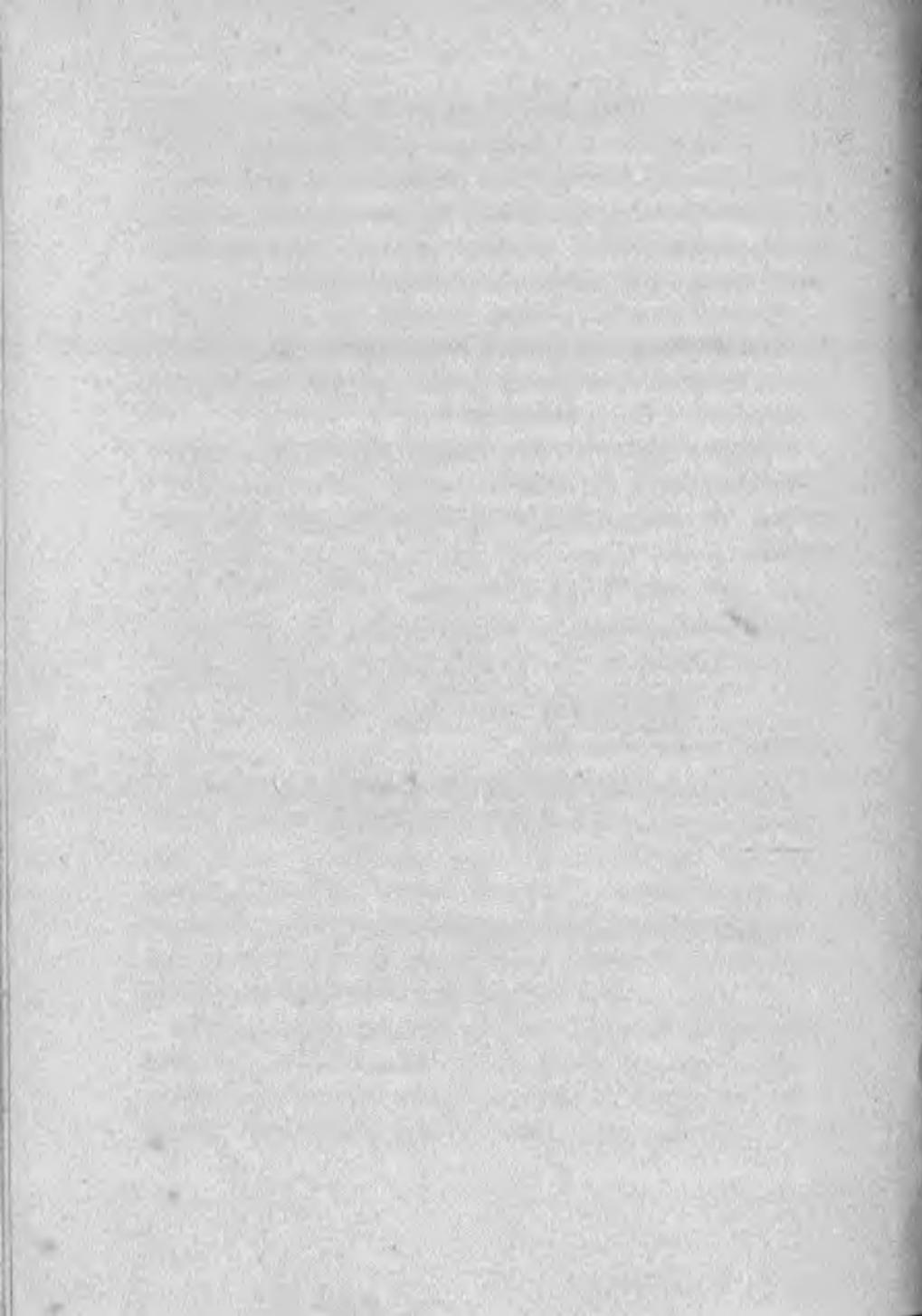
(yo soy aquel mismo) de Publio Ovidio, aunque para más de uno tenga que añadir con el mismo autor

quamquam non vis audire

(aunque no quieras oírlo).

**Fernando de la Quadra Salcedo
y Arrieta-Mascárua.**

Bilbao 1 de Enero de 1918.



ÍNDICE DE NOMBRES

CULTURA VASCA

- Abadie.—105.
Alava.—117, 145.
Almendáriz.—145.
Aguirre.—105.
Aguirre.—145.
Aguirre, Juan de.—117.
Alda.—112.
Aldamar.—102.
Ahedo, Diego de.—52, 55.
Amézagas.—50.
Andsa Domenjón.—157.
Andolauza.—9.
Anchieta.—117.
Araquistain.—105, 165.
Aranguren.—101.
Arana.—106, 165.
Arana, Vicente.—105.
Araoz.—56, 117, 157.
Arcaya.—165.
Arbe.—54.
Arizpe.—54.
Arguinzóniz.—101.
Arlazgos.—55.
Arteaga, Esteban.—144,
 171.
Arrieta.—26, 157.
Arrieta-Mascárua.—105.
Astrain.—105.
Asbaje, Juana.—112, 116.
Arzadun.—107.
Ayala, El Canciller.—4, 5,
 100, 145, 146.
Avendaño.—45.
Azpilicueta, Xavier.—117.
Azkúe.—161.
Báñez de Artazubiaga.—
 54, 117, 140.
Barco.—144.
Baroja, Serafín.—161.
Baroja, Pío.—105.
Bereyarza.—112.
Berri-Ochoa.—55.
Buhrón, Alonso Idiaquez.
 —44.
Buhrón, Gonzalo Gómez.
 —45.
Buhrón, Ochoa.—45.
Buhrón, Juan Pérez de.—45.
Campion, Arturo.—105.
Carranza, Bartolomé.—19.
Carranza, Sancho de.—
 144, 146.
Casajara, Marqués de.—
 55, 102, 157.

- Cosa, Juan de la.—117.
Coscojales.—112.
Churruca.—10.
Danzaria.—161.
Delmas.—105.
Echabe.—121.
Echaide.—157.
Echegaray, Carmelo.—
 105.
Egaña.—102.
Eguía.—157.
Elcano.—9, 117, 164.
Elizalde.—144.
Elola.—157.
Enrique IV.—146.
Erauso (Monja Alférez).—
 157.
Ercilla.—48, 127, 146.
Ercilla, Fortún.—117, 118,
 150.
Eslava.—26.
Esparza.—144, 157.
Esquivel.—117.
Eugui.—4.
Gamboa.—157.
Gamániz.—42.
Garay.—107.
Garibay.—55, 112, 116.
Gaztambide.—157.
Gaztañeta.—117.
Gaztelu.—145.
Gaviria.—56.
Gaytán.—56.
Granada, Duques de.—101.
Gorosábel.—102.
Guevara.—55, 112, 151.
Guimón.—161.
Hormaeche.—102.
Huarte.—112, 117.
Iciar.—157.
Ibarreta.—117.
Ibarra.—117, 157.
Ibargoen, Elvira Sánchez.
 —45.
Ibarrola.—145.
Iparraguirre.—161.
Iradier.—115, 117.
Irango, El Condestable.—55
Isasti.—112.
Iturriza.—112, 116.
Iztueta.—161.
Jasu, Xavier de.—117.
Jáuregui.—56.
Labayru.—105.
La Calle.—102.
Larregla.—26.
Lazcano, López de.—157.
La Puente.—157.
Larrea.—157.
Laurencín, Juan de.—70.
Legazpi.—115.
Leiva, Elvira de.—44.
Lequerica.—102.
Lizárraga.—117.
Lizaso.—102, 112, 116.
Lizardi.—107.
Lope V. Cabeza Brava.—
 100.
Loyola.—112, 146, 150.
Loizaga.—102.
Loredo.—102.
Loridon Donata.—95.
Luco.—144.
Madariaga.—157.
Mazarredo.—117.
Mendieita.—105, 112.
Pedro Hurtado de Mendo-
 za.—120.
Menchaca.—144.
Mendizábal.—56.
Mendoza, Iñigo López.—5.
Mendoza.—5, 38, 151.
Mercado y Zuazola, Ro-
 drigo de.—55.

- Miniaturas (varios).—94,
 95, 96, 97, 98.
 Minteguiaga.—106.
 Moguel, Vicenta.—67.
 Mollinedo.—67.
 Moraza.—102.
 Moret.—112.
 Moriana.—102.
 Morlanes.—120.
 Móxica, Fernán.—19.
 Múgica, Juan Alonso II.
 —44.
 Múgica, Juan Alonso III.
 —44.
 Múgica, Juan Alonso II.
 —44.
 Múgica, María Alonso.—
 43.
 Munive, Javier.—66.
 Murga.—112.
 Novia de Salcedo, Pedro.
 —72, 101, 103.
 Ocamica.—112.
 Olabe.—117, 157.
 Oloriz.—105.
 Onderiz.—117, 151.
 Oquendo.—7, 10.
 Orbe.—157.
 Orbegozo, Matilde de.—72.
 Orduña.—145.
 Ortíñez, Fortún.—42.
 Osinaga.—54.
 Ozaeta.—56.
 Pando.—67.
 Peña y Goñi.—157.
 Peñaflorida, Conde de.—
 56, 66, 67, 101, 157, 161.
 Pintores.—129, 130, 151.
 Portuondo.—9.
 Puerto, Marqués del.—112.
 Quintana.—67.
 Recalde.—7.
 Roncalf, Marquesa de.—72.
 Salazar, Lope de.—12, 42,
 48, 100, 107, 112, 166.
 San Juan, Condes de.—101.
 San Martín Aguirre o Loi-
 naz.—56.
 Salaverría.—106.
 Salaberri.—21.
 Salcedo, Hurtado de.—157.
 San Cyran.—112, 116, 157.
 Sagarminaga.—101, 158.
 San Pelayo Ortiz de.—15.
 Segura.—55.
 Soroa.—161.
 Sumaran, Juan Angel.—118.
 Terreros y Pando.—118.
 Trueba.—71, 103, 169.
 Torre-Múzquiz.—161.
 Urbieto.—164.
 Urdaneta.—164.
 Uribarri.—55.
 Urquijo, Mariano Luis.—
 67, 101, 157.
 Urraburu.—105.
 Usandizaga.—170.
 Valmediano, Marqués de.—
 101.
 Valle.—161.
 Vasurto.—145.
 Vidal.—155.
 Villafas, Marqués de.—
 67, 101.
 Villoslada, Navarro.—103.
 Villela.—45.
 Vitoria Francisco de.—
 116, 146.
 Vizcardi.—171.
 Zaldúa.—55.
 Zamácola.—101.
 Zamudio, Ordoño [de].—43.
 Zapirain.—161.
 Zárate.—55.

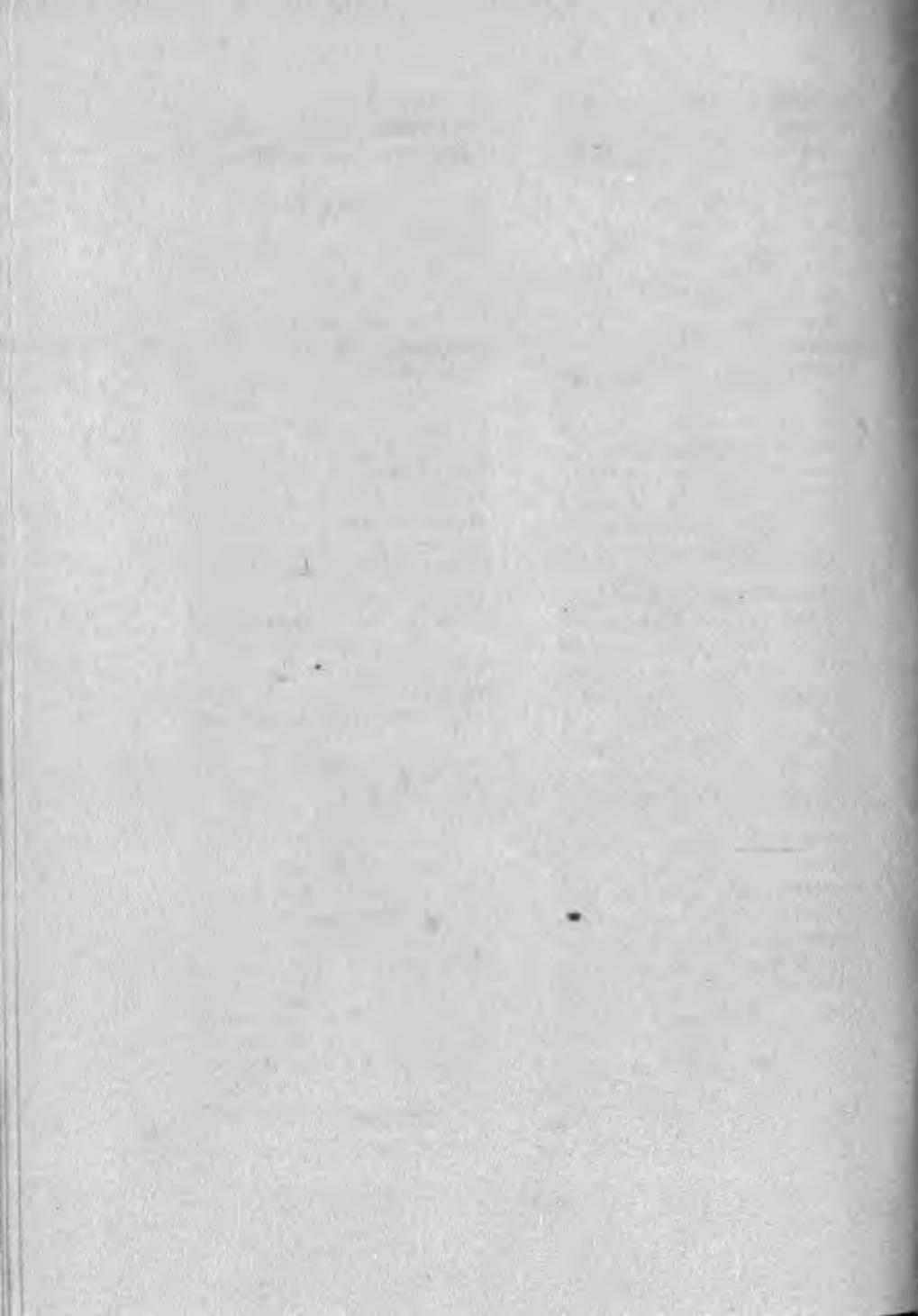
Zavala.—106, 107, 157.
Zavaleta.—157.
Zolina, Vizcondes de.—101.

Zubiaurre.—171.
Zumárraga.—117, 157.
Zuricalday.—76.

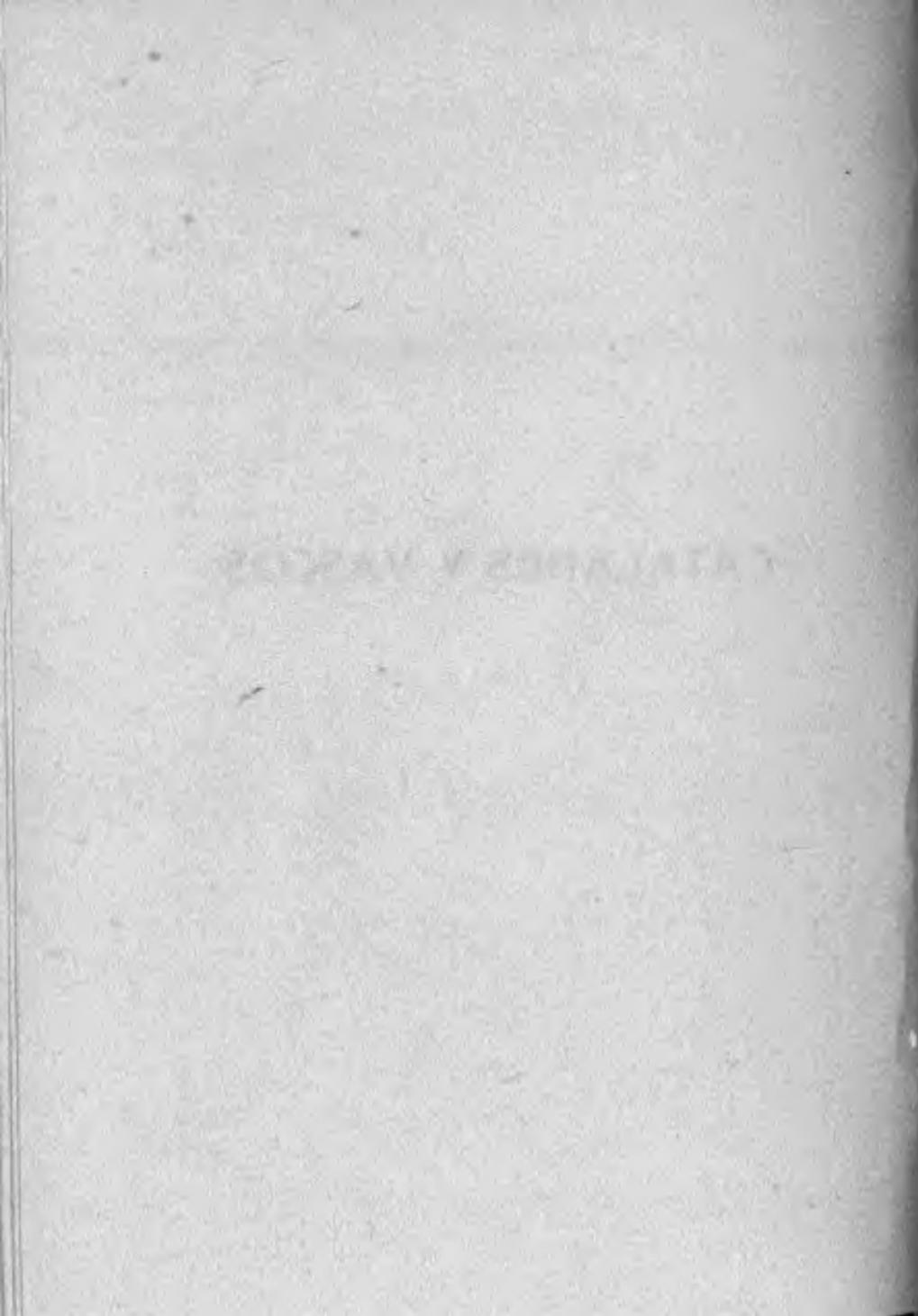
CULTURA EXTRANJERA

- Agustino, San.—67.
Alcibiades.—56.
Alberto Magno.—144.
Alejandro Magno.—27.
Alfonso II.—15.
Alfonso I.—8.
Alfonso II.—20.
Auelet.—102.
Anatole France.—100.
Armstrong M.—91.
Aubry.—
Avenas Conde.—70.
Balaguer.—21.
Barceló.—10.
Becadeili.—144.
Bembo.—5.
Berguedán, Guillermo de.—20.
Boccaccio.—162.
Borgia, César.—59.
Born, Beltrán de.—12.
Borneil.—20.
Boscán de Almogaver.—5.
Bussiere, Barón de.—70.
Catón.—122.
César.—12.
Chrysolora.—144.
Colón.—8.
Colombiere, Wilson de la.—70.
Coloma, Carlos.—65.
- Comella, Joseph.—26.
Corday, Carlota.—94.
Cortés.—115.
Couvrechef.—102.
Cooper, Samuel.—91.
Cosway, Richard.—92.
Chateaubriand.—17.
Chesterfield, Conde de.—79, 80, 85.
D'Alambert.—66.
D'Annunzio.—143.
Diderot.—66.
Dante.—17.
Eduardo III de Inglaterra.—115.
Engleheart.—92.
Enrique VIII.—91.
Roger de Flor.—10.
Gall.—117.
Geoffrin Stille.—66.
Goethe.—162.
Guerín.—92.
Hull.—92.
Haro, Conde de.—44.
Herbelin, Mmc.—92.
Herculano.—165.
Holbein Hans.—91.
Homero.—105.
Hoskins John.—91.
Humbolt.—18.
Isabey.—92.

- Jannequin.—25.
Jansen.—17.
Jaime el Conquistador.—8.
Jenofonte.—12.
Lauría, Roger de.—9.
Lemaitre. 145.
Lespinasse, Mlle.—66.
Lotti.—145.
Luis XV.—66.
Luis XVIII.—92.
Lulio.—5.
Luxemburgo, Mariscal de.—66.
Mantuanos.—144.
Mañe y Flaquer.—51.
Marmoriel.—66.
Marveil.—20.
Matapiana, Hugo de.—20.
Merula.—144.
Machiavello.—144.
Mirandola.—144.
Mirbel, Mme.—92.
Millet, Lluís.—25.
Moliere.—67.
Muntaner, Ramón.—4.
Napoleón III.—42, 102.
Newman.—102.
Nicolau.—25.
Noguera.—25.
Ovidio.—20.
Palmaroli.—56.
Paracelso, 150.
Pascal.—67.
Pedro IV.—20.
Redro III.—8.
Petrarca.—5.
Picolimini.—144.
Pindaro.—27.
Potterum Johanem.—90.
Provenza, Guillermo de.—14.
Pujol, Francesch.—20.
Raynal.—66.
Rembrant, La mujer de.—94.
Reynolds.—91.
Riviere, Barón de.—70.
Ronsard.—17.
Rousseau.—67.
Rue, Mme.—92.
Salvat, Joan.—26.
Sancís.—99.
Savonarola.—144, 147.
Schiller, 162.
Suave.—144.
Táctito.—6.
Trapezuntino.—144.
Ticknor.—18.
Tour de Pin, Marquesa de.—92.
Van Dick.—91.
Varchi.—144.
Ventadorn, Bernardo de.—20.
Verlaine.—145.
Vida.—144.
Viera.—116.
Voltaire.—66.
Wagner.—166.
Walter Scott.—105.
Weber Winsord.—
Williamson.—91.
Witte.—48.



CATALANES Y VASCOS



AYALA Y LULIO

La actividad industrial y artística de España está por manera singular desarrollándose en Vasconia y Cataluña. Y la clave de vida tan esplendorosa debemos reconocerlo ser la igénita mentalidad de ambos pueblos favorecida por el espíritu regional. Tienen Vasconia y Cataluña actualmente semejanzas indiscutibles, pero profundizando en la etnografía e historia de uno y otro la discrepancia saltará a la vista.

El sereno Mediterráneo y el proceloso Cantábrico, dicen bien aquél la serenidad generalmente del catalán y el segundo la impetuosidad uniforme del vasco.

De esta diferencia esencial que reconoce por origen la diversidad de raza, arrancan consiguientemente las disimilitudes de la expresión mental de ambos pueblos.

Acaso en legislación y marina se pueda establecer entre «catalanes y vascos» el parangón más notable. No lo haremos todavía y sólo indicaremos las causas comunes a uno y otro pueblo.

Expuestos al exterior a la codicia francesa y a la unión todavía no deseada con los demás reinos de España, se vieron obligados a legislar independientes, codificando costumbres siempre combatidas por los estados limítrofes. Los condes de Tolosa, Armenag, Aquitania y Foix no alzaban su vista de territorios tan pingües y la vanguardia de sus conquistadores eran las trovas, indumentaria, y demás exquisiciones nobiliarias con que favoreciendo sus ulteriores

planes ganaban la voluntad de nobles y vasallos haciéndolos sentir a la francesa.

Teniendo el mar delante, lo surcaron y así la marina de guerra como la mercante nacieron a una. La carabela defendió de la piratería a la nao de transporte.

La legislación y marina dependieron más bien de la geografía y política y de ahí las semejanzas. No sucedió así con otras manifestaciones más espirituales y por eso la literatura en todos sus órdenes está entre catalanes y vascos diferenciada con peculiares caracteres. Lo mismo sucede en música, arquitectura, teología, pintura, genealogía.

Esta línea diferencial se puede generalmente resumir en dos palabras: el «genio» y el «gusto».

El «genio» anima las obras del vasco, el «gusto» produce las del catalán. El catalán deleita más, pero enseña menos que el vasco. Este crea casi siempre, el catalán explica lo creado y si aporta algo de nuevo no suele ser duradero; su carácter, no es tanto el genio que artística aunque inconscientemente se despliega, como el gusto que modela las producciones de ingenio.

El historiador Ramón Muntaner, (1325), en su «Crónica», sin dejar de ser verdadero, es colorista y poeta. ¡Qué difícil no dejarse influir viviendo rodeado de trovadores!

Eugui (navarro) en su «Crónica de los fechos subcedidos en España dende sus primeros señores hasta el Rey Alfonso XI» (1350), es solícito en recoger cuanto se sabe y ordenarlo con voces sanas, sin colorido y poesía, pero eso sí, con estilo sobrio, vigoroso y realista.

Un hecho viene a corroborar nuestro pensamiento. ¿Por qué el más genuino representante de la escuela «didáctica» es un «vasco», López de Ayala y de la «alegoría» un mallorquín, Lulio? Debemos fijarnos en el espíritu de Raza. *Ayala lleva el carácter*



El Canciller, Don Pero López de Aiala,
Fernán Pérez de Aiala (su hijo)
Retablo de Quejana. — Anónimo. — 1420



de su mentalidad. Venciendo todo obstáculo escribe en verso el «Rimado de Palacio» y es un libro de estado; Lulio traza en el «Amigo y el Amado», obra de quintaesenciado misticismo, un cuadro lleno de poesías. Lo alegórico se sobrepone en Lulio y siendo accesorio llega a parecer lo esencial. Lo didáctico campea en Ayala por encima de su «quaderna via». Es el genio y el gusto en sus manifestaciones. Si Ayala hubiese escrito el libro del «Amigo y el Amado» tuviéramos lo que andando el tiempo animó a otro vasco: el opúsculo si vale la frase del libro de Loyola «Ejercicios», cincuenta páginas en octavo. La concisión del vasco es indiscutible.

De Lulio podemos notar como excepción no única, que el gusto acompañó al genio original y extenso y tal vez amenguó en parte sus desdobles y razonamientos por seguir lo alegórico con cierto fanatismo.

Más tarde, cuando Boscan de Almogaver inicia el renacimiento de la escuela italiana, Petrarca y Bembo son sus modelos y el alegorismo se introduce en Cataluña.

Entre tanto don Diego Hurtado de Mendoza, de cuyo linaje se dijo:

Veinte y tres generaciones
la prosapia de Mendoza,
desde el Señor de Vizcaya
llamado Zuria, consta
que tiene origen su sangre.»

representa en cierto modo la escuela fundada por el vascongado Ayala y recibida como en herencia por su sobrino don Iñigo López de Mendoza, también vascongado.

Es esta escuela la didáctica o tradicional, «vasca» ontológicamente, aunque en la expresión castellana.

Cosa reconocida es el contar, como de la tendencia italiana a don Diego de Mendoza, mas examinando sus escritos poéticos vemos a las claras que tan

sólo por la forma y rimas pertenece a los que Castillejo llamó «petrarquistas», casi nunca por el fondo eminentemente tradicional.

Eso en su poesía, porque recordando sus labores en prosa, la edición completa de la obra de Josefo, la de los Padres antiguos, la historia en donde abiertamente imita a Tácito, no puede menos de reconocerse su filiación con López de Ayala, su pariente y compatriicio.

Se ve claramente, que en los personajes más dominantes de las razas vasca y catalana el gusto reside e impera en los hijos de Cataluña y el genio persevera en los de Vasconia. Esto como nota saliente del carácter etnográfico, nunca como exclusivismo de ambos pueblos.

Julio-1912.

VELEROS DEL SEÑORÍO

Entre las manifestaciones primitivas del hombre, es una la marinería. Por ella se fué poblando el mundo; de ella dependió la fundación de las colonias.

Las razas viriles acotadas en territorios menos dilatados, emigraron, colonizaron. Fenicios, griegos, normandos, surcaron el mar que delante tenían, haciendo de él escenario dramático de sus emociones.

Fuente de riqueza, ocasión de heroísmo, fué y es para todo pueblo la marina y el que una raza se dedique a ella pende de lo topográfico y geográfico.

Teniendo en cuenta la identidad de estas condiciones, afirmo la realidad de un paralelo que entre las marinas de catalanes y vascos puede establecerse.

La primera manifestación de la marinería en ambos pueblos es la marina menor, que reconoce como inmediata finalidad la pesca. Y en este punto las «cofradias» en Vasconia y los «gremios marinos» en Cataluña organizaron, anualmente, diversas expediciones. Los litorales del Septentrón divisaron en sus aguas los veleros de Vizcaya, como las costas de Levante las embarcaciones catalanas. La serenidad del Mediterráneo fué parte a la creciente prosperidad de la marina catalana; las borrascas del Cantábrico retardaron la época del florecimiento entre los vascos.

El siglo X, en una y otra región, puede gloriarse de haber iniciado la marina de guerra. Era necesario rechazar a los normandos, y el espíritu aventurero de las cruzadas comenzaba a cundir.

Si el siglo X fué para catalanes y vascos de for-

mación en lo referente a sus flotas, los siglos XI y XII lo fueron de relativo apogeo y ambos pueblos competían en marina con genoveses y pisanos.

En 1119 realizaron los catalanes expediciones a Mallorca y el 1130 ayudaron los vascos al Rey Bataillador Alfonso I en la conquista del castillo de Bayona.

Las empresas marítimas de Jaime el Conquistador y Pedro III y las contiendas con el castellano señalan en el siglo XIII y parte del XIV el apogeo de las armadas de Cataluña.

También por estos tiempos alcanzó nombradía la marina de Vasconia; basta recordar el suceso de la conquista de Sevilla, hablando del cual escribe Salas en su «Marina Española de la Edad Media»:

«Los únicos hombres de mar que había en Sevilla reducianse a los tripulantes de las naves de Cantabria y Vizcaya, surtías en el río Guadalquivir.»

Sucedió a este esplendor de las armadas guerreras el florecimiento de las flotas mercantiles.

En Génova, Marsella, Nápoles y demás puertos de las costas adriáticas y tirrenas, veíase a los hijos del principado cambiar productos agrícolas o industriales, proponer y llevar a término beneficiosas empresas.

Los hijos del Señorio, como los demás vascos, tenían establecidas sus comunicaciones con los mejores puertos de Francia y Bretaña. La Casa de contratación de Brujas y la Compañía mercantil de la Rochela nos ofrecen la importancia marítima de los vascos.

Existe una particularidad respecto de los marinos en ambos pueblos. Del genovés es lícito afirmar aprendieron los catalanes la navegación, y cierto que los artífices de Génova construyeron sus naves.

Del noruego o dinamarqués recibió el marino vasco, sino lecciones de mar, reglas para la fabricación naval.

Si en el siglo XIII y parte del XIV se cifra el apogeo de la marina catalana, en los siglos XV y XVI radica el esplendor de los vascos. No es dado investigar y compulsar documentación de aquellas épocas sin encontrar a los vascos en todo notable acontecimiento.

El descubrimiento y conquista de algunas de las Canarias inauguraron las series de empresas inmortales llevadas a término por espacio de tres siglos.

Como tradición, o si se quiere leyenda, indicamos un punto referente a Colón. Según un historiador del siglo pasado, puede reconocerse como verdadera la revelación que de las tierras ultramarinas hizo, basándose en sus estudios científicos y experimentales el guipuzcoano Andolauza a Cristóbal Colón estando ambos en la isla de Madera y Andolauza próximo a expirar.

Sea esto o no verdadero, el vasco supo alcanzar otros señalados triunfos.

Los reyes de Austria favorecieron a los marinos vizcaínos, asignándoles por sus servicios «rentas vitalicias», «prohibiendo al Condestable de Castilla sus desmandadas pretensiones», haciendo sus viajes en la «Armada de Vizcaya», otorgando mercedes ventajosas para aquel inestimable vínculo de su corona.

Citar las empresas en que tomaron parte los vascos de los siglos XV y XVI, sería citarlas todas.

Basta recordar los nombres de Elcano, Portuondo, Recalde, Oquendo y Legazpi.

Oquendo y Roger de Lauria son, en mi sentir, dos marinos asemejables, vasco el uno, catalán el otro, yo los llamaría guerrilleros de los mares.

Oquendo mandó, como Lauria, pocas naves y mal acondicionadas. Oquendo organizó admirablemente la rapidez de sus maniobras; Roger estaba allí donde quería su pensamiento; Oquendo, con reducidas naves, destrozó grandes Armadas y aprisionó caudi-

llos afamados; Roger deshizo flotas tres veces más numerosas que la suya y redujo a la cadena principes y señores; en ambos se hizo notar la lealtad al monarca y ambos tuvieron una muerte gloriosa, reveladora de su bizarria.

«Enemigos, enemigos, déjenme ir a la capitana para defender la Armada y morir en ella», decía al expirar Oquendo.

Roger no habló porque mejor hablaban la sangre de sus heridas, las cicatrices de su pecho.

Si Lauria y Oquendo son dos marinos bizarros, como característica de su semblanza, Roger de Flor y Legazpi son dos marinos organizadores, legisladores.

La civilización de las Filipinas, la fundación en Grecia del Consulado catalán, nos ofrecen lo que puede la constancia y el heroísmo.

Lejos de la patria, sin medios de subsistencia, combatidos de los pueblos limítrofes, supieron hacer resaltar su personalidad, que imprimió carácter duradero a sus obras.

El último genio de la marina vasca se extinguío en Churruga, y el de la catalana con Barceló, talento Marino y héroe científico.

Agosto-1912.

LOPE DE SALAZAR

Y BELTRÁN DE BORN

El origen más genuino del realismo literario, no pertenece a la retórica ni a la filosofía; es lo más bello en el arte de narrar y rimar, pero es exótico. ¡Cuántas veces son de climas tropicales las flores delicadas de un jardín! ¿No visteis las caprichosas orquídeas?

El realismo nace de dos manifestaciones animicas, la estudiosa observación, la fiel experimentación.

La dicción nativa de los genios primitivos, la línea perseverante de lo natural, la sublime sencillez, la intuición psicológica, nos sorprende primero, nos emociona después, nos encanta perennemente. ¿Y por qué? La fiel experimentación es el origen de estas armónicas cualidades.

Ajenos del artificio vivian los antiguos y la experimentación virgen todavía, mostró el embeleso de sus galas.

Homero, es un niño, que escribe muy bien; es otras veces un guerrero no de estrategias y catapulta, sino de bravura y faretra.

El autor de la Encida es una virgen que ora se meja vestal, ora amazona y siempre lleva tal candor e ingenuidad, que se cree escuchar el divino lenguaje de aquellos dioses perlúcidos y diáfanos héroes en los Vedas.

Las obras, andando los tiempos, muéstranse en-

cantadoras con los atavíos que presta la fiel experimentación.

¿Por qué nos agradan y emocionan en el «Miocid» el lloro de Jimena y aquel arrancarse el bravo castellano de los filiales brazos, y en los poemas germánicos el furor de las bandas incendiarias y el beber las hermosas walkirias junto con los nibelungos de ojos azules y rubia cabellera en los cráneos del vencido? Sólo quien experimentó puede ofrecernos tanta belleza.

Si en cualquier obra se da el realismo por la experimentación, con derecho más positivo, en la producción narrativa. Es el que más haya experimentado el historiador más completo. «Las Memoires» de los franceses nos agradan por eso, porque nos cuentan lo que por ellos pasó, lo que sus ojos contemplaron: Jenofonte me entretiene porque me pone delante lo que tuvo en su intimidad. «El rayo que soñó, incendiaba su tienda de campaña, la elección de los capitanes, los diálogos de los milicianos.»

César es ordenado y sencillo, porque traslada la guerra con fidelidad y en toda empresa militar hay encadenamiento de sucesos.

Según lo expuesto, las razas vírgenes tendrán en sus expresiones literarias inapreciable realismo, porque la sensación experimental será más pura.

Este es el caso de la raza vascongada en la expresión que examinaremos.

Nace también el realismo de la observación, y así es más endeble. Adolece el catalán de esta deficiencia en muchos de sus trovadores; no sucede esto en el que tratamos de parangonar con un autor vasco.

Beltrán de Born, Señor de Hautefor y Lope de Salazar, Señor de Muñatones, son el catalán y el vasco, que nos ofrecen singulares puntos de analogismo en cuanto a la expresión fiel de la realidad.

Ambos son de linaje, guerreros, letrados, galanteadores, poetas.

Cifra de su raza, en los cielos medioeiales.

Beltrán de Born es ahora, el palatino doncel, que mirándose con Alfonso II, príncipe amado de los suyos, no ignora la alcurnia de ilustres progenitores; por eso tiene sobre el pecho, en fina bordadura, las barras del condado y cuando habla del primer Señor de Hautesor, dice fué caballero corredor de lanzas, estudiioso de montería y dueño de un gerifalte germano, presente de Rodolfo, sajón nobilísimo y al contarlos son rosas sus mejillas y marfil antiguo su frente. Más él admira con predilección a Jolquet de Born, el viejo militar «puso terror en toda la morisma, e hizo se rindiese la fortaleza de Albret, él ceñía espada de empuñadura florentina, pero de fierro destructor, él tajó los ataviados y erguidos cuellos de los árabes». «Yo perpetuaré en trovas la hazaña de mis padres y blandiré mi lanza», decía Beltrán.

En un valle vizcaíno hay unas ruinas venerables, la antigua torre de Mendieta. Allí contando diez y siete años, peleó bizarramente Lope de Salazar. La vez primera que volvía por su sangre, salazariego como era, no salía de su castillo sino para correr la tierra y luchar con los hombres y con las fieras; por lo demás establece junto a los llares, oyendo consejos o en el cuarto de armas, impanopliando los aceros. Aquella rota lanza es la que cobró para los Salazares las doradas estrellas de sus cuarteles, esta ensangrentada cuchilla sirvió para destrozar la cabeza del banderizo Fernández de la Orden poco antes de empollarle vivo. La espada pendiente de plateado tahalí, llevaba en sus expediciones el bravo Salazar a quien llamaron «brazo de fierro».

En las épocas feudales, la torre en Vasconia, el castillo en Cataluña, eran de hecho la residencia del poder. El poder fué entonces la hegemonía de las armas. Las guerras medioeiales fueron no campañas de nación a nación, sino retos pundonorosos de lina-

je a linaje. ¡Y cuán afortunados intrépidos se hubieron en las lides Born, letrado guerrero y Salazar, el guerrero historiador! Escribe de si el Señor de Muñatones haberse hallado en innumerables encuentros y lances de guerra saliendo en todos vencedor y esto lo escribo, añade, «no por hacerme losa, sino por decir verdad». El de Hautefor siguió las glorias de Alfonso y su valor en los combates tornóse en proverbio de los buenos caballeros desprendiéndose de aquella su narración sana y pintoresca lo feliz de las empresas.



Otra linea se reconoce en la semblanza literaria de ambos militares. «Decid a mi dama la bellísima Florinda de Borneil cómo por ella me apercibí a la batalla con 20.000 caballos y 30.000 infantes» ordenó Guillermo de Provenza a sus enviados.

Beltrán y Lope nos contarán sus galanteos, nos describirán los castillos de sus amadas, la belleza de su talle, la inocencia de su sonrisa, el frescor de sus montañas y jah! cuántos lances amoresos. Heridos en el combate harán llegar a manos de las damas, trenzaderas tintas con sangre de sus venas y romperán lanzas en el torneo por recibir agasajo y rendimiento. A veces la sencillez del amor, se torna en amor natural en demasia. No hay que olvidar cómo a un ascendiente de Lope se le conoce en la historia por «el de los 122 hijos» y no le fué en zaga el nieto. Sólo en unas batallas perdió cincuenta del linaje entre hijos y allegados.

Beltrán de Born hizose célebre por el episodio de la princesa Adelaida, de Alfonso II también requerida. ¡Y qué dicen sus trovas y cansons, sino que el amor es un acicato fino y de oro para la sensibilidad?

Estos tres rasgos, el ser guerreros, galanteadores y de estirpe nos dan claramente su fisonomía literaria. En dos obras debemos buscarla «Las trovas y serventesios» del Señor de Hautefort, las «Bienandanzas e fortunas» del Señor de Muñatones.

Ambas son debidas a la fiel experimentación y estudiosa observación.

Salazar reune en su biblioteca cuantos libros puede así «venidos por mar como por tierra e des árabes e buenos mercaderes» porque era «mucho estudiioso de saber bestorias antiguas e fechos de homes pasados e presentes». Born se educa en la sabia corte de un monarca, espléndido en proteger a los trovadores y uno de ellos; y el arte de la conversación elegante y selecta forma un poeta encantador si habla de amores y emocionante por el estruendo de las armas si de guerra. En las «Troyas», en las «Bienandanzas» existen tres elementos formando la armonía literaria.

El Señor de Hautefort se acuerda de la noble alcurnia para ensalzar a los magnates y sobre todo al egregio soberano. Salazar describe los linajes, desenvuelve las genealogías, las alaba y también las vitupera.

Beltrán de Born expone la guerra con todos sus horrores y en ellos se complace «a la luz del rayo quiero galopar», «bebéré en los cráneos de mis enemigos, destrozará sus sesos», «caminaré sobre mañas y escudos rotos». ¡Cuán hermoso realismo!

Lope de Salazar marcha a una en lo fiel de la expresión. «E viniendo a yantas Ortiz de San Pelayo con lucido acompañamiento, atrajérone a solas y enterrándole vivo, le herían en la cabeza que salía fuera diciendo, muere... que aquí mismo dieron muerte a mi padre por tu mandato.» Es el genio desbordado de la guerra desoladora.

Nadie pone en duda lo primitivo y fiel de este realismo, su origen no puede ser otro que la experi-

mentación. El Señor de Muñatones un guerrero historiador, el de Hautesor un narrador guerrero; así nos expresamos porque en Beltrán fué primero el sentimiento de las letras que el de las armas, y al contrario en Lope. Uno y otro son de poderosa personalidad; el amor es para Salazar una debilidad de los hombres, es que vencedor en la lucha, es vencido en el salón, lo sabe, lo conoce, las flechas de oro del niño escita traspasan su armadura y llegan a su corazón.

Para Beltrán es el amor una recompensa del cielo, es que la cortesana hacia la dama le mantiene en una dichosa esperanza alivio de sus amarguras.

Lo nobiliario, lo guerrero, lo amoroso, son tres rasgos que constituyen la semblanza de ambos caballeros y la delectación que leyendo sus obras se experimenta, y todo ello lleva por base imprescindible la forma neta y vigorosa de la experimentación y de aquí el primitivo realismo, tanto más puro y característico cuanto halla medio de exteriorizarse merced a dos escritores tan independientes los primeros de su raza en cualidades etnográficas, psicológicas y sensitivas.

Agosto-1912.

TROVADORES Y VERSOLARIS

Las energías espirituales de un pueblo, encuentran en las letras su legítima expresión. En Dante, conocemos el esplendor del verdadero renacimiento; en Ronsard, la Francia de los Borbones; en Jansen, la persistencia y fría observación de un vasallo del Kaiser.

«En los movimientos del alma—dice el conde Chateaubriand—, se funda la poesía», y acaso de las artes sea la que mejor exprese la personalidad individual y colectiva.

En Cataluña, como en Vasconia, la poesía o creación nos dará las cifras, no sólo de lo histórico, sino de la perfección psicológica.

Conviniendo en la personalidad colectiva la literatura de catalanes y vascos, difiere por el fin y las formas.

Obedece la identificación a una ley histórico-literaria y responde la diferencia a una circunstancia política. Esta similitud en cuanto a la colectividad, encierra un carácter diferencial, pero no esencialmente.

Todas las literaturas fueron al principio populares; el rapsoda heleno recogía o mejor «cosía», los «oden» de los dóricos. Homero imaginó sobre ellos y lo popular se convirtió en nacional, porque la Iliada interpreta la patria.

Los trovadores en Cataluña fueron menestrales, mas pasajeramente, porque se alzaron a señores y la

poesía fué aristocrática. El coblakari vasco no solía pasar mucho más allá de los umbrales de la torre, y así fué su canto popular. La circunstancia política que motiva esta divergencia, es el abolengo provenzal de los poetas catalanes. El de los bardos de Vasconia es antiguo como su raza.

En esta diversidad cronológica, se halla tal vez, el origen de otra desemejanza algo más característica. El verso o forma, es la «vestidura regia de la poesía», y siguiendo la metáfora, dará a ver en sus labores la indole y cultura de un pueblo.

Las rimas y ritmos de los trovadores, son variados, sueltos, afiligranados, como sus capillas de terciopelo y valonas de encaje.

Los aires de los bardos, ligeros, uniformes, naturales como su leve manto de lana negra, y sus monteras de pieles.

Amaron los trovadores catalanes expresar los sentimientos de su alma en diversos géneros: «tensión», «descort», «planch».

El bardo vascon empleó el «mendikanta», «contrapas», «sautrela».

En la expresión de estas composiciones, existe para catalanes y vascos una identidad. La música en ambos pueblos realizó la poesía, el «cansós» en Cataluña, el zortzico en Vasconia.

Si los géneros de composiciones abundan en una y otra nacionalidad, no sucede así con las estrofas y rimas. Las del catalán forman todas una escuela—dice Balaguer—; «lemosinas, biocadas, estrampas, encadenadas, etc.»; la estrofa y rima del vasco, es el romance y asonantación.

Humboldt, Molina, Ticknor y otros sabios, ponen con bastante probabilidad el origen del romance castellano, en el metro vasco, y a la verdad, si los bardos nacieron con la raza, la asonantación tan fácil en su lengua, hubo de producir el romance.

Por lo demás, el romance más antiguo que se

conserva, data del año 1321, y los castellanos, del año 1511.

Las semejanzas y diferencias que hemos ido notando, nada significarían si el fondo de ambas poesías no fuese completamente diverso.

La poesía lírica es la poesía del vasco; la poesía lírica eslo también del catalán, pero en su sentido erótico; el bardo cantaba el campo, el hogar, el bosque; el trovador el salón, la dama, el castillo...

«Vivia en la choza del monte junto a los corderillos. ¡Qué contenta en el verano, en la pradera de helechos! ¡Qué triste en el invierno, cuando la nieve arrecia! Murieron de hambre los corderillos; quedó sola, y ya no hubo alegría para ella, y cuando la primavera vino dulcemente... ¡Ah! murió una hermosa mañana, en su vieja choza! Así pasó por el mundo... ¡Amando a los corderillos!»

«Me atreví, el otro día, a declararla todo lo que por ella siente mi alma, pero nada me contestó, y este silencio produjo en mi alma un desorden parecido al que puede sentir un buque cuando la tempestad ha roto su timón y sus mástiles...»

El amor no tiene en cuenta el oro ni la plata, sino la discreción, la gentileza, el honor, y el sabio enlace de la locura y la razón.

¡Cuánto he sufrido con los males de amor!»

Entre ambas composiciones nadie preguntará cuál pertenece al trovador, cuál al bardo; éste tiene sentimientos que trascienden a tomillo y romero; los de aquél a perfumes y ámbares.

El vasco era un labrador o infanzón, rara vez un señor; el trovador era un doncel, un caballero, y también un Rey. Por eso los nombres de los bardos de Vasconia pasaron con la melodía de sus voces; en cada hogar vascongado se guarda la memoria de algún ascendiente coblakari.

Juan de Carranza y Fernán Móxica, infanzones

fueron, y trocando éste el campo por la corte, dejó de ser bardo para acompañar en sus trovas a Juan II de Castilla.

Bernardo de Ventadorn, Marveil, Borneil, siendo donceles empezaron; de estirpe de caballeros eran Hugo de Mataplana y Guillermo Berguedan, y ¿acaso no trovaron maravillosamente Alfonso II de Aragón, Jaime I y Pedro IV?

Comparando estos personajes, no será difícil concluir que la Naturaleza informa las producciones del vasco más que el arte, sucediendo lo contrario en las del catalán.

Es la poesía la flor del sentimiento, pero yo estimo en más la flor rosa de los jardines, que la artificial, aunque cuajada de pedrería; el aroma de la poesía virgen, es más amable que el embriagador de esa artificiosa creación.

El deleite de lo natural es antiguo como la primera percepción del hombre, es íntima, como dispuesta para su goce.

El arte nos recrea, pero también al fin nos desagrada, ¡ah!, porque significa trabajo.

Yo estaría siempre viendo a los blancos cisnes surcar el estanque de mi viejo castillo, pero me es ingrato leer lo que cantaron de ellos Ovidio y Rubén Darío; es muy bello sí, más yo leo en otro libro.

No es lo lirico, género de poesía exclusivo de ambos pueblos, no. Lo épico existe en Cataluña y en Vasconia; los trovadores solían cruzarse y las banderías medioevales se alzaron en una y otra comarca. ¿Pero qué sucede? La peculiar espiritualidad se enseñorea en los argumentos de guerra.

Se escucha mejor la delicada mandolina de los trovadores y la sencilla tibia de los bardos, que la sonora trompa épica.

«Algunos hacen una mezcla singular de la religión y de la galantería, debilitándose su sentimiento religioso al contacto de sus ideas amorosas»—dice

Balaguer hablando de los trovadores que tomaban la cruz—. Vence, pues, lo peculiar exótico a lo épico-religioso. Así también entre los vascos, el labortano Salaberri, en la poesía intitulada «Solferinoko itsua», se olvida en la batalla en que quedó ciego, y no le importa el orgullo militar que pudo ostentar por su bravura. Todo lo refiere al hogar: «para siempre se me ocultaron los tiernos ojos de mi madre;—obscurecióse para siempre el rostro de la amada... para siempre se obscureció». «En la fiesta del pueblo, los jóvenes compañeros salen cantando a la plaza,—yo, rodeado de negrura, en el rincón de casa, he olvidado a reir—he olvidado a reir.»

Entre los vascos lo lírico descuelga sobre lo épico, y entre los catalanes lo lírico-erótico sobre lo épico-religioso.

La genuina poesía del vasco es de campo; la del catalán es de salón. De ahí la diferencia. Yo diría que hemos hallado la cultura característica de Vasconia y Cataluña sólo porque hemos visto algo de sus tendencias en poesía, pero jah!, es muy difícil sintetizar cuando es varia la historia de un pueblo. Hay tantas circunstancias políticas, tales influencias de linajes y asonadas, son las excepciones así numerosas, que se hace imposible definir concisamente. Es con todo, la poesía vasca, de fondo y de forma; la catalana, el ritmo deleitará el oído, la sencillez de fondo hará sentir. Medea commueve más al decir: «Aún tengo hijos», que en sus prolongados y sonoros exámetros. Juno nos hace temblar cuando dice: «Soltaré a Eolo y moveré los mares.» Y es porque al expresar lo íntimo del sentimiento se perpetúa el alma no tanto en el verbo como en su idea. Las literaturas fundadas en palabras hermosas, pasan como pasó la provenzal, lo mismo las que se originan por variaciones políticas. Si la raza existe, vivirá la poesía. ¡Cuántos versolaris viven entre nosotros!

Era la media noche; yo me fui acercando a una

casa solariega; en su frontis campeaban dos blasones
y me paré a oír la antigua mendikanta.

«¡Vea yo a la señora Marquesa, vea yo a la señora Marquesa de nobles padres! ¡la noche es clara, sue ojos aún más claros! las madres de estas montañas repiten su nombre, ¡la noche es clara, sus ojos son más claros! Vino blanco vino de madrigal, este vino blanco va a la señora Marquesa», cantaba un joven flaco y rubio, en aquella villa hidalga de nuestro solar.

Septiembre-1912.

DE MÚSICA

Remembra el aficionado los aborígenes que en música tienen Vasconia y Cataluña, aborígenes de donde arranca el esplendor y transcendencia de la actualidad odeónica.

En los primitivos elementos musicales enciérrase en germen el carácter nacional hoy desenvuelto en variaciones más artísticas, aunque indígenas en el fondo. Por separado y en conjunto recordaremos estas características.

En la música vasca, como en la poesía, hay dos tendencias, la lírica y la épica; tendencias que son indispensables a la formación y consolidación de la ópera vascongada. Es indiscutible que la tonada mendikanta está dentro del ritmo lírico. Un andante en pentagramas de negras casi siempre expresará sentimientos suaves del corazón.

El lirismo odeónico, si vale la expresión, de catalanes y vascos, lleva en sí una identidad y desemejanza. Responde a la forma la similitud, y al fondo el antagonismo.

La «tonada» del vasco, ya lo anotamos, se evolucionaba con letra poética reflejo de lo topográfico y anzológico. La «cansó» del catalán se desarrolla con literatura guinelógica y erótica. En lo vasco vive lo natural; en lo catalán lo artístico.

Ambos pueblos supieron hermanar con sabiduría la poesía con la música. El juglar y el trovador cantaban, rimaban, tañían. El versolari y bardo, entonaban y asonantaban, hacían resonar su tibia.

Los ritmos del catalán son armonizados ante paisajes diversos a los paisajes vascos, y las armonías de los vascos se levantaron ante peculiares circunstancias.

Los madrigales, cansons y dansas populares revelan un refinamiento amoroso que no podremos encontrar en los zortzicos vascos. En uno y otro pueblo existe una peculiaridad; la naturaleza y el arte, el genio y el gusto. En la música campea esta propiedad.

Siempre será más sencillo y natural el canto de una labrador que contemplando la heredad y el bosque cercano, arrulla a su niño con voces imitadoras de vientos y arroyos susurradores, que la canción levantada del pecho femenil y nobiliario a vista de las evoluciones que en la propincua plaza de armas desarrolla la guardia del castillo.

La original y conocida tonada del «Lo-lo», típica en las montañas vasconas, me parece una balada primitiva murmurada por aquellas madres antiguas de corazones virgenes y deseos generadores.

«El Cant dels Aucells» es el sonoro murmullo de un amor, que descubre en el infante de cuna, el paje señorial, el trovador de maravillosos decires.

Sobre el mismo motivo e inspiración diferente, la raza sigue hablando con las voces de su historia

«Els Segadors» y la obertura de la ezpata-danza son dos cantos populares, ambos desarrollados sobre una idea grande, un principio idéntico, una finalidad excitatriz: la idea de la nacionalidad, el principio de la insujección, la finalidad de remembrar en los elementos etnológicos, la semblanza del patriotismo animoso y arraigado.

Sobre esta música popular e indígena han laborado en Vasconia y Cataluña los modernos compositores.

Y como en poesía los romanceros han sido fuente de inspiración, en música lo primitivo anónimo ha originado la genialidad odeónica presente.

¡Cuántas veces los maestros de nuestros días han recogido las notas esfumadas y dispersas de una canción arcaica, y nos la han presentado llena de originalidad y gusto armónico!

Hace ya varios años tuvo el dilettantismo filarmónico de nuestra villa, la satisfacción de asistir a una audición, en la que el compositor Sr. Azcue ofreció un conjunto de aires vascongados recogidos al acaso en los valles y cumbres del país.

Millet, Jannequin, Nicolau, Noguera, compositores catalanes, hicieron avanzar al renacimiento de Cataluña, investigando, coleccionando, inspirándose en temas de carácter primitivo e indígenas. Comprendieron tales aventajados genios la vida latente encerrada en los elementos de antaño y diéronse a interpretar sobre un fondo remotísimo el espíritu de actualidad con formas ajustadas a lo étnico.

De ahí el movimiento que no sólo en Cataluña y Vasconia se desenvuelve, sino en toda España con el fin de recoger en «Romanceros populares» las tonadas y ritmos regionales, en que maravillosamente abundamos.

Vanás fueron las tentativas de ópera española que por múltiples ciclos, despertaron esperanzas en los elementos odeónicos nacionales. Tanto esfuerzo dió por resultado algunas operetas o zarzuelas largas de mérito reconocido.

Desistimos del propósito y fomentamos la zarzuela, «nuestra verdadera conquista musical en los modernos tiempos» como expresó un ilustre compositor.

Hoy en la región vascongada se ha dado, se está dando un avance entusiasta aunque tal vez, viciado en su tendencia. El pueblo vasco, lo diremos siempre, además de ser marino y labrador, ha sido esencialmente hidalgo, esencialmente guerrero, esencialmente privativo, y en las óperas vascas que hoy se nos presentan no existen tales elementos. Los libretos son demasiado generales. Ni debemos buscar en

leyendas imaginarias, ataviadas por la fuerza y genio de un novelista de raza, los argumentos de nuestra ópera, cuando existen hechos reales, capaces de realizar las partituras más inspiradas

Nuestra edad media abunda en hazañas, acaecimientos, asonadas, llamadas a formar los libretos de la ópera vasca.

Escriben sus partituras maestros profesionales de capacidad reconocida. Componen sus libretos dilettantes dignos de estima, pero sin la competencia y vigor que prestan la profesión y asiduidad. Esta es la verdad y no hay por qué disfrazarla. Un autor comprendió bien el pensamiento que vamos sosteniendo. En «Chantón Piperrí» nos dió un argumento privativo de Vasconia, aunque revestido de un realismo muy leve.

¿Quién duda que de la inspiración de los libretistas, de que interpreten o no la patria o región, depende la propiedad y el clasicismo de la partitura? El autor de una ópera debe ser, además de músico, sensible a la poesía o narración.

De la meditación del libreto, se origina la inspiración genial, propia del neto clasicismo. Nuestros autores regionales trabajaron en la empresa de la ópera española quedando en zarzuelistas; Arrieta, Eslava, Larregla y otros se ocuparon en ajenos elementos. ¡Cuál no sería hoy el apogeo de nuestra ópera vasca, si se hubiesen dado tales maestros a laborar sobre lo indígena odeónico! La vida artística del conjunto está en los espíritus regionales.

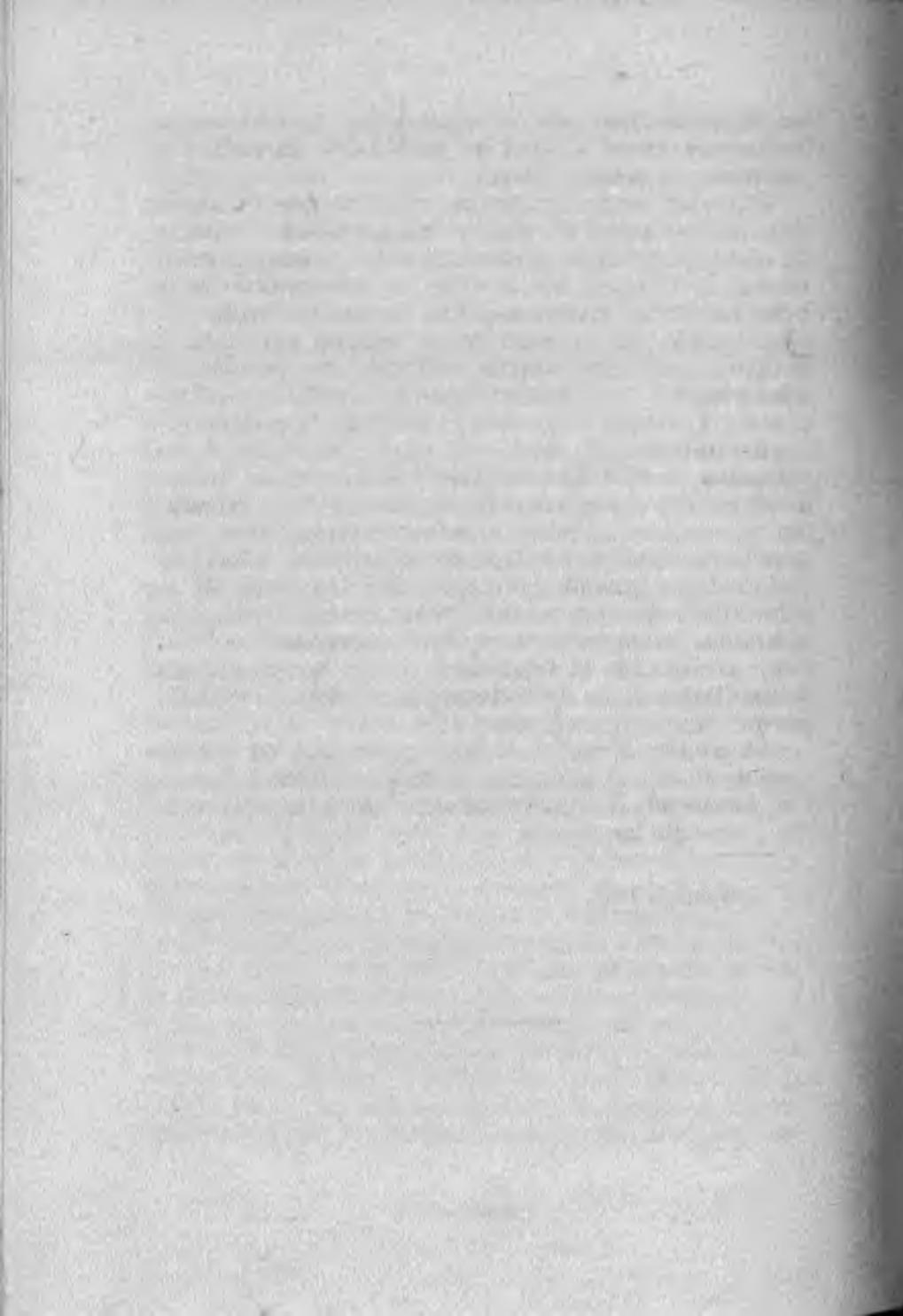
El espíritu de Cataluña en cuanto a lo filarmónico, se significa en el «Orfeón Catalá», originado de los brillantes «Coros Clavé»; todo este movimiento no es efímero, no es transitorio, porque la recta dirección dada allí a la música no lo permite. Profesores como Lluís Millet, Francesch Pujol, Joan Salvat, Joseph Comella, saben encauzar y fomentar los adelantos corales y de instrumentación de la región en

las diversas clases del Condado. Son los conciertos frecuentes en el «Palau de la Música Catalana» y siempre con temas clásicos.

Hablando imparcialmente, creemos que el vasco se halla hoy sobre el catalán en un periodo o grado de mayor esplendor y más fecundo. La inauguración verdad de la ópera nos lo dice. En épocas anteriores hubo tentativas pasajeras; al fin hemos realizado una cosa estable. Siempre las masas corales preceden a la ópera, como los simples coros griegos precedieron a las grandes tragedias trilogiadas. Cataluña está en el coro; Vasconia en la ópera: sólo falta la competencia del libretista, la tendencia sana e histórica de lo privativo, mezcla de hidalgua y beligerancia, de individualismo y realismo. La ópera en Italia y Alemania no surgió simultáneamente en varios reinos, no, pero la nacionalidad y diplomacia artística tomó por nacional lo regional. ¿Por qué no hacer esto en la actualidad? Porque nuestra ópera, como la España nobiliaria, siempre ibérica, debe patrocinarla el Estado; arrancando el árbol de la patria porque significaba libertad, no debe despojarse la flor de la raza, porque significa progenio y arte.

Alejandro arrasó a Tebas, pero dejó en pie la casa de Pindaro; la ciudad perdió su libertad con su ser, la morada del poeta fué más suntuosa y venerable en medio las ruinas.

Septiembre-1912.



LA CASA SOLARIEGA

AQUARIUS 1984-85

LA CASA

RESTAURACION

La ecolatría es un arte, busca la belleza, pero una belleza abrazadora del espíritu y lo visible.

Este concepto del arte ecolátrico se verifica sobre todo en la restauración; cuando veneramos un edificio antiguo, un culto se manifiesta en nosotros y para nosotros; yo le llamaría interno; otras veces deseamos dar vida real a lo que sólo representa la imaginación, y dejando los deseos ya en producción ponemos por obra nuestro cultural pensamiento.

Nos agradan mucho las ruinas desoladoras de un castillo, porque tenemos un dejo suave de tristeza, pero mejor contemplarfámos aquel castillo restaurado, porque llevamos en nosotros deseos creadores.

Dar vida a lo que no existe es el timbre más excesivo de los hombres; descansamos en nuestras obras, como el creador al formar el universo y gustamos de ellas, porque son flor de la solicitud.

Pedro el Cruel, antítesis del sentimiento animico, se recreó mucho contemplando los palacios árabes por su iniciativa restaurados, donde el Guadalquivir tuerce su paso.

Pero ¡ah! en nuestro suelo es demasiada la depreciación ecolátrica.

El blasón de la España nueva sería más fiel ostentándose en sus cuarteles, por el castillo, una piqueta y una tea incendiaria; por el león un lebrel de Borgoña.

La dinamo gubernamental tiene muchos voltios, pero no bastan; las iniciativas regionales e individuales suplen en parte el déficit centralista.

Es síntoma de adelantamiento la preocupación por el arte, y de atraso la inercia.

Aquí no sólo no hemos estado en la inercia, mal menor siempre, sino que hicimos desaparecer, graníticas glorias nacionales.

En Madrid y en algunas regiones, ya se han creado Comisiones de monumentos, que tienen sus Juntas y redactan curiosos boletines; mas hemos caminado muy lentamente.

Y ¿qué valen los esfuerzos oficiales si no concurre la espiritualidad nacional? El elemento noble, que se extingue, ha hecho bastante ecolatria; de todos modos queda el Municipio, esa fuerza tan eficaz, como amenguada hoy día en sus atribuciones.

De no existir el noble o el cacique, el Municipio debe ser el padre del pueblo, el protector de la villa, el amparador de su riqueza, el iniciador de todo suceso artístico.

Pero dijimos hablaríamos de la restauración; hoy diremos de las fortalezas, que son las que dieron nombre a esta lengua en que nos expresamos

El Rey de Castilla y la fabla castellana evocan, al instante, puentes levadizos, altivas almenas, sonidos de bocinas en la torre del homenaje.

En los valles de la hidalga montaña de Santander, se descubre, rodeado de pradería, plátanos y cipreses añosos, el castillo de Rocamora, soberana vivienda no ha mucho restaurada.

Es un edificio que representa una época de transición, aquélla en que los viejos castellanos dejaron de ser guerreros y comenzaron a llevarse cual cortesanos; entonces trocaron el hierro por la seda, el lanzón vizcaíno por la espada de esmaltes florentinos.

En el castillo de Rocamora lo pasaría muy bien un poeta sentimental enamorado de los siglos cortesanos.

Subiría a la azotea del castillo y remembrando la astrología señorial, contemplaría la ruta de los planetas y las varias constelaciones; se habría de reclinar en una silla milanesa, dejando llegar hasta su frente soñolienta los pálidos rayos de la luna y el frescor de las noches otoñales...

No lejos de Santander, en el principado de Asturias, restauró el Marqués de Priorio, el castillo de su nombre.

Al visitante se le ofrece como una fortaleza feudal, rodeada por jardines versallescos.

Aquellas blancas e inmóviles esculturas de las alamedas, parecen desterradas de su patria y sufren la condena de servir a un señor bosco y extranjero.

El cielo inclemente no las respeta, sino las destruye; por eso callan; su fin está cercano.

¿Y el castillo? El castillo es un alarde de generosidad nobiliaria y de entusiasmo medioeval; salas, escaleras, patios, artesonado, mueblaje, todo es allí digno de un Guillermo de Provenza o de una Beatriz Orsini.

¿Pero qué significa la restauración de éstos y alguna otra fortaleza, de que hablaremos, si se miran los castillos innumerables que por toda España se nos presentan abandonados o por sus dueños o por el arte ecolátrico?

¿Acaso no merecen nuestra actividad los hechos desarrollados en su recinto, allí donde habitaron nuestros abuelos, solícitos de mejorar la patria?

No lo han visto como nosotros las demás naciones europeas, y hoy se puede afirmar que España va en zaga en lo que a ecolatria se refiere, así a Francia como Alemania e Inglaterra.

Donde existe un monumento restaurado, existe un espíritu ecolátrico, que además de ser artista es social; es un adarve para las ideas que buscan violentamente la nivelación.

POR EUROPA

En los demás países europeos, es frecuente encontrar ecolatras diligentes, que marchan de ciudad en ciudad, de valle en valle, de castillo en castillo, descubriendo y admirando las viviendas de los que pasaron.

No son sus viajes esímeros y recreativos; son algo más. En ellos, la crítica de quien fué leyente se aquilata, mejora ante la realidad llena de trascendentales impresiones.

En los pueblos eslavos y germanos reside esa veneración histórica, y los druidas de los sagrados bosques tienen sucesores dignos en los ecolatras alemanes.

Timbre de la nobleza imperial es en Alemania la solicitud por levantar lo derruido y restaurar lo próximo a cuartearse.

El viaje por orillas del Rhin, es la contemplación de un panorama ecolátrico. Los grandes barones, ganosos de sus graníticos solares han abandonado sus mansiones de Colonia y Munich, por los valles y cumbres rhinianos! allí tienen sus modernos edificios; desde las terrazas y miradores descubren los almenares de antiguas fortalezas.

Allí, en el bosque cercano, en la cumbre de la cordillera, en el límite del solar, se alza severo y guerreador el castillo que, construido por generaciones fencidas, fué por las actuales suntuosamente restaurado.

Son las moradas caballerescas donde se defendieron y trovaron sus abuelos, aquellos germanos de corazas emblemáticas y paramentados palafrenes.

El Kaiser parece se ha colocado en el óptimo lugar del ecolatrismo, él ha dado un bello ejemplo a la aristocracia del Imperio. El castillo de Berg, fundado por el conde primero de Berg, arranque ilus-

trísimo del árbol genealógico imperial, ha sido objeto de la demostración artística del Kaiser.

La restauración emprendida hace varios años y casi finalizada, nos ofrece un modelo para admirar e imitar.

El exterior e interior del castillo de Berg ha quedado embellecido con imperial magnificencia.

Los sillares de la fortaleza, enrojecidos por largos siglos, los puentes carcomidos, las almenas derrumbadas, el ventanaje mal seguro, todo ha experimentado substitución fiel y sólida.

¿Y qué decir de la decoración interior, del clásico mueblaje?

Tapices que compiten con los antiguos de Versalles, cubren los sombrios muros, prestando realeza y dignidad a los magníficos salones.

La furiosa lid entre uno de los condes de Berg y un obispo elector que muere en el campo de batalla, rota la cruz de pastor y quebrada la cruz de su espada; la amable historia de los terceros condes de Berg, que se unen niños todavía para formar el más infantil hogar y templar el amor de aquellos sus ternísimos corazones; la prueba de las rodelas y almetes entre los fuegos de la vieja ferrería, donde aparece el viejo castellano; he aquí los asuntos que revisten la imperial mansión; esa mansión que encierra bajo sus frisos y bajo los dorados artesonados toda la gloria de los Guillermos y Federicos, impulsores del esplendor germánico.

El inglés tiene mucho de germano. Revélate esto en el ecolatrismo pujante, ecolatrismo que nos presenta la antigua Albión como el país de las leyendas en los viejos torreones.

Irlanda, Escocia y el principado de Gales, constituyen regiones esencialmente arqueológicas.

El castillo de Blaney en Irlanda, cerca de Cork, es una fortaleza legendaria. Allí besa el visitante una piedra o lápida que comunica el don de las palabras.

Los lagos azules de Killarney reflejan los muros de Ross Castle, Sweet Innisfallen y Muckrose, propiedad hoy de los potentados británicos, que los conservan y restauran.

Casi en el centro de Inglaterra, el palacio de Haddon Hall se eleva como tipo ideal de la morada nobiliaria.

Data del siglo XII, pero allí existe la solicitud por el arte y parece de hoy.

El linaje Vernon, distinguido en aquel reino, como lo fueron aquí los Laras y Guzmanes, conserva entre sus amarillentos manuscritos historias de doncellas enamoradas y caballeros gentiles, los que ponían una rosa en el escudo, porque significaba amor con sangre. ¡A cuántas princesas pálidas procuraron un fin romántico!

El magnífico castillo de Abbotsford, en Escocia, la mansión amada de Walter Scott, el pintor fiel de amazonas trágicas y de amansados guerreros, es maravilloso en su conservación. Las autoridades miran por la ecolatría. Suaviza el sentimiento y rinde merced a los turistas, producto numerario.

No queremos decir que en Inglaterra se ha hecho todo; aún falta mucho e importante, pero, lo cierto, es que están delante de nuestra península.

Kenilworth, castillo ofrecido por Isabel a Leicester, su favorito, camina lentamente a su desmoronamiento, abandonado.

Quizá la yedra, por sus viejas ojivas encaramada, sea fuente de una belleza que nunca encontrariamos en esta misma fortaleza restaurada.

En Italia y Austria, es el ecolatismo tenido en relativa depreciación. Praga, sin embargo, nos muestra los antiguos castillos, donde moraban los prelados feudales y los palatinos pondonorosos.

Italia ofrece al ecólatra, en la torre del Campanil de Venecia, un modelo de restauración fiel y llena de majestad.

Esta labor ecolátrica no sólo la verifica el elemento oficial, sino también la colectividad espiritual, que por encima de las ideas nuevas, que tienen por procedimiento la violencia, sabe sentir lo antiguo, fuente de arte y cultura, de regeneración y de goce.

No se adelanta destruyendo lo de pasadas edades, sino acomodándolo al vivir actual, un vivir que debe encontrar nutrición al conservar lo pasado para lo futuro.

Criticamos a nuestros padres y no pensamos que dieron ellos los pasos, como primeros, más difíciles para conducirnos a este renacimiento de pensar y obrar; que ellos trazaron las primeras líneas de nuestro amor artístico en el ecolatrismo y demás artes plásticas o liberales.

ANCHA CASTILLA

Los castillos de Rocamora y Priorio. Ciento que no son únicos en España, pero aún quedan por restaurar verdaderas bellezas arquitectónicas.

Pasando del principado de Asturias a Galicia descubrimos el señorial castillo de Mos, cuya reciente mejora y restauración debe conocerse con mayor extensión.

Un palacio de Salamanca debe llamar la atención no sólo de los regionales, sino del Gobierno en su ramo respectivo.

Las Academias de Bellas Artes parece alcanzarian los plácemes y respetos de los que sienten lo bello, poniendo por obra la restauración y decorado del «Palacio de Monterrey», esa morada de neto carácter español, que ostentó en la Exposición de París, el genio de las razas castellanas, mostrando en lo severo de su construcción, en lo selecto y elegante de sus detalles, la firmeza del hidalgo de la real Castilla,

con la exquisitez cortesana recibida en parte de los pueblos orientales.

Hoy contemplamos el palacio de Monterrey con admiración y recuerdos heróicos y nobiliarios; pero si penetráramos en su interior, lastimase nuestro espíritu artista al considerar tanto abandono.

La casa de los Conchas de bien conservados sillares y severidad clásica, ha tenido la suerte de ser en gran parte restaurada, transformándose su interior merced al Sr. Hurtado de Mendoza, en lugar de arte y antigüedad y hermanándose en todo lo mejorado, el gusto con la fiel restauración.

En Salamanca es quizá en donde la ecolatria ha sufrido mayor depreciación. ¿Qué contemplamos hoy de los 97 monasterios e iglesias, de los 30 colegios universitarios? La parte mejor de ellos cayó inartísticamente al golpe de la piqueta constitucional republicana desde 1835 a 1874 y de 1808 a 1813 al incendio de la invasión demoledora.

Un modelo de hidalgua y desprendimiento encontramos en Extremadura.

Estaba el palacio de Yuste a pública subasta y apreciando el Marqués de Miravel su adquisición por el último de los Bonapartes, compró en cuantiosa suma el histórico edificio.

No fué esto lo más laudable. El Marqués de Miravel aplicó en seguida sus afanes a conservar aquella grandeza arquitectónica. Tendió, sobre todo, a volver a su primitiva forma el Palacio del Emperador, dejando intacta la famosa rampa que ascendía del huerto a un vestíbulo imperial, con objeto de que el valetudinario Carlos V pudiese montar a caballo a la puerta de sus habitaciones.

En Castilla la Vieja, álzase no lejos de Medina del Campo, un celeberrimo castillo.

Muéstrase allí el aposento donde expiró Isabel la Católica, suceso que se halla representado por el clásico pincel de Rosales, el que vislumbró la tristi-

sima visión de aquellos maestros llorosos, de blancas galas, acuchillados justillos, y semblantes pálidos y animicos, de aquellos tapices blasonados con cuarteles reales, de aquella alma que enlazó las mercedes de la mujer con las dotes del varón, extinguiéndose lentamente entre lamentos de los palatinos.

Parece todavía percibirse en aquellos corredores los largos pasos del audaz Duque de Valentinois, el maquiavélico César Borgia encarcelado en aquella mansión, donde el eco recogió las voces de su empresa «César o nada».

Todo es en Medina ruina y estrago, los comunes la desolaron tristemente.

En los castillos de Dueñas donde se realizó el casamiento de D.^a Juana la Loca, y en el de Tariego, donde se acogió D. Ramiro, queda aún mucho por hacer.

Lo mismo podemos afirmar del resto de España; existen, si, algunas restauraciones, existe ecolatria, existe amor a la belleza, pero jah! cuanto más es el abandono, la indiferencia, la ecofobia de muchos elementos.

En Andalucía se descubren innumerables moradas señoriales, cuidadas unas, desiertas otras, en desmoronamiento las más.

En Valencia se alza restaurado y bien tenido el palacio-fortaleza del duque de Gandia, construido por éste y amurallada y torreada, con el fin de preservar la costa de su estado, de los corsarios argelinos.

¡Cuántas veces aparecían en la lejanía de los mares las blancas velas de los audaces piratas, y cuántos al verlos huian a refugiarse, defendiendo su intangible vida, las jóvenes de aquellas playas!

Toledo, lo saben todos, encierra entre sus viejos murallones singular ecolatria; los Poderes de la nación han comprendido, que ante el sinnúmero de visitantes extranjeros debía restaurarse la ciudad

sintetizadora de la España tres veces imperial; por eso el Alcázar amado de Carlos V se levanta dominando la hidalga y vieja Toledo; no es extraño exclamase el vencedor de Pavia, desde uno de sus torreones: «Sólo aquí me creo verdaderamente emperador».

En Madrid la torre de los Lujanes nos revela cuanto vale el cuidado y espíritu artístico.

Allí, donde Francisco I se dió en su orgullo a la arrogancia vencedora, parecen ensancharse los ayes del vencido, a quien Pescara y Lanoy nocturnamente consolaban.

En Aragón y Cataluña, adquiere la fortaleza un carácter privativo que la hace muy semejante a los castillos del Sur de Francia; pero aquí también queda muy poco de aquellas moradas evocadoras de mejores tiempos, cuando los caballeros de Montesa cruzaban en sus mantos las barras del condado con la sencilla cruz por el Rey Conquistador donada a la magnánima orden.

Pedrola, ese palacio inmortalizado por Cervantes, hace sentir al pisar las frias losas de su pavimento, al recorrer sus terrazas y salones, el genio de los linajudos, Villahermosas, los ricos-home de Aragón, retadores de Reyes, y las trágicas leyendas de la campana de Huesca, parecen convertirse en realidad al escrutar en los desmantelados sepulcros los emblemas borrosos de los indómitos infanzones.

Mas ¿qué rendimiento al arte y aun a la economía pueden aportar monumentos tan preclaros, si no cooperan a una los propietarios y el Ministerio respectivo para reedificar y restaurar lo próximo a desmoronarse?

Son en España muy mercantiles, construyen buques de transporte, fundan Sindicatos, ferrocarriles, Asociaciones de todas suertes, pero sin dejar de amar el arte por el arte, deberían pensar en la economía ecolátrica.

En Inglaterra, por ejemplo, hay lores, cuyas ren-

tas derivan en cierto modo de lo que dejan los visitantes.

Praga, de Bohemia, se mantiene merced a los innumerables viajeros que a su recinto se dirigen por admirar sus riquezas arqueológicas.

Los europeos llegan a España porque saben su glorioso pasado y vueltos a su país, visitado que han nuestros monumentos, nos ponen delante cosas que quizá ignorábamos.

Ellos tienen conocida la riqueza ecolátrica de su territorio y aportan todos sus afanes por conservar un sillón enmohecido, una saetera original, un escudo de remotas edades.

Pero ¡ah! la clase de su cultura y de la nuestra puede ser la solicitud por conservar lo antiguo.

La ecolatría es un refinamiento cultural, requiere una suma más que baladí.

Y ¿qué diremos si lejos de favorecer se ponen cortapisas a lo ecolátrico por parte de los que debieran fomentar esta fuente de pública riqueza?

«Restaurar y conservar» es la empresa de los ecolatras; «abandonar y demoler», el tema de los aecólatas.

El número de los primeros nos dirá inequivocadamente el bienestar de un pueblo, como el de los segundos la miseria y desorganización del Estado.

TORRES DE VIZCAYA

En los valles y cumbres que forman la topografía de nuestro país, a orillas de los ríos y junto a las rompientes cantábricas, descubrimos en viajes y jiras un número considerable de severas y guerreadoras fortalezas que llaman agradablemente la atención de nuestro espíritu ecolátrico. Son las moradas de nuestros progenitores expuestas en el transcurso de las

edades, al desmoronamiento y total ruina. Hoy que nos hallamos cercados de riqueza y que vemos que empieza a manifestarse en el país el amor al arte, el deseo por conocer la antigüedad, debemos fijarnos algo en el valor aún económico que para el país encierra la restauración ecolátrica.

Dos ejemplos de restauración tenemos a la vista: el castillo de Gautégiz de Arteaga y el de Butrón; hacia ambos dirigimos nuestras visitas, ya solos, ya acompañados por forasteros. ¡Cuánto provecho, no sólo cultural, más también numerario se deriva de estas visitas a los pueblos donde radican dichos monumentos!

El siglo VIII fué el de la construcción del castillo de Arteaga por Fortun Ortiz; destruido por los indómitos banderizos, reconstruyóse en el siglo XV, y por fin restauróse magníficamente en 1860, merced a su nuevo señor Napoleón III.

Del siglo VIII data también el castillo de Butrón. Alzase el antiguo castillo de Butrón en el Señorío de Vizcaya; y es su interesante historia limpia de fábulas y abundosa en hechos científicamente comprobados.

La leyenda del capitán Gaminiz ha sido desechada por la crítica moderna; según ella, en el siglo VIII fué construido el castillo de Butrón, y se comprueba lo falso de este aserto teniendo en cuenta que el primer Butrón legítimo aparece en el siglo XIII, cosa de fácil probación.

Tres son las fuentes de donde podemos deducir la historia auténtica del Castillo y sus dueños.

En primer término figuran los documentos oficiales, entre los cuales existe un curioso testamento, que data del año 1407, y varios decretos de los monarcas de España; Lope García de Salazar nos ofrece noticias de carácter transcendental y científico, siendo como es autor contemporáneo y veraz, y finalmente las ciencias auxiliares, como la heráldica y

arqueología, nos suministran valiosas y originales investigaciones, descubriendo hechos dignos de recordación.

Fué Juan Pérez de Butrón el primero de tan ilustre apellido y contó entre sus progenitores al Señor de Ajánguiz o Ayanguis y a su omónimo Juan Pérez que pobló en Villela y fué abuelo del primer Butrón, de quien memoria se conserva.

Por sucesor hallamos a Ochoa de Butrón, en cuya vida empezaron las guerras de bandería, que tanta sangre costaron, no sólo a este linaje, sino también a los demás de Vizcaya.

Por haber muerto en el encuentro de Altamira Juan Pérez de Butrón y su hijo Ochoa, el heredero efectivo fué Gonzalo Gómez de Butrón, a quien se da en la historia el nombre de «el Viejo».

Señoreando Gonzalo I, tuvieron lugar varios hechos importantes; fué uno su espléndido casamiento con la magnífica Doña Elvira Sánchez, Señora de la casa solar de Ibargoen, e hija del caballero Ordoño de Zamudio, descendiente de los señores de Ayala y Salcedo.

Debe notarse solicitamente, que por este tiempo, 1393, nació la enemistad entre los Abendaño y los Butrón.

De los hechos más notables de Gonzalo I, «el Viejo», es hermoso caso el testamento religioso e hidalgo, que dió principio al mayorazgo y lleva la fecha de 1401.

De los Señores que andando el tiempo sucedieron, hemos de indicar algunos más ilustres en armas, entronques y heredamientos.

En esta parte a pocos dan ventaja Gonzalo II y su hijo Gómez I, que son los que dieron al linaje verdadera brillantez y esclarecida extensión.

Gonzalo II, por su casamiento con Doña María Alonso de Mújica, vino a poseer Mújica y Aramayona; y sus hijos entroncado con familias de abolengo

altísimo como los Arteagas, Leguizamón y Salazar; tuvieron también dos hijos religiosos y dos fallecidos sin generación.

Gómez I señalóse sobre su padre en valor, estado y casamiento; tuvo por mujer a Doña Elvira de Leiva, nieta de los Guevaras. Señores nobilísimos de Oñate; fué obedecido en Mújica, Butrón, Aramayona, Zaballa, Abadiano, Ochandiano, y murió siendo comendador de la Mora de la Orden de Santiago, en la celeberrima batalla de Mondragón, 1448.

Su hijo Juan Alonso II de Mújica, fué en unión de otros caballeros y gente de armas, el vencedor del conde de Haro, en Munguía, y de aquella ocasión memorable se cantó:

«Esta es Vizcaya
buen conde de Haro,
esta es Vizcaya
que no Belorado.»

Sin duda fué Gómez III, quien alcanzó para sí la dama más linajuda que gozó hasta entonces el linaje. Doña María de Manrique, hija del conde de Paredes y nieta del conde de Buendía; añadió a este timbre la estima con que privó para con el monarca de Castilla, Fernando V. Murió después de haber gozado el título de Capitán de la Real Armada, en 1524.

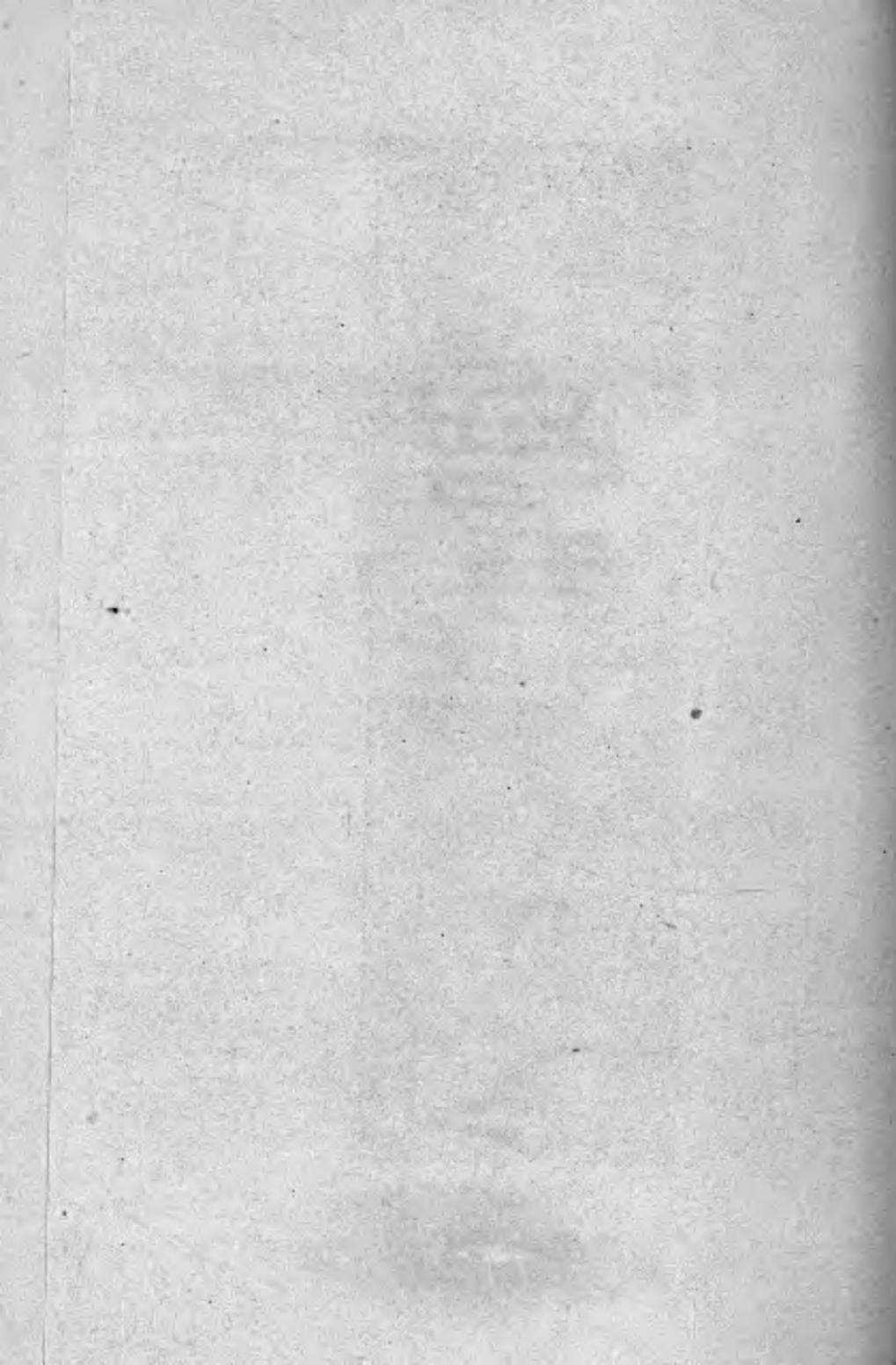
Su hijo Juan Alonso III de Mújica y su nieto Gómez IV, continuaron con entroncamientos ilustres, pero el hijo de Gómez IV, Juan Alonso IV de Mújica, parece se les adelantó, obteniendo la mano de Doña Angela Manrique, hermana de Grandes de España y de Consejeros de Estado.

El heredero de Juan Alonso IV, Antonio Gómez de Butrón y Mújica, casó con Juana de Velasco y Aragón, condesa de Castilnovo, y no tuvieron sucesión.

Recogió la valiosa herencia un nieto de Gómez IV, Don Alonso Idiáquez de Butrón, que entre muchos



Juan Alonso de Idiaquez de Butrón
Olho van Veen.—1556



títulos, llevó también el de conde de Aramayona a partir del año 1606, título que vino a tener la casa de la Torrecilla, que hoy posee el histórico castillo.

La restauración de este castillo es timbre esclarecido de la ecolatría benemérita de su poseedor.

Ha seguido en esta parte el ejemplo ofrecido por los nobles alemanes que, juntamente con el emperador Guillermo, han embellecido sus estados, restaurando sus antiguas moradas.

Ya en el testamento otorgado el año 1401 por Gonzalo I, «el Viejo», aparece la existencia del castillo de Butrón; sufrió éste no poco por las guerras de banderías, y por sus puertas salieron a la lucha caballeros tan esforzados como Gonzalo Gómez de Butrón y Gómez González, los eternos enemigos del linaje de Abendaño; el año 1414 combatieron 1.500 hombres por parte de los Abendaños y 800 por los Butrón, quedando numerosos muertos en el campo.

Gómez González de Butrón, desterrado a Castilla, desobedece y marcha sobre Munguía, batiéndola con lombardas, pero al fin es rechazado.

El castillo de Butrón acogió y defendió en 1441 a Gómez González de Butrón y los suyos, al ser atacados por los Abendaño.

Dos años después, 1443, fueron vencidos los Butrón por sus parientes los Mújica y Villela; de la falta de fidelidad en los pactos de esta contienda, originóse aquel refrán «Por las treguas de Butrón, no dejes el larogón».

Sucedío, que merced a tanta bandería y a la de-
moledora acción de los elementos, quedó en mal
estado el señorial castillo.

En esta época de lides sin punto de reposo, fué el castillo de Butrón una fortaleza inexpugnable; levantábase en medio de la muralla una torre de arquitectura vizcaina, que consiste en una fortaleza de piedra sillar con almenas, saeteras y puente levadizo, sin otro adorno que revele arte y delicadeza,

sin un friso, una columna, unas volutas—en torno a la torre, alta y cuadrada, se descubría el murallón o cerca y en los cuatro ángulos, lanzábanse al viento cuatro torrecillas airoosas y almenadas. Por esta muralla venía a darse a una puerta y escalera con puer-tecilla secreta: la muralla daba asimismo amparo a los fosos, plazas de armas, cuadras, troneras para las lombardas y sala de guardias.

Todo el castillo tenía descanso en muros de trece pies de espesor.

Sobre las ruinas de este épico castillo, que siempre ostentó emblemático las armas de Butrón, cinco lobos prietos en cruz de oro y en los ángulos cuatro butrinos, se edificó el actual, bajo la dirección del Marqués de Cubas, arquitecto de notable renombre y por iniciativa del Excmo. Sr. Marqués de la Torrecilla.

La construcción que hoy contemplamos consiste en grandes murallas almenadas; en ellas álzanse cuatro torreones diferentes, de acertada disposición, ocupando los flancos y rodeando artísticamente a la torre mayor que se levanta en el centro.

El gusto general, es más bien el de un *chateaux* francés digno de un príncipe Conti o una Adelaida de Provenza.

Los jardines que lo rodean contribuyen al embellecimiento de esta obra arquitectónica, que revela un gran esfuerzo ecolátrico en su benemérito poseedor.

Pero si es glorioso contemplar estos dos castillos tan admirablemente restaurados, causa verdadera pena apreciar la próxima ruina y quizá desaparición de algunas fortalezas que tienen respecto de todos los que se crean vascos, un interés transcendental, y cuya desaparición por abandono, implicará para el país vasco y sus autoridades, una sombra, un borrón inartístico en la perfección cultural a que aspiramos.

A una hora de Bilbao por el ferrocarril de Portugalete, tenemos quizá el más importante recuerdo histórico de Vizcaya. Allí se levanta serena y majestuosa, como un heraldo de los antiguos tiempos, la torre de San Martín de Muñatones, edificación del siglo XIII y reconstrucción del XV, donde Lope de Salazar, el banderizo más característico, el alma mejor templada de los vascos, el defensor temible de la libertad del país, el guerrero respetado por los soberbios Velascos y turbulentos Laras, el cortesano erudito y de galanos decires, escribió una obra: «Las Bienandanzas e Fortunas», joya bibliográfica e histórica, sintetizadora de nuestra raza, de nuestro espíritu, de nuestras hazañas.

Es incomprendible que en aquellos salones donde eternamente se inmortalizaron con escribir conciso y realista los caracteres y destinos de la nacionalidad vasca, se descubra sólo el abandono en los desmoronados torreones, la frialdad e indiferencia en el gélido pavimento.

Sólo la Diputación de Vizcaya puede con su valiosa cooperación resolver este asunto de transcendencia educativa; tenemos arte en el país y sólo nos acordamos de mandar nuestros jóvenes artistas al extranjero; los vascos nos hemos retrasado en la cuestión cultural, porque creemos demasiado en el trasplante.

Bilbao es un pueblo, fuerza es decirlo, de poco tránsito, y entre otras cosas porque no tenemos monumentos; más de la tercera parte de los que visitan las ciudades de Burgos, Salamanca, León, Córdoba, lo hacen llamados por la riqueza arquitectónica.

No es que hayamos sido un pueblo sin arquitectura, un pueblo de chavolas o construcciones rudimentarias sin interés; no, muy al contrario.

¿Dónde están en Bilbao las originales torres de Zurbarán, Arbolancha, Leguizamón y tantas otras?

¿Cuál es el estado de la torre donde vivió don Pedro el Cruel?

¿Por dónde se ven los restos de la casa de la Naja, que vió entre sus muros la reforma legislativa del país?

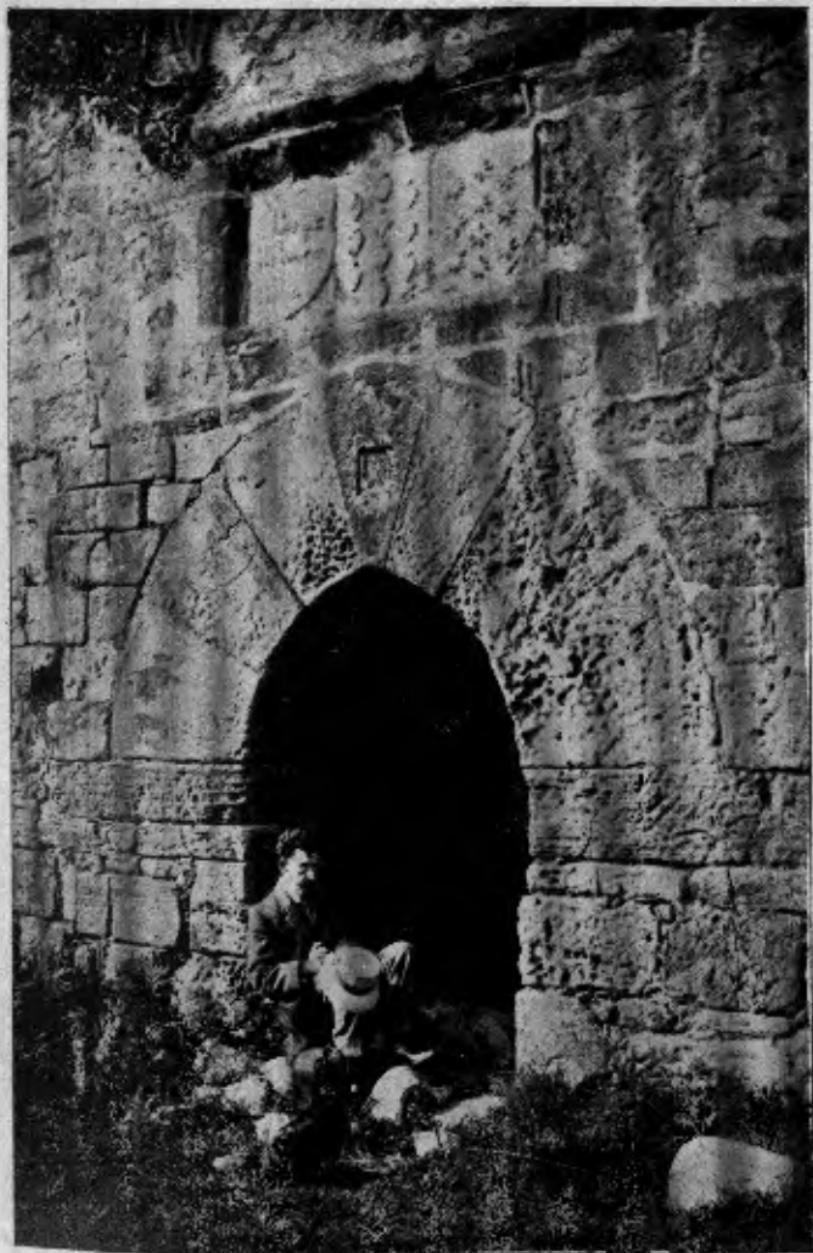
Nada queda de todo esto. Pero si en Bilbao no es mucho lo que se puede restaurar, en su circuito y en la demarcación no demasiado extensa de Vizcaya, se encierran verdaderas maravillas arquitectónicas e históricas.

En Abadiano, la famosa torre de Muncharaz; en Elejabeitia, la de Zumelzu; en Izurza, la de Echaburu; en Zamudio, la de Malpica; en Bermeo, la de Ercilla... torres que todas encierran peculiar interés para formar nuestra concepción artística.

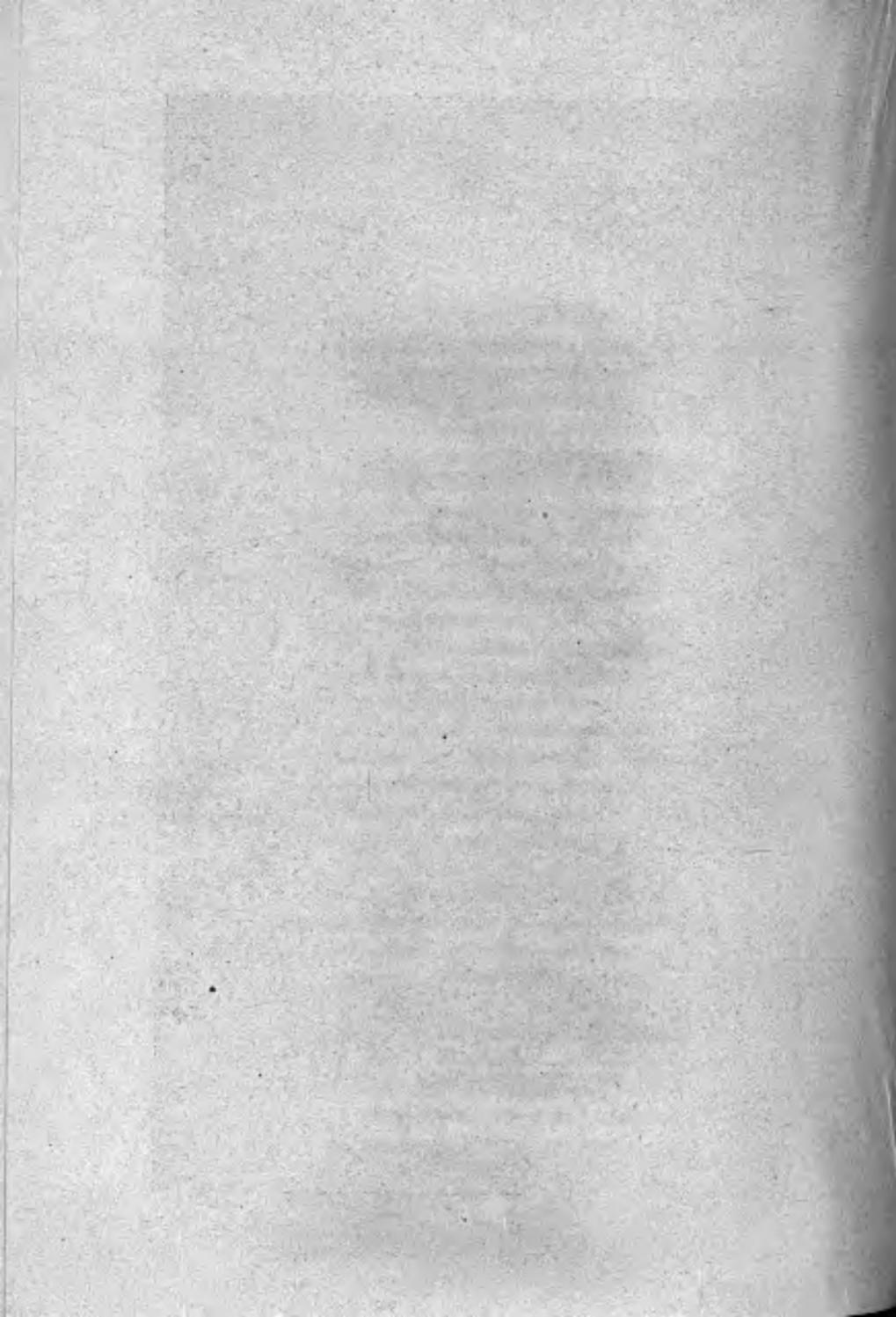
En ellas, visitando su recinto, contemplando sus troneras, subiendo a los almenares, palpando el espesor de sus muros, remembrando los acaecimientos históricos, hallaremos elementos para formar nuestra poesía privativa y sobre todo, nuestra ópera vasca.

Los libretos y aún las partituras deben estar inspiradas en la realidad, mejor que sobre la fría mesa de un escritorio, o no lejos de un magnífico piano.

Las obras más literarias se han escrito en estas condiciones. Witte escribió su «Oda a la tempestad» en medio de espantosa borrasca; Ercilla concibió y desarrolló su «Araucana» en medio del combate; César redactó sus «Comentarios» entre los azares de la guerra, y el mismo Lope de Salazar narró la Historia de Vizcaya, las genealogías más prepotentes, las luchas más encarnizadas, rodeado por el fuego de las lombardas y el estridente sonido de las bocinas señoriales, estando preso en la su torre de San Martín de Muñatones, cuya fotografía damos en uno de sus detalles, que representa la puerta por donde entraba el temido guerrero y que mide la misma altura del gigante Salazar; en la clave del arco aparecen las estrellas de los salazariegos, las panelas de los muñatoniegos y los lobos de Butrón, todo ello



Torre de San Martin de Muñatones



artísticamente reproducido por el inteligente y delicado fotógrafo Sr. Torcida, que ha dado un loable paso en el progreso ecolátrico cultural de Vizcaya, coleccionando las casas-fuertes, las solares y los detalles más interesantes de nuestra riqueza arquitectónica, y haciendo de la casa «Lux» un centro de arte fotográfico que está llamando la atención de todos.

Volviendo a la ópera vasca, no podemos menos de insistir en las genuinas y fecundas tendencias que debiera tener en posteriores libretos, tendencias emanadas del contacto con la realidad y con las historias virgenes de nuestros mayores, todavía sin explorar.

La ecolatria debe ser en esta región una de las fuentes más puras de la ópera vascongada, porque la decoración viva dará realce a las partituras de los profesionales, y el carácter de nuestro pueblo e Historia se hallan por modo maravilloso reflejados en la arquitectura señorial del país.

Dada la decoración insuperable y la verdad épica de nuestra Historia, hallará el músico inspiración abundante acertando a decir, con la combinación de notas, la rapidez de escalas, la variación de los aires, la languidez de los accidentes odeónicos, lo que nunca pudieron expresar el decorador y el libretista, decorador y libretista que han sido quizás causa de su más vigorosa inspiración; de sus compases más interesantes.

Así crearemos una ópera que sea símbolo de nuestra genialidad, como lo es la alemana del pueblo germano, y la italiana de los florentinos y los lombardos.

EL COLEGIO DEL ARZOBISPO

—Diga usted; ¿y ese castillo que se levanta sobre la suave colina ocupando con el valle posición tan

pintoresca, encierra alguna historia entre sus viejos muros?—me decía un caballero que había tomado posiciones en la ventanilla del tren correo, sin duda para escribir sus viajes por el país vascongado.

—Sí, señor; y en estos contornos los niños de la escuela conocen la historia de ese palacio; llámanle vulgarmente «palacio de las brujas o encantado», pero la historia lo denomina «palacio de Amézaga».

—Supercherías de labriegos, gente incapaz y soñadora; también por mi tierra de Cataluña andan historietas así.

—Yo, más bien que supercherías, caballero, diría ser veneraciones del culto interno que todos rendimos a lo desconocido; ha sido ésto cosa de todos los tiempos y naciones.

—Pero, y ¿qué me dice usted de la tradición histórica?

—Es el caso que los Amézagas, familia poderosa en la tierra a principios del siglo XVIII, privaban con el soberano de España Felipe V; invitáronle a una cacería por aquellas montañas, y por procurarle conveniente alojamiento, edificaron ese palacio que contemplamos; más he aquí que sobrevino la muerte de los Amézagas, tres militares celeberrímos, en la guerra de Sucesión, y el Rey abandonó su pensamiento, quedando el palacio solo y sin terminarse.

Entre tanto la locomotora nos arrastraba fuera del valle, silbando intermitentemente; el «palacio encantado» había desaparecido de nuestra vista.

El caballero catalán tomó notas en su block y yo empecé a meditar sobre la veneración que todos manifestamos a los edificios antiguos de remota vetustez.

Yo creo que todos tenemos algo de ecólatras, que todos miramos con veneración misteriosa los edificios de pasadas edades, aquellos edificios por cuyos viejos

muros se encarama la yedra selvática y los jarales morunos; los arqueólogos son refinados ecólatras, investigan, viajan, interrogan, hallan, contemplan, besan las paredes derruidas, los sarcófagos espéctricos y lloran al despedirse de los antiguos monumentos.

Una ráfaga de viento me retrajo de mi divagación, y el señor catalán, de bigotes a lo Kaiser y gafas de cordóncito, se incorporó para hablarme.

—¿Podría usted indicarme algunos libros sobre el país que vengo recorriendo?

—«Viajes por el pueblo vasco» tenemos —, dije para mi capote.

—Precisamente voy a indicarle a usted uno que sin duda lo utilizará: «El Oasis», por Mañé y Flaquer, un catalán erudito y de buen criterio.

Y la estilográfica volvió a emborronar las cuartillas.

Llegaba yo al término de mi viaje; el ameno balneario sonreía cada vez más cerca entre los plátanos del bosque.

Ya los caballos piafaban en la entrada del parque, y arrastrados por el cómodo milord serpeábamos la cinta blanca de la carretera.

—Aquí —dijo el guía— está el camino vecinal que conduce al poblado de Ahedo.

Abedo es un lugar señorrial do en tiempo lejano moraban poderosos caballeros, a donde se llegaba con la veneración de los jansenistas al Port-Royal.

—«Allí se mostrara el colegio del Arzobispo, prelado de mitra y espada, mezcla de religioso y de guerrero» —me decía mi cómite, ecólatra entusiasta, como nacido a la sombra de los viejos monumentos castellanos, allí donde el Tormes refleja las anímicas catedrales, los orgullosos castillos.

Un derruido muro nos anunció tocábamos las lindes de la mansión solariega; a trechos se alzaban pequeños torreones ostentando en sus frisos nobilia-

rios escudos mal ocultos por la yedra salvaje, guardadora de los misterios medioeiales.

Por fin nos encontramos en anchuriosa plaza de quebradas losas; la clásica emparedada de las mansiones de pro, en el fondo se levantaba majestuoso el espéctrico edificio; cuatro arcos románicos forman el severo claustro; dos series de ventanas dobles, también románicas, dan a la fachada aspecto digno y ordenado; completan este clasicismo arquitectónico los ennegrecidos cuarteles bajo la mitra protectora; un roble con dos lobos rampantes en campo de oro; en el segundo cuartel, cruz flordelisada, en plata, de Calatrava; en el tercero, castillo de argen en oro.

Mas en todo esto ¡cuánta ruina y estrago! El sencillo labriego nos refirió cómo llevaban sillares de los cuarteados murallones y artísticos claustros para reparar sus caseríos los campesinos del contorno; era aquello una cantera de moderna invención, donde se daba la piedra ya labrada.

En aquel recinto, hoy derruido y abandonado, se formaban los varones de antaño, héroes civiles y eclesiásticos, chapeados con leyes espartanas y decretos inquisitoriales.

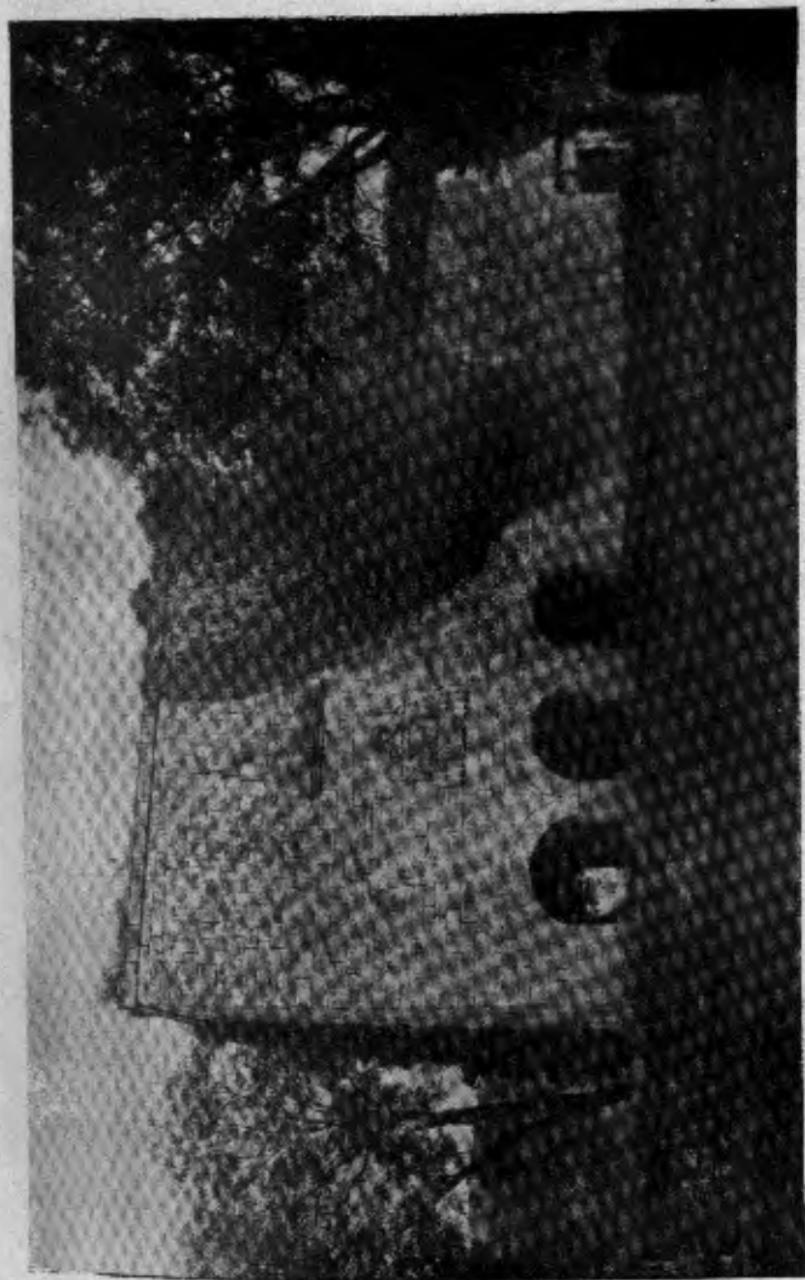
El cantor de las ruinas a Itálica hubiese llorado y la cadencia melancólica de la elegia, fuera parte al lenitivo de su dolor; nosotros nos contentamos con deploar la depreciación de la ecolatria y tomando un sendero cercano nos dirigimos a un palacio que tras un bosque de robles se descubría.

La casa solar de los Ahedos con sus dos torreclillas cuadradas y su sillar amarillentos.

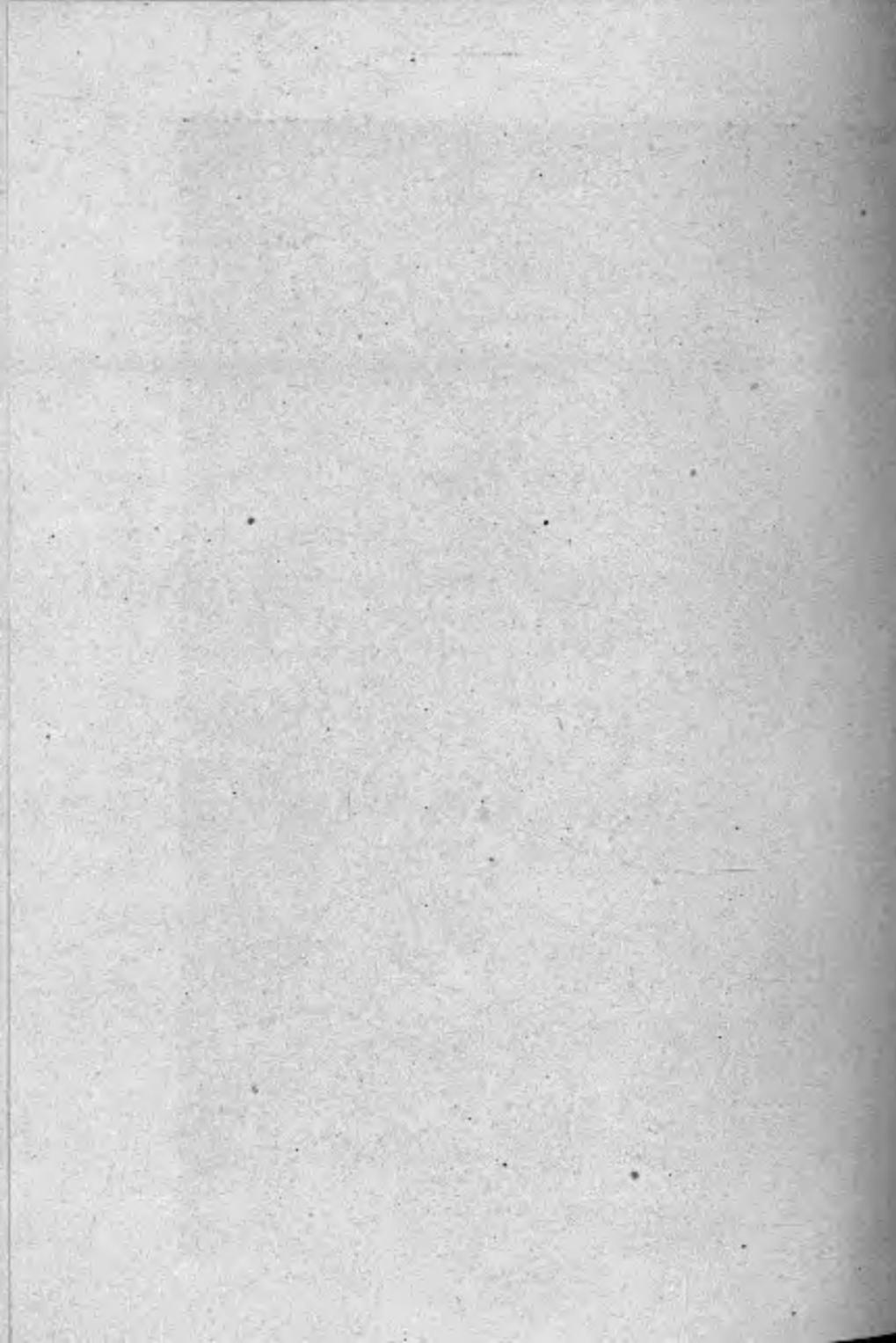
Llegados ante la fachada, contemplamos el mismo escudo de los Ahedos, pero en vez de la mitra se ostentaba el yelmo; era la mansión, no del prelado, sino del campeador.

Bajo las armas, leímos esta inscripción:

•Fué hijo de esta casa el benedictino Fray Diego



El Colegio del Arzobispo



de Ahedo, Abad de Fromista, autor de la Topografía e historia general de Argel, primer panegirista de Cervantes.»

Y nosotros, entusiastas del Manco de Lepanto, nos felicitamos de conocer la cuna de su primer biógrafo de quien tanta enseñanza sacaron recientemente el amable estilista Navarro Ledesma y el razonado erudito Rodríguez Marín.

Descendimos del ilustre poblado por el mismo camino vecinal con un dejo de antigua grandeza, confirmados en nuestro ecolatrismo o veneración a los viejos edificios, aunque satisfechos de haber nacido en los siglos del aeroplano.

:: SONREÍA ENTRE LOS PLIEGUES DE SU GOLA

Vizcaya, la de estrechos valles y escabrosas cumbres, correntosos ríos y tierras labrantías, blancos caseríos y obscuras moradas señoriales, mostróse a nuestra vista.

Vimos desaparecer tras de nosotros a la histórica Amorebieta, a la nobiliaria Durango, a las misteriosas cumbres de Amboto.

Elorrio ofrecióse como una avanzada de la riqueza artística que pronto habíamos de contemplar. Las casas-solares empezaron a parecernos un reproche severo a nuestra movilidad. La quietud es la vida de los edificios; el movimiento la vida de los hombres.

Entre los muros de Elorrio vivió un mártir y enseñó un sabio: Barri-Ochoa y Casajara, la virtud y el talento; a un tiempo dieron muestra aquél, de filósofo práctico, éste de especulativo. Ambos llenaron su deber.

Estábamos en Guipúzcoa, risueña y juvenil como un mozo de sus valles. Entrábamos en Mondragón, la antigua Arrasate, de ricas veneras y privados cerca los Reyes.

La villa de Mondragón deja ver en si la lucha de dos elementos: lo fabril y lo nobiliario; antaño se hallaban en consorcio; el infanzón ceñase el acero de sus ferrerías y enviaba cual rico presente a sus deudos de otros reinos, las finas espadas de jaquelandos pomos. Hoy las viviendas hidalgas de los Arbe, Osinaga, Arizpe, ven ennegrecidos los fantásticos lambrequines por el humo de los centros industriales.

Garibay, el historiador, no se hubiera avenido pacientemente a escribir sus prolíjos cronicones, entre los silbidos, el humo y el vapor de su pueblo natal, y cien veces colgara la pénola; sólo Báñez, el director de la mística carmelita Teresa de Jesús, hubiérase conformado, en un rasgo de asceticismo, con las molestias fabriles de su lugar.

Hundianse, ascendiendo, los automóviles por las estribaciones del Aizgorri. Contemplábamos ya el Santuario de Aránzazu. Ante la virgen oímos misa; y luego fué el yantar en la montaña, teniendo a los pies abismos dignos de Roncesvalles.

Nuestro espíritu artístico iba ensanchando en aquel ambiente tan antiguo y tan nuevo, cuando al entrar en Oñate pensamos en su grandeza histórica, en su tesón por el duque de Madrid.

Era Oñate el término redondo de la expedición, y allí llegamos deseosos de admirarlo.

Oñate fué en medio de Guipúzcoa, como una Esparta entre los helenos. Todavía se advierten sus viejos murallones. De remota antigüedad, parece vagar en su granítico recinto el espíritu de una ciudad medioeval. Es para mí Oñate un compendio simbólico de la época antigua; el prelado y el guerrero levantaron aquellos monumentos que con mirada ecolátrica investigábamos.

En esta ciudad se guardan la mitra sabia y la espada déspota. D. Rodrigo de Mercado y Zuazola fundó en 1533 esta Universidad que contemplamos; en el orden corintio de su fachada, en los cuarteles imperiales, en los frisos y columnas, en los sarcófagos y orantes está sintetizada la fe, lealtad y prestigio de aquel Obispo abulense. De todo el arquitectónico consorcio parece emanar la sencillez y grandeza de un salmo bíblico.

Junto al centro del saber, está la morada del poderoso, donde ostentó el señor de Guevara las panelas de su escudo, aunque sabe las ganó, en buena lid, cierto caballero vizcaíno, y tal vez por eso se perpetuara en él un nombre como el de Ladrón.

Pero es esta la característica menos importante de los dominadores de Oñate. Saben ellos que «antes hubo condes en Guevara, que Reyes en Castilla», que ganaron la ciudad del monarca navarro, que vencieron a las mesnadas del Condestable Iranzo, y estos timbres de abolengo y heroísmo, harán su dominio despótico y altanero.

En el río que riega la ciudad, sólo pescará el Señor de Guevara. El nombrará personal en lo administrativo, judicial y eclesiástico; él atravesará el templo jinete en generoso caballo, para asistir bajodejel al ceremonial, él, en fin, legislará como Rey y castigará como juez.

De esto nos hablarían con largura los Garibay y Uribarri, los bandos simbolizados en las armas de Oñate; un ciervo vencido por un águila.

¡Cuántas veces estos infanzones de menor cuantía se arrodillaron en el «humilladero», mientras el Señor de Guevara sonreía entre los pliegues de su boca!

Las casa-torres de Segura, Zaldúa, Zárate, Artazgos, nos mostraron en sus armas, la alcurnia preclara de sus mayorazgos.

Aquí vivieron y se educaron aquellos homes de

prodominadores del arte y de la ciencia, de la estrategia y la cultura; en esa torre de ojival ventanaje, nació un docto profesor de griego en París; de allí salió un segundón para explorar nuevos climas; aquí mandó esculpir un prelado los blasones de su linaje.

Nos fuimos alejando de Oñate, convertidos ontológicamente en caballeros de jineta y lanzón, pero pronto hallaríamos pábulo a nuestro ardor artístico e investigador. Vergara, la nobilísima Vergara se descubría a nuestra vista. Es para mí esta población, de transcendencia y estudio; en ella vive, ha vivido siempre, esa nobleza señorial de Guipúzcoa, algo amanerada y palaciega; las casas solariegas de Ozaeta, Mendizábal, Gaytán, Gaviria... han dado varones poco estudiados aún.

Vergara, como Alcibiades, fué diplomática; austriaca con los Austrias, borbónica con los Borbones, escéptica con Carlos III y sus favoritos, laica con Carlos IV, carlista con el Duque de Madrid.

Quiere tener un poeta y un santo. Jáuregui, émulo del Tasso; San Martín, mártir en Japón. Otras poblaciones se lo niegan. Ella sabe defenderse. Lo positivo que allí admiramos fué el Cristo de Montañés, concebido en la terrible palabra: «por qué me abandonaste»; fué esta maravillosa obra retocada por Palmaroli.

Diósenos en el archivo, exquesita muestra de cultura; allí examinamos antiguos pergaminos y miniadas probanzas dignas de un Iciar, profesor de Felipe II. Allí admiramos un tríptico que sintetiza por su trabajo en indumentaria y lo limpio de la línea, toda una época de nuestra historia.

En Vergara, parece vagar todavía las sombras de un Peñallorida, el Conde inteligente y culto, fundador de su Real Seminario y se cree escuchar las voces de aquel privado de Reyes y oráculo de la Corte, el original Araoz.

Vergara requiere un estudio detenido y aristocrático. Lo dejamos con precisión de retornar a nuestra villa.

Envueltas en la obscuridad pasaron en lejanía Placencia y Eibar, dos villas donde antaño se fabricaban armas para los hidalgos infanzones, para los tercios de Flandes.

En Bilbao dimos fin a nuestro paseo artístico, pensando al entrar por sus vías iluminadas de potentes focos, en aquella frase de Cánovas: «sin salir de la tierra donde nacimos, tenemos todavía rincones inexplorados, que reclaman nuestra inteligencia».

EL INFANZONAZGO

Allí donde la civilización existe, hay una vivienda fija.

En el desierto vagan los nómadas, en el campo viven los labradores, en la ciudad conversan los cultos. La edificación, la arquitectura, lo sabemos todos, simboliza un pueblo, una casta, una ciudad, y hasta unas familias. La mole cincelada, labrada, extraída de las cordilleras, representa el obrero rudo, el menestral inteligente, el artista delicado. Los padres de razas primitivas, eran sólo; obreros dólmenes y monolitos representan su esfuerzo. Iniciándose la cultura, desarrollóse la construcción. Los diversos estilos dicen, el genio de inteligentes operarios. El apogeo de la arquitectura fué obra del artista, sí, pero delicado. La miniatura, talla, escultura, son su empresa.

En Vasconia, como en Cataluña, la arquitectura pasó por estos naturales períodos, pero sólo estableceremos un no forzado analogismo en los siglos medios, de donde principalmente arranca la personalidad de ambos pueblos.

Claro aparece el esplendor arquitectónico de la región catalana «tarraconense» en los momentos del Imperio. Entonces, la raza de los vascos apenas tenía moradas fijas.

En la defensa contra el moro, surgió la colectividad y surgió también la edificación tosca, pero útil al principio, útil y acomodada después, suntuosa finalmente. La torre en Vasconia, el castillo en Cataluña, fueron la construcción estratégica de los antiguos retadores. Diferencias y afinidades se ofrecen entre la torre y el castillo; ellos nos descubren con claridad los caracteres de vascos y catalanes.

La torre de los vascos suele ser un perfecto cubo de sillería, con saeteras, almenas ancha puerta ojival, situada en una eminencia, entrada de un valle o cumbre de alguna cordillera.

Ni un friso, ni una columna, contribuía a lo artístico en la torre vascongada; sólo el escudo labrado en la ojiva de la puerta o centro del frontis, revelaba meditación intelectual.

En Cataluña se levanta el castillo a manera de los países frances y germanos; fosos, puentes levadizos, torre del homenaje, adarves... formaban aquellas moles defensivas, que sin ocupar muchas veces ventajosa situación topográfica, eran irreductibles. No hemos querido decir que fué la torre, entre los vascos, la única fortaleza, sino la más generalizada y la que caracteriza el primer período arquitectónico del país. Cuando la estancia en las torres se impuso como duradera y se fué esfumando el espíritu nómada y aventurero del vasco, levantáronse torres-castillos semejantes a los de las regiones feudales más caracterizadas. No las recordamos, porque a orillas de nuestros ríos, en las cumbres de nuestras montañas, se alzan todavía; unas con la majestad que encierra lo primitivo e indígena, otras con la esbeltez de una civilización menos grávida y más exquisita.

En Cataluña no abundaron los castillos, como las

torres en Vasconia, y reconoce esto por origen la organización sociológica diversa en muchos puntos. Los ricos hombres y grandes señores edificaban sus castillos, y la familia y vasallos moraban a su sombra; el centro y fin de todo era el señor, el conde. Es esto el feudalismo, con anejos deberes y prerrogativas. Entre los vascos si existió el espíritu feudal, nunca el régimen; por eso el bienestar del labrador, su bienandanza, sus medios, era nobleza igual para la publicidad oficial.

Los servidores de los banderizos, semblanza característica del potentado vasco, cesaban a voluntad en sus limitados homenajes, y de simples escuderos, infanzones de lanzón y daga, tornábanse caballeros hidalgos de horca y cuchillo, alzando torres propugnantes en la tierra llana labrantia. Así explicase el considerable número de casas-fuertes. Trocaban otros el lanzón y ballesta por el arado y laya, y existía un labrador sin menoscabo de su infanzonazgo.

¿Y en Cataluña sucedía lo mismo? Cuán pocos cambiaban de suerte, el campo desolado por la guerra y estéril a falta de brazos. El señor absorbía las iniciativas particulares; sólo las cruzadas contribuyeron al alivio de los vasallos; en el gremio se esparció la por tanto tiempo reprimida actividad de las clases mediocres; de ahí los castillos no innumerables.

Pero si el número de construcciones nos revela un punto sociológico esencial, la calidad nos ofrecerá el mayor o menor estado de adelantamiento; el estilo y decorado, la exquisitez caloicológica.

Los castillos participaron en la Cataluña aborigen del refinamiento francés, y un salón de aquel entonces nos presentará regio mueblaje blasonado y artístico. Ni faltó decorado y delicadeza entre los anchos muros de la casa-torre vascongada.

Un día descubrí junto a los negros llares, dos muebles de abolengo medioeval, donde el arte y vo-

luptuosidad dejaron el carácter de señoril elegancia. Entre la nobleza de Guipúzcoa notóse más lo fino y exquisito dentro de lo belicoso.

Hacia el siglo XVI, así en Cataluña como en Vasconia, el palacio y casa solar reemplazaron a los castillos y torres. De éstos, unos se derrizaron por la Santa Hermandad, y otros, abandonados de sus legítimos dueños, se derruyeron.

Los reyes conquistadores de Granada, tan católicos como políticos, supieron atraer a los poderosos de sus pingües patrimonios y suntuosas moradas, a la brillantez de la corte, que deslumbra al principio y humilla al fin.

¡Tendenciosa obra de los diplomáticos consortes, que atajó en el sendero de la hegemonía nobiliaria los pasos bien andados de los caballeros españoles!

No fueron todos los que abandonaron sus comarcas y muchos lo hicieron pasajeramente. Señala este viaje cortesano un suceso en la arquitectura; la aportación de nuevos elementos a sus países respectivos, los caracteres mudéjares y ojivales floridos, que por entonces en España se hallaban en boga.

No sólo contribuyó lo ojival al embellecimiento de los monasterios, sino también al de las construcciones civiles. Lo mudéjar realizó algunos edificios; la casa de Goirueta y la de Idiaquez en el país vasco, muestran la belleza y caprichosos primores de los tipos mudéjares andaluces. En el país catalán vése con frecuencia el concepto de esta arquitectura en los palacios señoriales. Tal vez en Aragón se extendió más que en el Condado este género de construcción, delicado y esbelto.

El palacio en Cataluña, la casa solar en Vasconia, fueron las suntuosas edificaciones que para su descanso levantaron los antiguos ricos-homes, convertidos ahora en grandes de España, los guerreros cubiertos de armadura, tornados elegantes, cuanto valientes tercios.

- El palacio de Cataluña revistió forma parecida a la «chateaux» de Francia, y el suntuoso de Pedrola de los Villahermosa, aunque en Aragón, es buen ejemplo de tales construcciones.

En nuestro país, las villas y ciudades abundan en casas solariegas, significación de la contienda longincua y vencimiento de la villa sobre la tierra llana.

¡Lo que verdaderamente lastima es contemplar la depreciación de la sicolatria en Vasconia y Cataluña, en medio de tanta riqueza arquitectónica!

Esto debe tratarse con más detenimiento.

Octubre-1912

VALORES DEL SIGLO XVIII

HIV, Cytomegalovirus

SANTIAGUISTAS Y CALATRAVOS

Lineas más delicadas del sentimiento hallan aco-gida, allí donde los espíritus viven serenamente, como vírgenes sabias en palacios de cristal.

Es esta serenidad de la mente, amor con suave apasionamiento, dulzura de las amistades presentes, adormecedoras remembranzas de pasados lances, aspiración solicita del encanto y armonía emanados del fiel pensar y del bien decir. Entre los tapices de los salones y junto a las mesas de ébano oriental, se han dicho cosas muy lindas, porque se han sentido impresiones muy sensibles.

Ya el infanzón de «Cervatos» nos ofreció en su burlesco Quijote unos salones muy señoriales y muy antiguos, de duques cristianos, amables y divertidos, de dueñas atildadas, pundonorosas y serviciales; en estos salones, sobre las mesas de caoba incrustada, escribia el Marqués de Lombay su «Consejero del Príncipe», un documento breve y preciso, al modo de los preceptos platónicos; ese caballero de enjuto semblante, ancha frente, bigote blanco, color cetrino, cubierto hasta los pies con un sayo a randas, que no abandona la pluma, es D. Carlos Coloma, Marqués del Espinar, todo ocupado en componer «Las guerras de Flandes»; ese otro de dalmática carmesí que acaricia, mientras considera, un mastín blanco del Pirineo y a ratos minia tersos pergaminos, es el Conde de Oliva, al escribir las «Sentencias y proverbios». En torno de tales varones se formaron

las reuniones y juntas literarias, donde se aprendía con deleite y se enseñaba con amabilidad.

Perduraron estos salones de aristocracia literaria hasta Carlos IV, habiendo pasado por la severidad de los Austrias, la fastuosidad y anemia de los últimos, el galicismo de los Borbones y el enciclopedismo del siglo XVIII.

De estos salones salieron sabios muy autorizados, y en ellos se oyó su voz de verbo clásico e imaginativo.

Fueron a lo Voltaire los salones del siglo XVIII. Francia dió muestra de su genialidad en esta parte.

Esa habitación iluminada por diez grandes hacheros de Milán, es el salón de Mlle. Lespinasse D'Alambert, Diderot, Raynal, Marmortel..., están a su lisonja y puntualizan sus deseos. ¡Cantó el amor y despertaron los deseos, unos deseos fecundos y antiguos!

En este salón existe cierta grandeza mental; se descubren dejos irónicos en labios de geniales caballeros, su risa es un sarcasmo para los que lloraron en siglos proféticos. El ingenioso carmen, el simbólico epigrama, paro son de aquel malignanete viejecito pulcro y decidido, cortejado por damas y señores; si habla, es para enseñar cómo se desprecia al Nazareno; si calla, es para otorgar lisonja a lo inmoral o «volteriano».

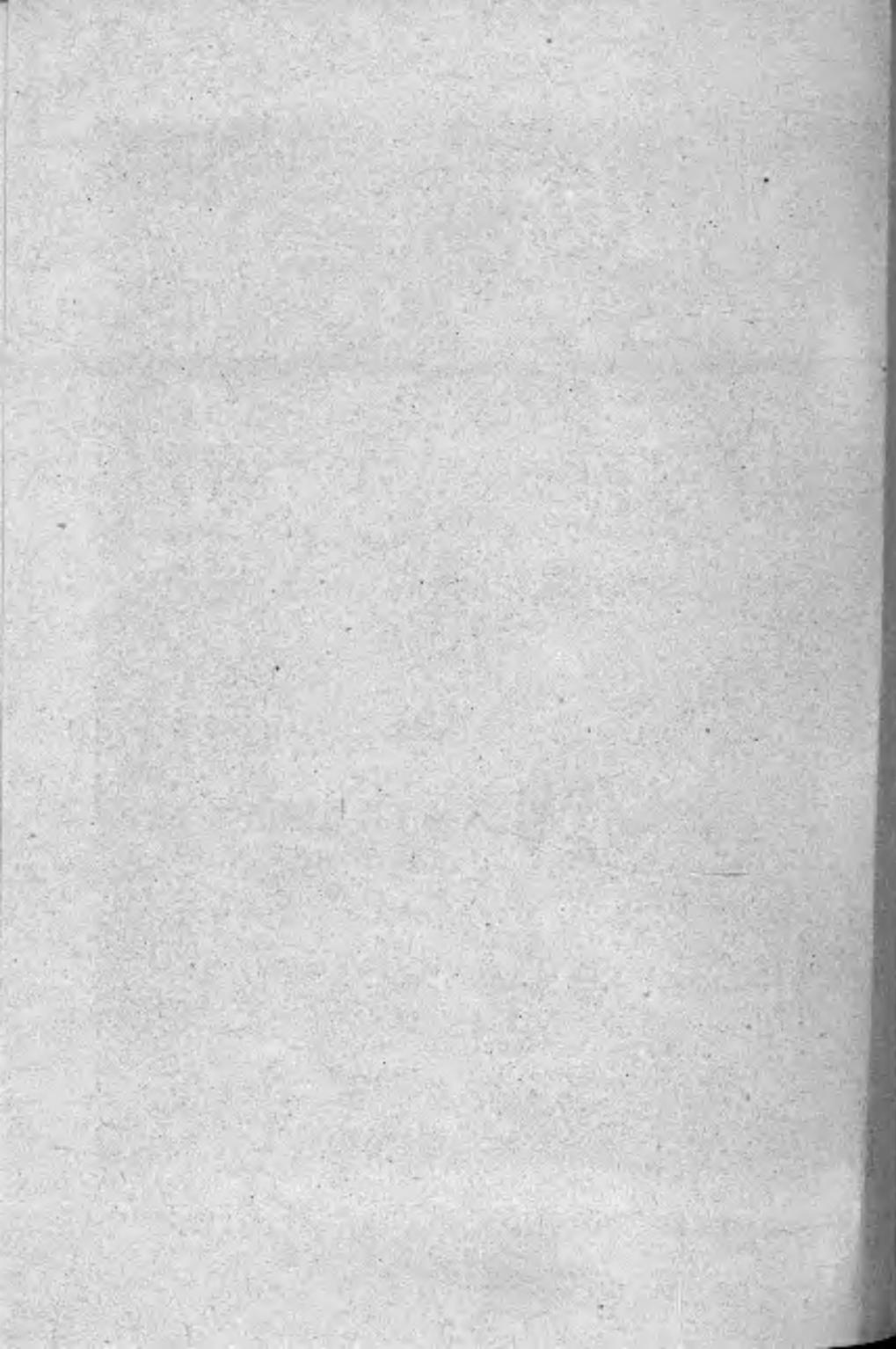
Quiero decir que de aquellos salones del regente y Luis XV, se extendieron influencias perniciosas, cuanto venidas de los palaciegos.

Mlle. Geoffrin y la mariscala de Luxemburgo, también hicieron célebres sus salones. La influencia se dejó notar en España, y ella se descubre en las reuniones promovidas por Aranda, Mora, Villahermosa y Peñaflorida.

Don Javier Munive, realizó en esta parte más acción bienhechora que literaria. Esa morada de arquitectura provenzal, con extensa terraza y caprichoso ventanaje, ha visto en sus alamedas, galerías



Xavier de Munive



y salones, sabios destrisimos en el bien decir y en el sutil pensar.

Como en Túsculo se ha disertado del bien y del mal, de lo divino y de lo humano, de la poesía e historia, de la ciencia y la geometría.

«Los caballeritos de Azcoitia», que así los llamó el autor del Gil Blas de Santillana, hablaban muy bien y escribían disertisimamente; la mansión del buen Conde de Peñaflorida, era visitada por las familias de abolengo; de ahí la nobleza guipuzcoana estudiósa de novedades y palaciega en demasia.

Por entonces, existía un Bilbao diferente, si, del actual, pero tal vez más literato ya que más laxo en el pensar y manifestarse.

Mariano Luis de Urquijo, aparte su volterianismo, fué literato de influencia y prestigio entre los amadores de los estudios propios y extranjeros.

Ese salón, donde en torno a una dama se acomodan en tapizados sillones caballeros de cuellos altos y casacas de varios matices, es reputado por centro cultural; la señora doña Vicenta de Moguel, a quien unánimemente llaman «la filósofa», instruye deleitando, ora describe los flordelisados cuarteles de algún linaje cabezal, ora muestra las góticas probanzas en letras de iluminación; allí se recita a Molliére, se detallan las «Confesiones de Rousseau» y se conoce de memoria la Enriada; todo es atildamiento, erudición y cortesania: «la filósofa», sabe muy bien que ante aquella juventud se realza más una sentencia de Pascal, que un epifonema de Agustino.

Entran y salen por las suntuosas habitaciones, caballeros santiaguistas y calatravos, los que por aquel entonces ordenaban en Madrid y señoreaban en Vizcaya los Villarias, los Quintanas, Mollinedos, Pandos...

Esta cultura literaria no fué muy duradera; pero en el siglo XVIII y parte del XIX, produjo laudables resultados en la villa de Bilbao. Los salones pasaron

con las familias de abolengo, que, o se extinguieron o se trasladaron a la corte, y fuéreronse formando otros nuevos, que no arraigaron por las guerras desoladoras.

En la segunda mitad del siglo XIX, hubo algunos esfuerzos para renovar los salones en Bilbao, esfuerzos que pasajeramente dieron por resultado una etapa literaria digna de encomio.

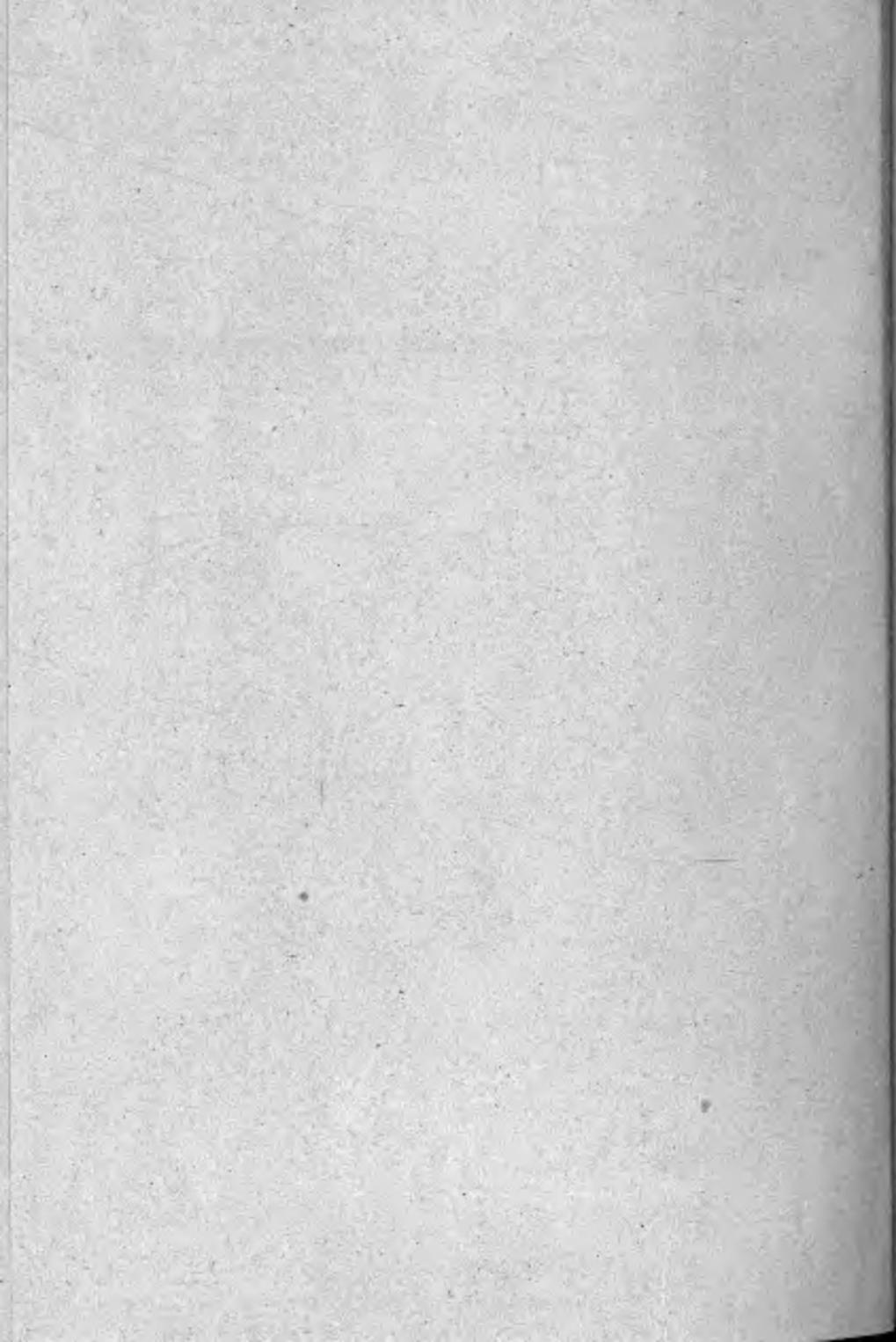
De ello y de los salones posteriores en Francia, España y nuestra región, debe tratarse con mayor detenimiento.

Los salones elegantes y literarios, son la flor más amable de la cultura intelectual, y dicen sabiamente la perfección del sentimiento, la selección de los estudios, el recreamiento sereno y delicado.

Septiembre-1912.



EL EX^{MO} S. D. SEBASTIAN DE LA QUADRA.
Marqués de Villanueva, Cavallero de la Orden de Santiago y de
la Real de la Compañía del Cordero de N. M. y el Corvo de Oro.



ENTRE LOS AUBUSSON

Es la poesía como una virgen intangible que sabe sentir maravillosamente, emanando del hondo sentimiento, afectos que, tomando forma de verbo, impresionan el corazón, lo encienden, y arrebatan altísimamente.

Por eso dijose tenían los poetas un «quid divinum», que corría con misterio por sus ritmicas creaciones a la manera de ciertos caudalosos ríos que marchan bajo la tierra ocultos, repartiendo benéficamente vida y hermosura.

Tras el buen decir está el bien sentir; pero el buen sentir como origen de toda creación. Es la prosa cuando buena, cual una doncella con elegancia ataviada, pero falta de aderezos de oro y pedrería; el oro y los brillantes son la creación poética.

Cuando la poesía florece en los salones aparece una perfección más loable para damas y caballeros; su labor primera fué narrar lo que vieron, o lo que oyeron, y de ello discutir razonando; la que ahora muestran tiene un fin exquisito y un medio sublime: el fin, es deleitar; el medio, crear.

Por eso para los salones que a principios del siglo XIX aparecen en Bilbao, se debe reservar un timbre esclarecido; porque ciertamente en ellos se hermanaron la cuidadosa conversación, con la exquisita poesía, pudiendo establecerse por todo el siglo pasado una tradición poética, sino de influencia muy extendida, al menos de meritoria labor y delicadeza amabilisima.

Don Juan de Laurencín y Goossens, fué un caballero digno de nuestro estudio, por su linaje y por su figura literaria.

El, nacido en la noble Bilbao, tuvo por ilustres progenitores al Barón de Bussiere, al Conde de Avenas, al Barón de Rivérie, caballeros de larga cabellera y finísimas valonas de encaje; que aconsejaban a los altivos Luises y elegantes Enriques cuando las lises de Francia eran emblema de suavidades, con poderio. Con el Rolde francés halló fácil el camino de la hidalguía vizcaína la familia Laurencín y pudo, andando el tiempo, gozar Bilbao de una figura literaria.

En los salones de D. Juan de Laurencín, sobre los tapices y *portiers* ofrecianse las armas nobiliarias; ostentaba el aristocrático poeta por linea paterna, en su escudo, campo de sable y en él un cheurrrón de oro acompañado de tres estrellas de plata. Soportes, dos leones; cimera un león; divisa, «*Lux in tenebris, et post tenebras spero lucem*». No menos linajudo, campeaba en la cristalería de Bohemia y en los bargueños italianos, el pavés de la línea materna, que por sus lises de oro en bleu, su franco cuartel de gules con un león rampante de oro, su corona de Barón y por cimera una lis de oro, hacia recordar los tiempos en que los Capetos y Guisas se coronaban en Saint Dionys, y reinaban desde Versalles.

El señor de Laurencín no olvidó su abolengo francés, ni tuvo en descuido su nueva patria; por eso unió con el gusto y amabilidad de los señores a lo Rochefoucault, la hidalguía y elegancia de los infanzones vizcainos. Por su salón pasaron y en él conversaron los más ilustres literatos de entonces, y entre ellos fué Moratin, quien altamente le atendía, regalándole el manuscrito original de la «Mogigata».

El esplendor que llegaron a tener los salones de este benemérito caballero, deben referirse al año

1802, en que publicó un libro titulado «Fables et Poésies diverses par Juan Laurencin». Este precioso escrito, junto con las delicadas composiciones castellanas que leía a sus amigos en las elegantes reuniones y artísticos recreos, forman su labor literaria y el punto de partida para el florecimiento de otros salones que recordaremos.

Murió D. Juan Laurencin a los 92 años, en Octubre de 1856, y casi por el mismo tiempo eran ya conocidos otros salones de Bilbao donde poetizaban damas y caballeros.

Por aquel tiempo hubo salones abiertos elegantemente a la cortesana y literatura; vieron recrearse y conversar eruditamente a escritores tan nombrados como Zorrilla, Alarcón, Trueba.

El autor de «El Escándalo», «Diario de un testigo de la guerra de África»; el que nos dió en su poema «Granada» y en sus «Leyendas Castellanas» una prueba de romanticismo sano y deleitoso; el que por su «Libro de los Cantares» y «Cuentos de Color de Rosa» es entre los mejores líricos y narradores numerado; la poetisa española Gómez de Avellaneda; el genial productor del drama «Raquel» y «La Venganza Catalana», dejaron en nuestros salones una muestra amabilísima de ingenio y cortesía.

El originalísimo poeta vizcaíno Trueba, vivió en Bilbao, después de haber pasado en Madrid buena parte de su vida, y su influencia en los salones y vedadas de Bilbao, fué decisiva.

Sus versos se declamaban en públicas academias por los jóvenes más distinguidos y damas y caballeros, sabiendo de memoria sus composiciones, las recitaban con especial simpatía.

No sólo en Bilbao, en Madrid y en el extranjero, se veían las obras de Trueba sobre las mesas antiguas de salones nobiliarios y entre las manos delicadas de infantitas y reinas. No, no fué Antón el de los Cantares un poeta vulgar; su nombre

permanecerá aunque él se diga «cantor de trovas vulgares».

Casi por el mismo tiempo dejaron de vivir las dos almas que tanto se comprendieron; la poetisa Orbegozo y Trueba, pero Bilbao se mostraba generoso en salones y poetas

La Marquesa de Roncali y D. Pedro Novia de Salcedo, ambos de abolengo nobilísimo, mostraron su amor a las sonoras rimas y pensamientos poéticos. En los salones espléndidos de la Excma. señora Marquesa de Roncali, el gusto y el arte resplandecían a una; arcones antiguos, terciopelos de Córdoba, brocados de Lyon, pastorcitos de Watteau, daban motivo para la impresión dulce y señorial, que luego habría de manifestarse en primorosas poesías.

Por el mismo tiempo, dos ilustres familias del Señorio tenían abiertos en Londres sus regias salas y ostentosos palacios. Murietas y Goyeneches vieron entrar bajo los umbrales de sus puertas a lo más alto y aristocrático de Inglaterra; entre los tapices de Aubusson y los muebles de talla florentina, conversaron linajudos lores del Reino Unido, damas inglesas de rubios rizos y encajes del siglo XVII, varones descendientes de los York y los Duglas, aquellos que trovaban junto a los lagos azules y al pie de los Castillos, cuando las cornetas y búhos hacían recelar a las castellanas divertidas.

También se vió en aquellos salones al Príncipe de Gales, al heredero de la más grande monarquía.

Todo esto sucedía en el último tercio del siglo XIX; la guerra del 1872, que finalizó el año 1876, hizo que los linajes sostenedores aquí de la bella creación en salones llenos de amabilidad y elegancia emigrasen o dispersasen para no estar expuestos a los lances de guerra tan desastrosa.

La «emigración» fué a Francia y España, aunque la mayor parte de las familias se reunieron en los Bajos Pirineos, dando a sus hijos una educación en

que se enlazan dos cosas: el gusto y detalle francés, con la entereza e hidalgüía vasca; educación que ha influido no poco en la formación del Bilbao actual aristocrático, que no es precisamente todo el que se muestra en saraos y sport, sino el que sabe no prodigarse demasiado mostrando sólo a sus tiempos un no se qué de sencillez, cortesía y antigüedad, que le hace respetuoso y venerable.

En los veinte posteriores años del siglo XIX, no dejaron de existir centros literarios y caballeros estudiósos de la gaya ciencia, que entre la política y la rima se recreaban. Ellos merecen otra mayor mención y comentario, porque influyeron en el renacimiento artístico que hoy tiene lugar entre nosotros.

Cuando en los salones, además de lectura y erudición, reside la poesía o creación, se puede decir que anotan un punto más alto y perfecto del sentimiento y que les falta muy poco para conseguir el arte de conversar, acaso de las más difíciles y la más práctica y apetecible de la literatura.

Octubre-1912.



ROMÁNTICOS Y ARISTÓCRATAS

He aquí que en la conversación es donde se ci-
fran los amables resultados que del buen decir y del
exquisito crear, naturalmente, se derivan.

Quien bien leyó y con selección de autores ad-
quiere su verbo, ora conciso y propio, ora amplio y
original, pero de todos modos va adaptándose a un
léxico, que para él será definitivo. De la buena y es-
cogida lectura se originan dos cosas: el habla y la
perfección de nuestra mentalidad; de ésta a la crea-
ción hay muy poco y con todos estos elementos se
forma el conversacionista, que es un literato poco
abundante y muy deseable y necesario.

El conversacionista resplandece en los salones,
veladas y tertulias; allí es oído con atención y con
galantería estimado.

Todos los que concurren a un salón con puntua-
lidad cortesana, llegarán a ser buenos y agradables
conversacionistas; para ello se deben seguir los pa-
sos que hemos venido señalando, «el buen decir» es
lo primero y fundamental y se adquiere con la lec-
tura de compositores elegantes y libros curiosos y
aún raros; pueden ser lecturas en voz alta o también
privativas; son aquéllas más estimables. La declama-
ción es una ayuda loable para adquirir el verbo,
correcto y bueno.

En Bilbao ha habido no salones (hablamos de los
posteriores tiempos) pero si academias y veladas
donde se recitó y leyó admirablemente; el ya entrado
en años «Antón el de los Cantares» escuchó más de

una vez sus poesías tiernas y amorosas de labios de jóvenes de la mejor sociedad, y los escuchaba con lágrimas en los ojos y agradocimiento en el corazón, y luego repetía «han interpretado mi pensamiento».

Su pensamiento era el fondo de su alma hermosa y bella, como de niño; delicada y amorosa, como de fiel poeta.

Del «buen decir» se pasa al «buen sentir» o «bien crear» que es lo mismo. Este «buen sentir» es ya una perfección muy alta porque significa invención o creación, ya en prosa, bien en verso. En los salones de esta villa, lo dijimos anteriormente, existió la poesía y la invención y de aquella florescencia literaria se derivó en los últimos tiempos del siglo XIX, una poesía algo más sólida y original que las anteriores exceptuando la de Trueba, del cual y de cuya escuela, arrancan varios autores de recuerdo amabilísimo. Algunos murieron ya, porque de las flores bellas es el morir temprano, y a otros, todos conocemos o por el trato amistoso o por sus amenas lecturas. Tuvimos en Bilbao un romancista de filiación en Trueba, aunque sus composiciones legendarias recuerdan las del Duque de Rivas, el que engendró «Don Alvaro», drama personal y duradero.

El romancista Zuricalday nos dejó en su «Quincena de Don Pedro» y en sus romances de «Bilbao Viejo», unas joyas de oro antiguo y bien trabajado.

En estas composiciones aparece el poeta de emoción. «El organista de Gordejuela», es un poema ingenuo, sentido y de fácil versificación. También existieron poetas que representaban en el país una tradición familiar y suntuaria. Educados en libros y liceos franceses, colegiados en el noble Seminario de Vergara, recogieron lo más sutil de los buenos poetas.

Un cofre claveteado, un jarrón bohemio, un bronce pompeyano, un cristo antiguo, les daban inspiración. Mas no tuvieron influencia ni brillantez

popular, porque vivian entre sus tapices y solian huir de la clamorosa adulación.

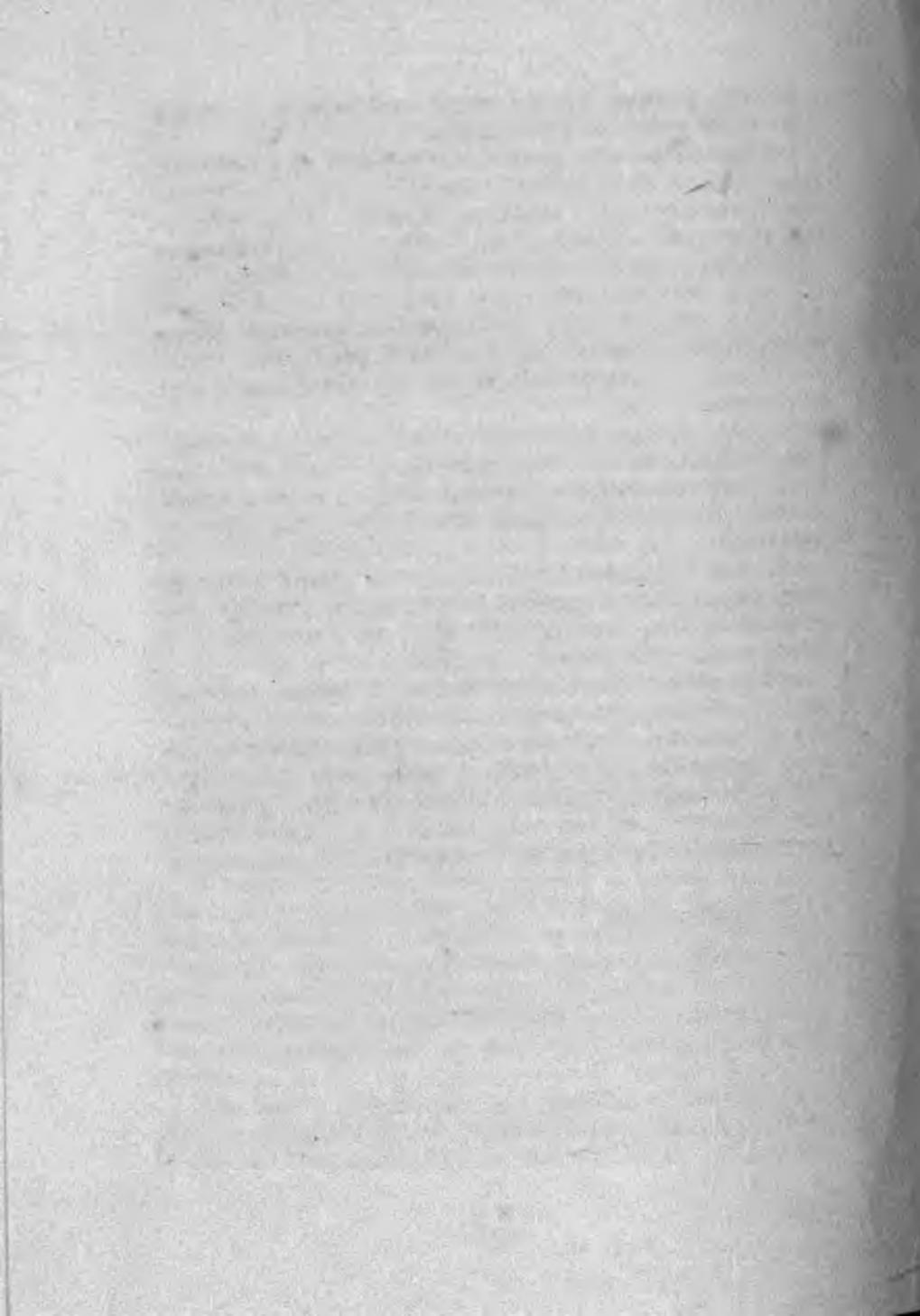
Algunos de estos caballeros dejaron de conversar con nosotros hace pocos, muy pocos años. No hablaban de sus versos y trabajos, si no se les preguntaba. Sin duda conocian el ambiente, un ambiente antiliterario que entonces empezó a formarse. Los hijos de estos señores viven todavía y su amor a la buena y alta lectura y su educación literaria, causa cierta sonrisa en los que cotizan y proyectan, como si el cotizar y comerciar no pudiera hermanarse con el poetizar y leer.

Los genoveses y venecianos hacian sus operaciones de Bolsa en los márgenes de la «Divina Comedia». Ellos se recreaban y acaudalaban sumas cuantiosas. Su potencialidad era doble. ¿Lo será la nuestra?

En los últimos treinta años se ha dejado notar no poca depreciación hacia la literatura en Bilbao; ello es inadmisible. Sin duda que conversar nos gusta, lo deseamos todos, pero no es difícil.

Para alcanzarlo, debemos leer y crear; esto resultaría de lo primero y así obtendríamos abundancia de asuntos y forma amable para tratarlos; así será agradable nuestra vida y pasaremos horas llenas de buenos recuerdos, seremos, en fin, conversacionistas; pero ello es importante y requiere varias consideraciones que a su tiempo iré remembrando.

Noviembre-1912.



EL CONDE DE CHESTERFIELD

Hace tiempo venía queriendo hablar de esto, lector atentísimo, del arte de conversar, y quise tener contigo una conversación donde el precepto amplio y el ejemplo eficaz e imitable, se hallasen juntamente.

A tí y a mí nos gusta, nos deleita mucho saber hablar cosas hermosas e interesantes y tener conocimientos diversos y líneas generales de todos los asuntos.

En las horas de sosiego, nada hay más dulce que conversar.

¡Cuán pocos son los buenos conversacionistas!

El Conde de Chesterfield, era un lord muy atento y muy noble, que recreaba con su amable presencia y agradaba con su conversación erudita y puntual; tenía un hijo, sólo un hijo, doncel de rostro ovalado y cabello de oro; era el príncipe azul del pintor inglés; escribíale unas cartas blasonadas y cariñosas; leyendo las ya atenuadas líneas, he aprendido cosas muy bellas y útiles.

Nosotros no somos niños y muchos pasamos de jóvenes, mas siempre es loable recordar lo que aprendimos o aprender lo que tal vez ignoremos.

• Infórmate, dice el buen conde a su hijo, del carácter y circunstancia de los concurrentes.

El referir casos o contar cuentos, debe ser muy rara vez, advirtiendo sean oportunos y cortos.

Adapta tu conversación a las personas que trates, porque no has de hablar de los mismos asuntos a un

obispo, que a una mujer; a un filósofo, que a un palaciego; a un fraile, que a un militar.

No te metas a consejero, si el consejo no te fuese pedido.

Si observas, verás que son más apreciables en la sociedad las personas que se presentan en una sala con más gracia, naturalidad y desembarazo; las que se manejan en todo con aire fino, soltura comedida y noble agasajo.»

El Conde de Chesterfield, aconseja muy bien, porque él era un caballero muy linajudo y considerado en todas partes; nosotros debemos estimar sus hermosas máximas, estando seguros de que al guardar una sola de sus reglas, habremos alcanzado mucha perfección en el arte de conversar.

Varia, claro está, la conversación, según muchas circunstancias, la región, el lugar, la familia, los acontecimientos; pero nosotros hablamos ahora de la conversación amable y erudita de los salones y reuniones. Una fiesta elegante, con una conversación frívola, es una joya de oro sin piedras finas. Donde se habla con entretenimiento de diversas cosas exquisitas y selectas, nunca faltarán concurrentes.

En los salones antiguos se hablaba muy bien y con gran divertimiento, cuándo de lances amorosos, cuándo de lides guerreras, ora de juegos y cañas, después de príncipes y trovadores. Hoy, por ventura, se oye en labios de una señora la palabra «poesía» y ellas tienen una alma sensible y perfecta para ser delicadas y llenas de sentimiento.

Cuando la conversación faltaba, presentábase el bufón de arlequinado traje y sonantes cascabeles; con sus historias y chistecitos hacia sonreir y luego reir, y por fin, alegrarse estrepitosamente.

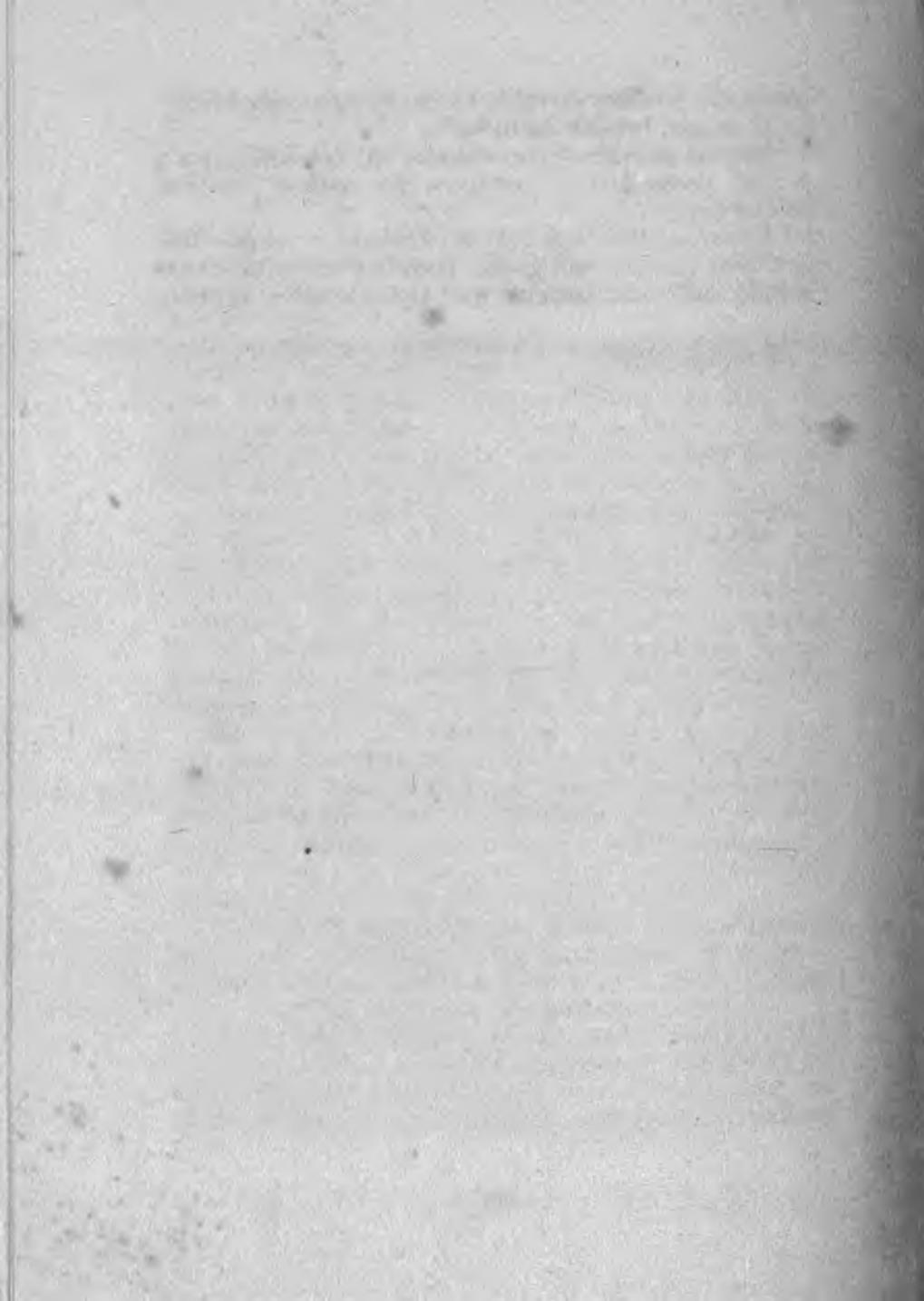
El juglar era llamado en otras ocasiones; cuando se apetecía una recreación más serena e instructiva, entonces hacia sonar su arpa o el clavecínballo de caoba antigua y los nobiliarios caballeros escuchaban

desde sus sillones ojivales y luego conversaban acerca de lo que habían escuchado.

Hoy no tenemos tales medios de conversación y si algo pretendemos, tenemos que salir a públicas recreaciones.

Son nuestras salas más monótonas y menos instructivas que las antiguas, pero hay en ellas cierta melancolía y continuidad que algunos aman mucho.

Noviembre-1912.



EL ARTE DE CONVERSAR

Di yo treguas a mi conversación que con vosotros, leyentes entendidos, tuve días pasados.

Os hablaba del Conde de Chesterfield, un lord inglés de abolengo alto y amabilísimo trato, de los bufones que hacían reír y de los juglares que hacían sentir, unos riendo y otros sintiendo.

Querían todos que la vida fuese amable, y que los azares de la campaña, hallasen reposo en la quietud de los palacios señoriales, allí donde tanto se aprendió y tanto entretenimiento pudo hallarse.

La divagación y recreo del espíritu, hallan en diversas ocupaciones un amparo sereno; son las fablas y dichos de agudeza lo que, sin duda, muchas veces deseamos y lo que es difícil para alcanzarse, aunque dulce para experimentarse.

Generalmente, una conversación sin agudezas discretionales, es como un salón sin damas entretendidas y amables, como un parque inglés sin jinetes, como un jardín sin aves de canto, como un palacio de un mandarín chino sin jaula de ruisenor.

Por eso cuidaron los caballeros y señoritas de exquisita relación, de remembrar casos fáciles y sonreidores, fablas de hombres que, por su ingenio, se distinguieron.

Del señor de la Torre de Juan Abad, sabemos amenizó los salones de Felipe el Grande, el amparador de los autores y de los actores... Su palabra fácil y su agudeza celebrada, nos lo ofrecen como a hidalgo genial y caballeroso.

Quevedo es el caballero de los Leones, viviendo en la corte de los castellanos, el Tenorio que se rehizo posteriormente por Zorrilla.

¡En nuestro don Juan, decidor y fanfarrón, siempre existe mucho de agudeza!

Digo, pues, si no te causa placer mi conversación, que el ser de dicho reidor discretamente no daña, antes beneficia, y de tal suerte, que será buscado nuestro diálogo y alabadas nuestra amabilidad y recreo.

Un libro llegó a mis manos investigadoras y amigas de pergaminos e incunables; causóme no pequeño divertimiento y con él me fué recreando por buen espacio de tiempo; leíase en su primera página «Deleites de la Discreción», y seguían después el nombre del autor preclaro y la dedicatoria a persona preclarísima.

El Duque de Frias, D. Fernández de Velasco, había escrito aquella obrita, que yo atento consideraba. La Excmo. Sra. Duquesa de Uceda, había recibido con singular agrado y afabilidad. Era tan estudiosa de la buena conversación y discretos decires, que no halló el notabilísimo duque, duquesa más reconocida a su ingenio, y el curioso libro fué a ella dedicado.

Es un libre éste de que voy hablando, que tiene, sin duda, mucha historia, historia que yo ignoro, de hablas silentes bajo la reja del palacio, de recados breves y amorosos, de puntos de honor y tal vez, de lances entre caballeros, y celos entre galanes, aquellos de plumas largas y espada corta.

¡Oh dueñas del palacio de la Duquesa de Uceda, cuántas fablas no podríais remembrarnos de vuestras señoras, de su amor y donosura!

Después que la ilustre dama recibió tal galantería de tal señor, como el duque lo era, ¿quién podrá decir su satisfacción y pomposas acciones? Allí fué, sin duda, el contemplar el librito elegante, el leerlo

ante concurrencia distinguida, el mostrarlo a conocidas y deudos, el alabar la buena gracia, lo mucho de picaresco, el término y modo de los capítulos, lo escogido de las anécdotas.

A la verdad, que libro tan amable como «Deleite de la Discreción» no debe extrañar fuese por tal modo recibido, leído, considerado y agradecido.

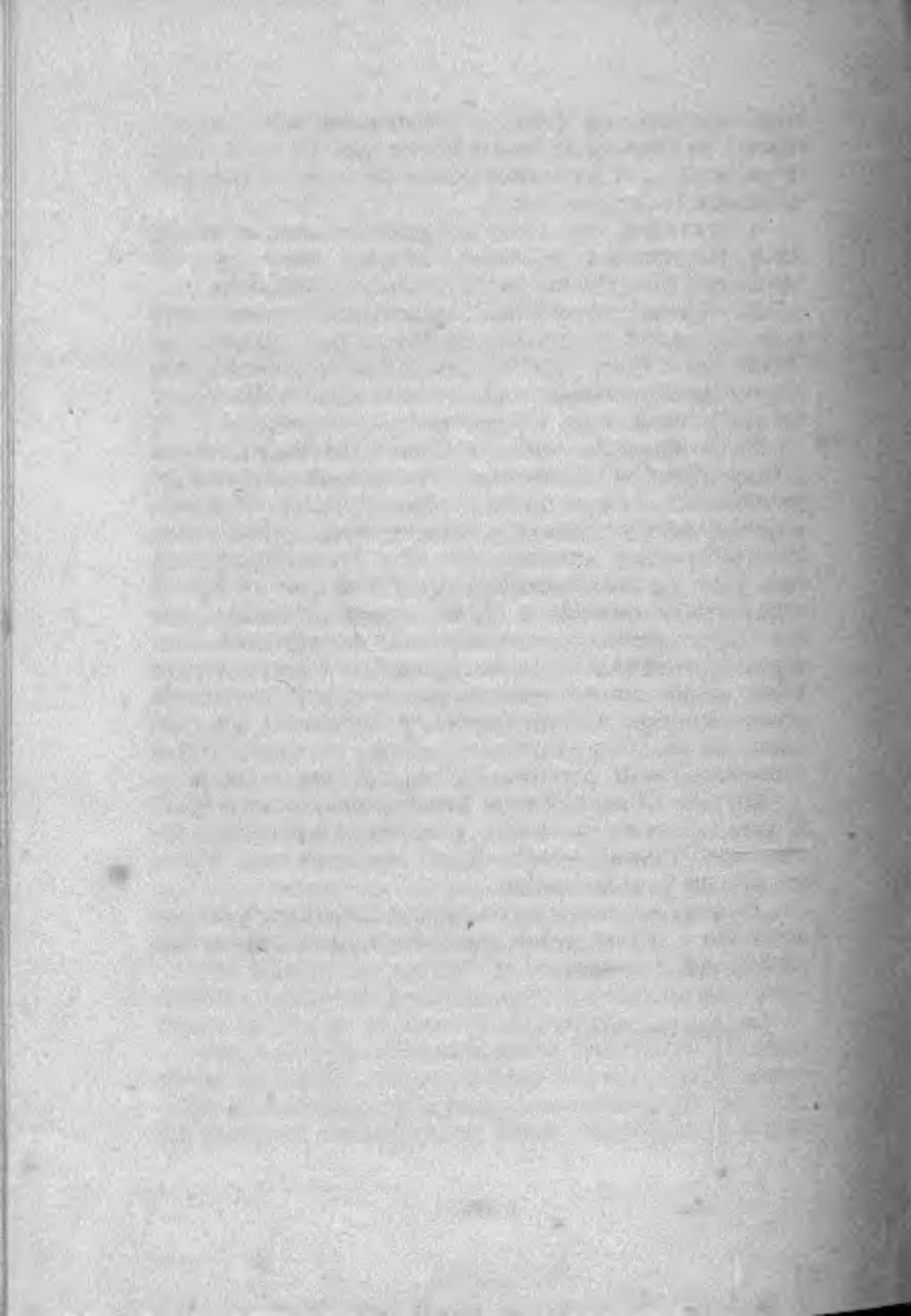
En él tras un prólogo, dedicatoria respetuosa y amable, se van desarrollando con orden y gusto delicado los dichos agudos, las fablas ingeniosas, las respuestas oportunas, las conversaciones discretas, los donosos decires, las picarescas ocurrencias.

En un capítulo vemos a diversidad de príncipes y majestades, que creyeron, y tuvieron en esto razón grandísima, en una unión de la severidad del trono, con el regocijo del aventurado; en otro oímos entre los uniformes y solemnes acordes del órgano y bajo las ojivas de los monasterios, la voz que se rie de algún abate mitrado o algún monje bibliófilo, que no pierde punto para demostrar su agudeza; con aquél apreciamos cómo se ingenian los sabios para bien, y sin compromiso responder, en los demás considerandos, al sutil ingenio y discreción de todo linaje de personas; en fin, este libro es para recibir entretenimiento provechoso, cuanto inofensivo.

En este libro, como en otros que de asunto igual al que tratamos se hallan, podríamos aprender mucho para ir completando el arte de conversar y hacernos así la vida amable.

Yo creo que aquellos duques y duquesas, pasaron ratos muy entretenidos, porque supieron hablar con discreción deleitable.

Noviembre-1912.



LA SALA DE ARMAS

Entré en un antiguo palacio, de esos que llevan en sus frontis el sello de la grandeza; los ennegrecidos sillares se acertaban a ver entre el follaje del bosque, que de aquella morada en derredor reverdecía. Del palacio era señor un deudo mio, anciano, de cabello blanco y manos sutiles. Un anillo de oro advertí en ellas; los cuarteles de su linaje, campeaban artisticamente bajo una corona ducal. Mirarla y descansar en los enigmáticos simbolos, era frecuente en aquel anciano. La remembranza de pasados esplendores, aliviaba lo malbaratado de su patrimonio; sólo conservaba su palacio, alli donde vivieron sus abuelos, amigos de reyes, de irónica sonrisa y gesto majestuoso.

Esto lo pude entender por unos lienzos oscuros, que a lo largo de un pasadizo estaban suspendidos. Habia guerreros de bruñidas armas y emplumados cascós; prelados de rojas mucetas y blancas vestiduras, calatravos de amplias cruces y dorados acicaiés, señoras de negros corpiños y tocas genovesas; los guerreros, parecióme que rugian; los prelados, oraban; los calatravos, se envanecían, y las damas enamoraban. Mi deudo alzó un tapiz bordado con escudos de oro y azul; tenia lanzas y almetes por pavés; yo pasé al golpecito cordial de aquella venerable mano, y encontréme en la sala de armas del palacio.

Allí recordé las viejas historias de fabulosas batallas y lides mágicas, esas consejas despertadoras

de nuestro espíritu investigador. Fué mostrándome el linajudo duque las panoplias y marquesinas repletas de toda suerte de armaduras.

En uno de los cuadros, examiné varias picas moriscas de la época de Juan II; quizás las que en Sierra Elvira cedieron al empuje de la hueste castellana; una armadura de piezas diversas: peto volante, celada de encaje, barberón de torneo, musleras con cerradas; también admiré la labor de unas adargas vacaries de Fez, con embrazadura de seda en colores. Hacía bien con todo esto una ballesta, con tablero de embutidos de oro, estribera calada, y en la llave un símbolo con un dragón.

Andaba yo en todo entretenido; pero mi deudo se hallaba, al parecer, inquieto; yo comprendía quería mostrarme algo de su afición y cariño; condújome a la marquesina de las espadas. Formando artístico cuadro contemplé varios sables moriscos damasquinados, con los puños recubiertos de concha y nácar; una espada o montante alemán de dos manos, con hoja dorada a sisa desde el recazo, el pomo era de dos fachadas, con escudos pontificios; no pudo menos de traerme a la memoria las luchas por la investidura, cuando los Papas capitaneaban sus huestes y los príncipes del sacro imperio se alzaban con ira soberana.

Tuve también en mis manos una curiosa espada: era blanca la guarnición, pomo estriado, arriaz curvo, hoja de lomo herido, en cuyo recazo se vé la Anunciación; dijome perteneció a la casa de los Haro, los caballeros indómitos que señorearon la tierra vasca, y del último de los cuales, don Diego, se escribió:

«Don Diego de Haro, por ilustres hechos,
el Señorío de Vizcaya rige
y mantiene los inclitos derechos
contra la guerra que cruel le affige;



El Fundador de Bilbao Diego López de Haro

mas confiando en infanzones pechos
hacia sus enemigos se dirige
manteniendo en su testa la corona
por fuerza de la idea y de la azkona.»

Al descubrir en aquella espada la imagen de Nuestra Señora, acordéme de los Mendoza, esa familia que en el suyo acertó a vincular el nombre de María; no tardé mucho en ver una espada del Marqués de Almazán, esclarecido título entre los Mendoza; en el revuelto gavilán, lei con mucho trabajo «Ave María», por orla de las doradas barras del escudo.

¡Cuánto se rindieren a María los antiguos caballeros!, pensé; y no pude menos de releer unas notas tomadas en mis viajes por Castilla: «No lejos de Logroño, hay una casa-solar del apellido Medrano, tiene por mote el escudo «Ave María». Tras unas páginas volví a leer: «En Pontevedra (Galicia), existe el solar de Andrade, que mantiene en sus cuartellos una barra con dos cabezas de lobeznos y esta letra «Ave María, gratia plena». También en la espada de San Fernando, sobre el pomo cuadrado, se lee «Jesús, María»; consérvese esta arma venerable en Armería Real.

Recorrió Juego otros estantes y fuime deteniendo aquí y allá, estudiando armas de diversas especies: moriscas unas, alemanas otras, españolas casi todas, elaboradas en Mondragón, Toledo y Pamplona; vi también algunas de nombre desconocido; llamóme, sobre todas, una la atención; por su forma parecía persa, y se apreciaba un escudo con una gumia central y una lanza corta; parecía del siglo XIII; el mecanismo de su uso no pude comprender.

Púsome mi pariente, que todo con jovialidad y contento me mostraba, ante de magníficos pergaminos y libros antiguos; miré y lei varios, titulados «Arte de Ballestería», por Alonso M. de Espinar;

•Archœlogia graeca», por Johannem Potterum, y
•Le vray Theatre d'honneur», por Wilson de la Co-
lombiere...

Al fin, iba cayendo la tarde y yo debía salir de aquella mansión. Mi deudo, el anciano de blanco cabello y manos sútiles, acompañóme hasta el umbral y de allí me alejé pensando en los tiempos antiguos, cuando se dormía sobre las armas y se leía el Paso Honroso y el Amadís de Gaula.

Octubre-1912.

LAS MINIATURAS

I

No hablo al encabezar así mi artículo de las miniaturas de códices que se emplearon en los siglos medios y que alcanzaron su apogeo en los siglos XIII y XIV, me refiero a las miniaturas-retratos, a esa pintura delicadísima que vino a ser en el siglo XIX, y sobre todo en la primera decena, el recreo solicitado por las damas de mayor distinción, por las jóvenes de abolengo más puesto a las largas probanzas.

Nació la miniatura con Hans Holbein y en Inglaterra M. Armstrong y Williamson la propagaron.

Rechazan los ingleses la paternidad alemana de la miniatura, pero es indudable que Holbein nos dejó retratos-miniaturas de Enrique VIII y de sus mujeres y de otros personajes, obras todas conservadas en la Biblioteca de Windsor.

Más tarde, modificó Van Dick, en Inglaterra, la traza de la miniatura haciéndola más elegante y alargada.

John Hoskins, 1664, fué una verdadera eminencia. Los Cooper, fueron imitadores de Hoskins y Samuel, es llamado «Príncipe de las miniaturas inglesas». «Una obra de Cooper es un triunfo de selección, de precisión, de inspiración de conjuntos»; he aquí las buenas cualidades de una miniatura.

Durante el siglo XVIII se distinguió Reynolds.

También Richard Cosway, de abolengo francés, brilló por entonces.

Rival de éste fué Englcheart, 1752-1829.

Por este tiempo se propagó tanto en Francia la miniatura, que puede decirse que los cortesanos, los marqueses, los generales, fué objeto de retrato-miniatura. Y una colección de la época Luis XV es hacer resurgir una sociedad ya desaparecida.

Hall, Guerin, Isabey, son los célebres miniaturistas que nos conservaron a los personajes de la Revolución, a los que asaltaron la Bastilla y formaron el Club de los Jacobinos, a los que brillaron en el Consulado y deslumbraron en el Imperio Napoleónico.

Después de esta época, es la dama francesa la que reconcentra en sí el arte de la miniatura y Mme. de Mirbel, Mme. Rue, Mme. Herbelin, retratan a Luis XVIII con todos los encantos, con todas las elegancias.

Podemos decir de la miniatura francesa lo que se dijo de A. Aubry y sus figuras: «On y voit circuler le sang et briller les passions».

II

Esta delicadeza nobiliaria pasó también a España.

Hay un episodio interesante: Teresa Cabarrús, de quien ha escrito algo muy francés la Marquesa de Tour de Pin, fué la «sonrisa de la revolución», fué una Doña María de Molina, para muchos.

Este espíritu español, amante y sensible, sabía juntar en sí todo arte, y era arpista y era miniaturista, «tenía su mesa para trabajar la miniatura».

¿Y esta española, tanto como Cabarrús, no influyó en su patria?

Yo no he estudiado la miniatura en España, pero establecer tradición miniaturista no sería difícil.

A los franceses del siglo pasado, hemos amado mucho, fueron nuestros amigos, supimos como ellos su idioma.

Mis investigaciones sobre la miniatura, se concretan por ahora a Vizcaya y algo nuevo podremos decir.

Para ello he tenido que estrechar muchas manos antiguas y nobiliarias, y pisar alfombrados con escudos, y decir palabras amables y compulsar papeles escritos en otros siglos.

Presentaré alguna noticia sobre colecciones que conozco y examinaré sus principales miniaturas.

III

La colección más numerosa de Bilbao, y se puede asegurar de Vizcaya, es la que posee doña Emilia de Arana, conocida dama bilbaina, que puede mostrar verdaderas joyas en pintura y talla.

Consta su colección de 150 miniaturas y en ellas unas son inglesas, otras francesas, y algunas muy curiosas, de la escuela de Murillo.

Las más notables son las que pudieramos denominar vascas por su asunto y personajes.

Son obras de una célebre artista, cuya autominatura damos; Donata Loridon.

Fué esta dama muy conocida en el Bilbao del año 1820, cuando vivian nuestros abuelos, a quienes retrató con pincel sobrio y elegante.

Retrató a los mayorazgos, a los generales, a las autoridades, a las bellezas.

Por sus preciosas miniaturas conocemos con cuánto gusto y mesura vestían nuestros abuelos y cómo se recreaban con las armas y con las artes.

Las jóvenes aquellas tocaban el clavicordio, un antiguo piano de madera de ébano, y cantaban las

melodías que coleccionaba Iztueta, el guipuzcoano, sutil y entretenido.

Pondré las miniaturas de esta colección:

Inglésas: 1, Caballero del siglo XVII, el fondo, el velamen de un navio, (anónimo); 2, Señora inglesa, (anónimo); 3, El poeta Moratín, (anónimo); 4, Militar inglés, por Francisco Saco.

Francesas: 1, Caballero Luis XIV, (anónimo); 2, Señora delgada y rubia, (anónimo); 3, La mujer de Rembrant, por Donata Loridon; 4, Carlota Corday, por Donata Loridon.

Españolas: 1, Librería de la calle de la Montera, (autor anónimo); 2, El hijo de Carlos IV, Francisco de Paula, por Mengs; 3, Niño con un libro que dice «A la memoria de mi madre», (anónimo); 4, Retrato de León (A).

He aquí las más interesantes para nosotros, que pudiéramos llamar locales:

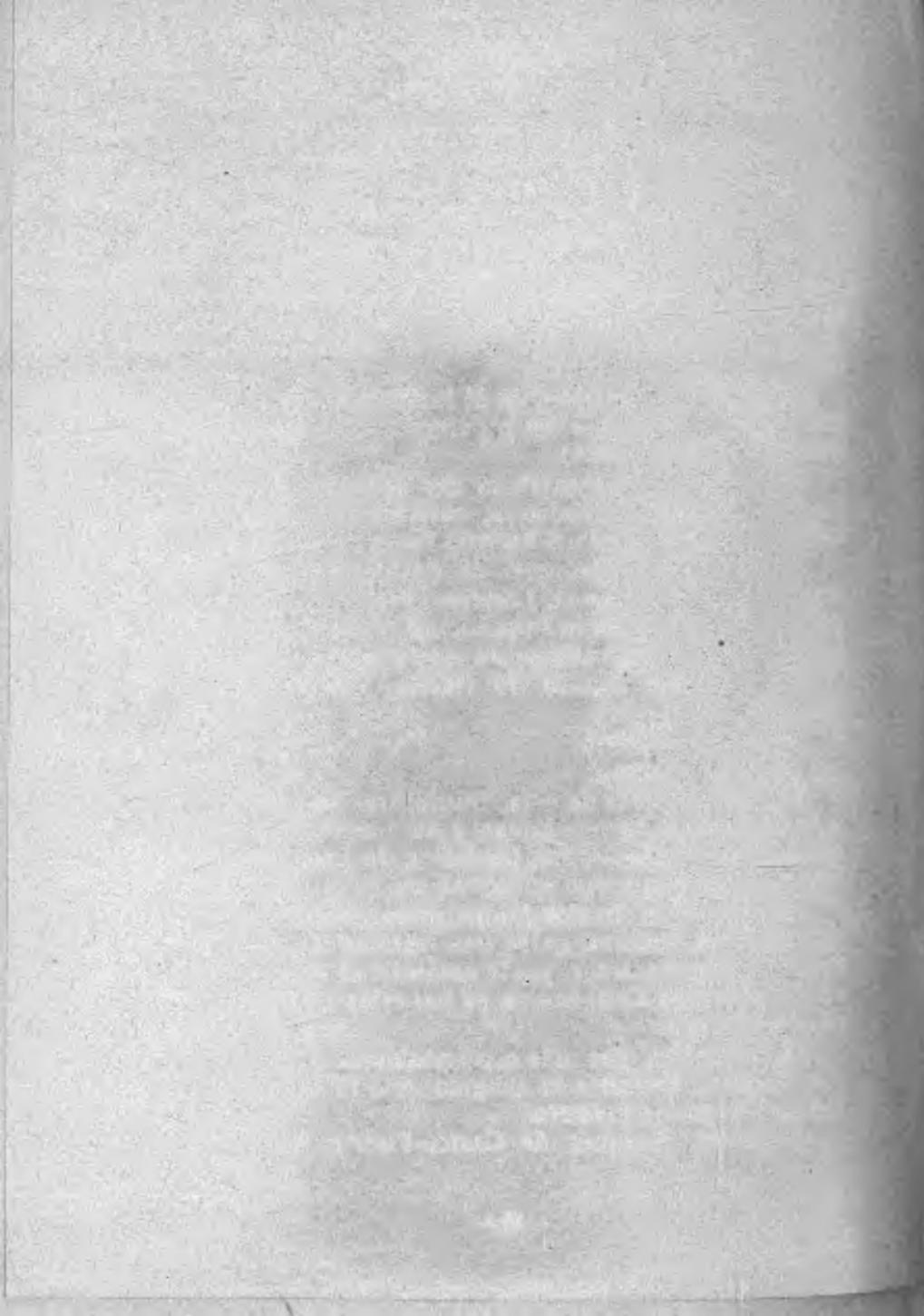
1, La Rubia de Elorduy, por D. Loridon; 2, La madre de Donata, por B. L.; 3, Un hermano militar, por D. L.; 4, Autominiatura; 5, Doña Mariquita de Ordeñana, por Balaca; 6, El general Montejo de Cádiz, por D. L.; 7, Ascendiente del señor Gana, por D. L.; 8, Flora Uhagón, por D. L.; 9, Dos de Uhagón, tocando el piano o clavicordio, por D. L.; 10, El poeta, por D. L.; 11, La Rosa, por D. L.; 12, Otra de Flora Uhagón, por D. L.; 13, Caballero con un libro, por D. L.; 14, Rafael de Mazarredo, por D. L.; 15, Un militar, por D. L.

Si la colección de la distinguida señora doña Emilia de Arana es numerosa, pues reune más de 150 miniaturas, la colección de los señores de Olalde es más reducida y quiza de mayor interés familiar.

La familia de Olalde es, en Vizcaya, gente de abolengo y distinción, todavía conservadas en el ser de la persona, que sin quererlo aparece levantada entre las modernas ambiciones, por la serena gravedad y juicio tradicional. La colección Olalde pudiera



Donata Loridón



ser el encanto del aficionado, y pudiera también sugerir al escritor sutil una novela interesante; las miniaturas son, y las principales éstas:

Primera, don Basilio de Olalde.

Segunda, un hijo del señor Olalde, con flores entre sus delicadas manos.

Tercera, otra de los hijos que presenta un cesto de palomas en las manos.

Cuarta, doña Patrocinio Ortiz de Velasco, retrato de la señora con mantilla.

Quinta, un caballero; en el fondo velamen de návio y mar, (miniatura muy parecida a la número 6 de la colección Arana).

Sexta, retrato, miniatura del general Taranco, capitán general de Galicia, caballero de San Jorge de Rusia y guerrero en Austria hacia 1804.

Séptima, don Clemente de Olalde, hermano de don Basilio; educóse en Londres, y al volver estuvo preso siete años por la Inquisición (preparamos una interesante monografía sobre este señor).

Octava, don Basilio de Olalde, maestrante de Valencia.

Novena, caballero,

Décima, señora.

La mayor parte de estas miniaturas son inglesas, y la delicadeza de sus líneas y su buena conservación y carácter histórico, las hacen de gran valor en los estudios pictóricos y biográficos.

La colección Muñoz-Jalón, merece también nos detengamos Cuenta, entre sus miniaturas, algunas de verdadero carácter, y a la amabilidad de los señores Muñoz-Jalón, debemos el haberlas considerado detenidamente.

Son éstas las que más nos agradaron:

Primera, Marqués de Bélgida, año 1778, en porcelana, de autor Francés.

Segunda, Marqués de Castro-Fuerte, en marfil

(actualmente lleva este título un hermano del señor Muñoz-Jalón).

Tercera, Conde de Torremegia.

Cuarta, don Galixto Melgosa.

Quinta, Marqués de la Regalia.

Sexta, general Muñoz-Maldonado.

Séptima, Barón de Mora.

Octava, don Miguel Jalón, general de los ejércitos nacionales.

A parte de estas miniaturas-retratos, recordamos algunas de paisajes, de mérito no escaso.

Las tres colecciones citadas nos parecen las más numerosas, pero teniendo en cuenta que nuestro trabajo es de reconstitución, no queremos dejar de consignar el resultado de nuestra investigación en este punto, y por esto diremos también algo de otras colecciones que no dejan de interesarnos.

La colección de Zuricalday, de la casa solar de Oquendo, nos hace mencionar dos miniaturas interesantes:

Primera, retrato del fundador de la casa, señor Urquijo.

Segunda, Carlos IV, miniatura ejecutada por un pintor de S. M.

En las familias de Arrieta-Mascarua, conocemos, entre otras:

Primera, una miniatura de militar.

Segunda, una miniatura sobre marfil, de la Trinidad.

Tercera, un asunto religioso.

En la morada de los señores Condes de Zubiria, recordamos haber visto una antigua miniatura de señora, retrato de familia, justamente estimado.

El señor Gana, posee también valiosas miniaturas y entre ellas el retrato de doña Florencia de Uhagón, que dimos en la primera parte de nuestro trabajo.

El señor Uriarte nos comunica desde Durango, la existencia de una miniatura del año 1808.

Visitando la casa «Ibaigane», de los señores La Sota, en Bilbao, pudimos observar, entre los cristales de una vitrina, estas miniaturas:

Primera, un militar del siglo XVIII, retrato que dice «Barrutia Fecit».

Segunda, miniatura de señora.

Tercera, un caballero a la antigua usanza.

Cuarta, un retrato de señora joven.

Todas estas miniaturas que citamos, tienen un aroma antiguo, que parece emanar de caobas finas, y de reposeros blasonados; en todas ellas se descubre una mano delicada y una linea, que es amable y sutil, porque traza el semblante de aquella sociedad de 1820, que era sutileza en los viejos mariscales del imperio y que era sonrisa en Teresa Cabarrús.

Ahora, hablemos algo de aquellas manos delicadas que todavía trabajan la miniatura en el silencio de los estudios: son en Bilbao dos damas; ya dijimos que el corazón de la mujer es demasiado sensible para pintar grandes cuadros, y es todo cariño para tratar asuntos serenos, como el campo y los retratos.

Os diré sus nombres y expondré sus obras.

Es una de ellas, doña María de Guardamino, que une a sus labores de madre modelo y esposa perfecta, la perfección del arte de la elegancia.

Sus miniaturas os deleitarán, porque nos agrada todo aquello que hacen con amor las almas buenas.

Es la otra, la señorita de Guinea. Debe bastarnos de ello el recuerdo de que es hija de don Anselmo de Guinea, y el saber que su mano es fácil y su corazón todo arte.

Yo la sorprendí en su estudio trabajando la miniatura, y estaba en ello con sosiego tal, que me pareció un angel de los viejos claustros, de aquellos de Fra Angelico de Fiésole, arcos de líneas y flores de aroma, y virgenes y pastores que se quiebran de amor.

Mostróme la señorita de Guinea, la obra de su corazón y de su ingenio, y yo anoté:

Primera, Virgen con niño a los brazos.

Segunda, señora.

Tercera, señora con traje de baile.

Cuarta, niña, hermana de la miniaturista.

Quinta, retrato de don Anselmo de Guinea.

Sexta, retrato del compositor Guridi.

Nosotros nos alegramos de que en Bilbao se labore aún por la miniatura, que es arte difícil y delicado; pero quisieramos que se difundiese más todavía; en Bilbao y en toda Vizcaya hay artistas, pero apartan tal vez demasiado los ojos de lo de casa, para imitar lo de fuera, casi siempre inasimilable.

La miniatura es cosa tan agradable, difícil y preciosa, que podemos decir de ella «ars est maxima in minimis».

Febrero-1914.

COMENTANDO UNAS FRASES

DE UNAMUNO

Bien, muy bien, esa forma clásica que recuerda los lances picarescos de un Lazarillo o un Guzmán, ese casticismo de lenguaje variado, ameno, conversacionista, ese estilo que revela sensaciones peculiares, observación, etnología, originalidad de pedagogo ateniense.

Mas el fondo, las ideas, las anécdotas, las aportaciones históricas no convienen—a mi juicio—con la crítica y documentación externas, norma del sentir rectamente.

Sentó gratuitamente el señor rector de Salamanca, la debilidad del instinto de conservación, aplicándolo de Sanctis a los vascos. Aquí, ¿existe esa debilidad o no? Refiriéndonos a lo etnológico y social, si; la pureza de raza está rota; ella conservaba la nacionalidad; la herencia de linaje por mayorazgo ha desaparecido; ella conservaba la familia, base de nuestra organización. Si nos referimos a nuestra conservación artística, la debilidad es exuberancia; la raza de los vascos no empieza a hacer arte, empieza a manifestarlo. Conservamos, pues, lo privativo de la raza, porque esas manifestaciones son características.

La lucha entre la villa y la tierra llana, verificóse en toda Europa. Aquí fué pretexto para muchas lides de banderizos. Llamar aguiluchos a estos señores

feudales, es literatura, pero no historia. Un león de Castilla nunca rinde parias a una ave incipiente. San Fernando doblegóse a Lope V, Cabeza Brava.

Niega el genial conferenciante la civilización en el campo. En su sentido etimológico no existe; si en su sentido de moralidad.

En muchos castillos vascos existió cultura y civilización. En la ciudad vivían, no los literatos, sino los comerciantes.

¿Dónde trazó Lope de Salazar el magnífico cuadro de sus «Bienandanzas e Fortunas», sino en una torre solitaria? Allí, en San Martín de Muñatones, reunía los libros que le llegaban «por mar e por tierra ansi de países lejanos como de próximos».

¿En dónde escribió sus admirables obras, por lo menos en gran parte, el alavés Ayala, sino en su torre sombría de Quejana, do mandó le diesen sepultura, o en la de su lugar de Salvatierra, lejos de esas urbes indispensables?

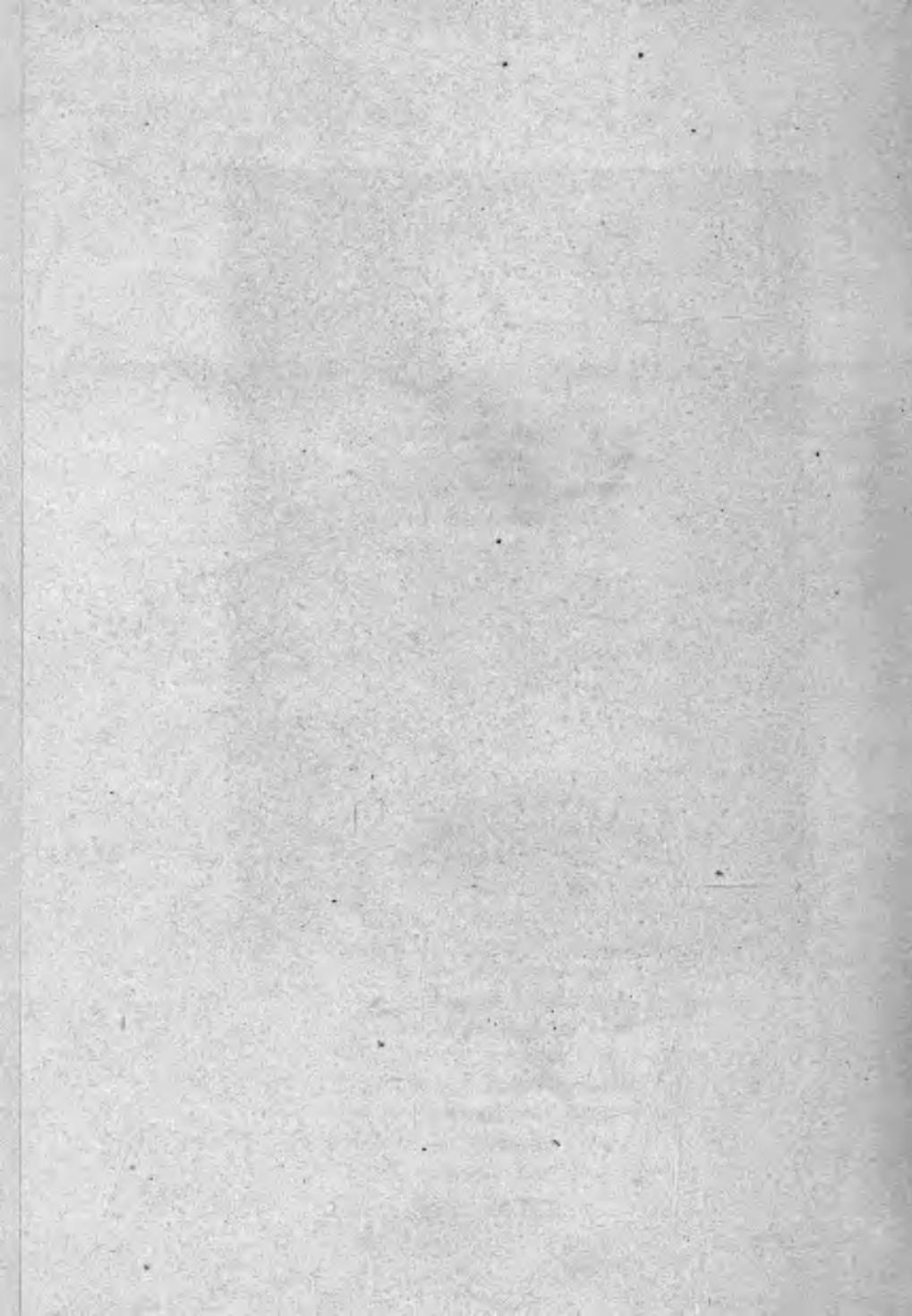
La traducción del Nuevo Testamento en vascuence, no se puede conceptuar como principio de literatura vasca. Su origen debemos buscarlo no en la Reforma, que aquí hizo núcleo de lisonja ante una dinastía calvinista, sino en esas raíces y fondo de las cosas que tanto agradan al conferenciante.

Existe, ha existido aquí siempre una literatura privativa, un lirismo amable que se hermanaba con la virginidad de la raza, antes, mucho antes de la Reforma; el no haber impreso no arguye falta de literatura, sino de cajistas, ni es el principio de lo literario el comienzo de la imprenta. Algo de esto nos quiso inocular el siempre tendencioso conferenciante.

Nos habló luego el señor Unamuno del arraigo del enciclopedismo entre los vascos, lo cual es muy cierto, pero necesita atenuantes. Cuatro nobles de abolengo no son las familias solariegas del solar en conjunto.



Mariano Luis de Urquijo
Goya



Cuando los Duques de Granada, Condes de San Juan, Marqueses de Valmediano, Vizcondes de Zolína, en Guipúzcoa formaban parte de las «Escuelas de Cristo y Congregaciones del Corazón de Jesús» y en Vizcaya toda la nobleza siguiendo el ejemplo del Marqués de Villarias daban muestra de catolicismo, no eran los disidentes tales, que influyesen en definitiva.

¿Quién siguió el enciclopedismo fuera de Urquijo, Zamácola, Peñaflorida (y éste cuán receloso y timidamente) en este país de inservilismo?

Me extraña mucho que el señor conferenciente sacrificara a una genialidad chimbasca un punto importante de nuestro adelanto artístico y diplomático.

«Es una época muy triste bajo el aspecto cultural, el espacio comprendido entre la terminación de la primera guerra civil y la segunda... yo creo que fué entonces cuando nació la «chocholería».

¿Cómo puede consignar ésto quien conoció o debió conocer a aquéllos señores que en legislación y literatura nos dieron ejemplo inimitable en medio de los azares de la guerra?

La literatura se puso entonces al servicio de una causa noble, y todos conocemos «La defensa histórica, legislativa y económica del Señorío», obra en que Pedro Novia de Salcedo hizo campear la concisión y la verdad histórica, amenizando todo con un dejo de ironía que venía muy bien contra las afirmaciones de Llorente, gratuitas cuarto mercantiles.

Aranguren hizo un trabajo menos documentado, pero más polemístico.

Arguinzóniz, en su «Convenio de Amorebieta», mostró la genialidad del vasco en un acto heróico de independencia política.

Sagarrainaga, en el «Régimen Foral», nos ofreció el organismo de aquellas Juntas donde el representante de la tierra llana era no un «ejero», sino un señor culto, noble y devoto de la ley.

Hubo oradores como Aldamar, Moraza y Loredo, aquel Loredo que no tenía nada de chocholo e incoloro y que presentó en la frase vibrante de sus discursos el verdadero ideal de la raza moribunda.

Vimos a diplomáticos como La Calle, Lequerica y Moriana, representar en París y cerca de S. M. I. Napoleón III, al Señorío de Vizcaya.

No es auténtico el canto de Lelo, afirma después el señor Unamuno, ni el de Allobiscar. Cierto, pero nos pertenecen estas joyas literarias. Además nadie pone en duda ser de buena ley el estribillo «Lelo ill Lelo».

«Todo, todo ha tenido aquí carácter de ñoñez, todas las producciones han sido aquí vacias, exangües, sin músculos»—añadió más adelante. Categóricamente sale la afirmación de labios del conferenciante, y la prueba parece rechazada. Son definiciones sin ejemplos. ¿Son ñoñas, vacias, exangües, sin músculos las obras legislativas que antes indicábamos?

Considérelo el conferenciante y quien le siga. ¿Son vacuos los razonamientos forales de Egaña, Loizaga, Hormaeche y los antes citados? No lo vieron así los centralistas de Madrid.

¿Es poesía popular sin músculos, la del bardo Iparraguirre, que de tal modo enardecía a los vascos, que se decretó su destierro de España?

¿Son trabajos inartísticos y ñoños los científicos geológicos de Loizaga, los arquitectónicos de monsieur Convrechef y Mr. Ancelet, que embellecieron antiguas mansiones señoriales, los de jardinería de Mr. Newman, los de exploración del «Moro vizcaino», los filosóficos del Marqués de Casajara, los heráldicos de Gorosábel y Lizaso?

Y hablando de la honrada poesía, sólo indicaremos que no nos duele nada tal adjetivo, por ser un aditamento impresionista, más que de reflexión. Yo sólo juzgo autoridad con conocimiento de lengua.

Por lo demás, si honrada significa fiel, no es un adjetivo bien puesto en este caso, y si es adjetivo satírico o despectivo, lo mantenemos, porque siempre demostraréis que los mayores sabios, los talentos más privilegiados a veces padecen equivocación, «Quando que bonus domit' t Homerus.»

Que el poeta sea honrado como padre, no arguye que lo sea como artista.

Si consideramos algo de los escritores a quienes se tacha de exangües y sin músculos, palparemos la inexactitud.

Arturo Campión, el narrador de la vieja Navarra, el perfecto conferenciante, el etnólogo inteligente, el prosista atildado, y acaso, la personalidad vasconizante más característica y fecunda.

Con razón le admira el señor Unamuno, y todos leemos en sus obras al literato que surgió de entre las apagadas enemistades de una guerra desoladora. El, con Abadie, restauró los juegos florales y bellos consistorios de gaya ciencia y de origen provenzal que tanto en el país la poesía fomentaron.

Carmelo de Echegaray, el solícito conocedor de nuestra historia, que acaba de recoger de labios tan augustos como los del señor Menéndez y Pelayo, el elogio del saber y del estudio.

Navarro Villoslada, el comparado a Walter Scott, el novelista de raza en «Amaya» y «Doña Blanca».

Vicente de Arana, el amabilísimo autor de «Oro y oropel» y «Los últimos Iberos», leyendas antiquísimas (no del siglo XVII) de sabor escocés. Araquistain, el de las «Leyendas Vasco-Cántabras», emanadoras de algo antiguo y majestuoso; Olóriz, el romancista que rememora los primitivos cantos de gesta; Trueba, el mejor cuentista apetecido por los públicos de Madrid y provincias, que leían sus artículos con avidez; Delmas, el investigador infatigable; Novia, filólogo, filósofo, escriturario y poeta; Arrieta-Mascárua, biógrafo castizo y patriota de per-

sonalidad no estudiada; todos desmienten con sus escritos alabados en diferentes ocasiones por autoridades reconocidas, las inculpaciones de que fueron objeto.

Al referirse a la inciencia de los pueblos vascos, el conferenciante no quiso concederles primacía más que en la urbanización y una anécdota bastó para una definición.

Pero contra esta definición se alzan las casas solieriegas; rara es la que en tierra de vascos no posee su bien servida biblioteca.

Visite el señor Unamuno los palacios de Elorrio, Vergara, Marquina, Oñate, Durango, Guernica... y cambiará de parecer.

La cuestión del arte, la lid política, el espíritu de emigración son también puntos a discutir con mayor detenimiento.

Lo dijimos ayer y lo repetimos hoy. Admiramos al señor Unamuno, porque representa una dirección originalísima del pueblo vasco. Tiene, como éste, comprensión propia e independiente, estilo y lenguaje de primera fuerza, pero esto mismo le hace extremarse en sus afirmaciones.

Al genio y la imaginación debemos dar amplitud, pero también debemos señalar límites. «*Est modus in rebus sunt certe denique fines.*»

En el fondo disentimos porque no podemos dar frente a la realidad.

Casi al principio de la conferencia, tras un cuadro lírico muy bien hecho sobre el «caldeano pequeño Robinsón», etc., borra de una plumada el patriarcalismo que históricamente no puede subsistir, pero que casi hasta nosotros ha llegado con caracteres primitivos.

Cierto que en ocasiones hubo «razzias» o bandajade, pero las vías normales eran tributos reconocidos, el peaje, la décima, el servicio personal que recaían no tanto en el labrador como en los transeuntes judíos, mercaderes ricos y seculares.

Andando la disertación dice: «fué la época de los liberales sin color y sin grito, que ni eran liberales ni eran nada».

No rechazo la proposición del señor Unamuno. Sólo citaré nombres y datos. No debían ser hombres de voz y grito tan insustantivos cuando en 1844 se revocó el decreto indiplomático de 1841, gestionando Mendieta y Arguinzóniz; en 1846 y 1848 Loizaga y Novia, hicieron respetar ante los centralistas el régimen privativo; en 1854, recelaron, casi temblaron el Gobierno de España y los embajadores, temiendo se fuese a Francia el Señorio—no son palabras sino de ellos—; en 1856, el señor Silva vió en pleno Senado deshecha su preparada argumentación por ilustres patricios senadores; en 1868, se detuvo la revolución ante la energía de Aguirre y Mascárua.

Pocos años antes fué rechazado don Carlos por Arrieta-Mascárua, que llevaban por entonces el verdadero sentido del país.

No debieron ser hombres tan débiles y sin grito cuando supieron sostener el régimen mutilado por medio siglo contra las pretensiones de Francia, España y el Duque de Madrid.

Pocos párrafos después afirma el señor Unamuno nuestra falta de espíritu crítico.

Si se refiere a la crítica colectiva, eso ya es querer dar a un pueblo una cultura que nunca alcanza; bástale al pueblo buen sentido, y esto existe entre los vascos.

Por lo demás, la colectividad literaria vasca, resplandece hoy por la crítica. A Labayru le achacan demasiado rigorismo.

De Echegaray, el señor Unamuno puede juzgar mejor que nosotros. Pío Baroja, es un espíritu abierto a todas las ideas. Urraburu, es un filósofo que discute las ciencias novísimas; Astrain, es colocado como primacia de la historia científica, aquí, por

Menéndez y Pelayo, y en Alemania, por sabios profesores.

José María Salaverria, espíritu observador, escritor elegante, amplio en admitir, discutir y formular las ideas políticas, artísticas y sociales que hoy circulan en el comercio literario; articulista modelo, que da la verdadera impresión de la actualidad con atinamiento digno de aplauso; novelista que expone el sentir de los diversos individuos llamando a examen y paralelo a todas las idiosincrasias.

Yo no sé si tenemos miedo a las ideas, pero cerca está un hecho que lo refuta. El señor Zabala dió en su historia, razonamientos que motivaron la prohibición del libro, lo que católicamente acató; Arana lanzó su ideal audaz y valiente en medio de una población monárquica, cuando aún no estaban restauradas las heridas de la guerra civil. Mintenguiaga expuso ideas, que en este país aferrado a la erudición, levantaron honda polémica.

¿Qué dice todo esto, sino que afrontamos los vascos las cuestiones más difíciles poniéndonos a razonar?

Pero tal vez el señor Unamuno quisiese que lo mirásemos por el crisol por donde él mira, antes de examinarlo en sus condiciones y licitud; para razonar debemos colocarnos en terreno neutral, sin ideas preconcebidas.

También nos falta el sentido del humor—decía—. Falta, sí, la fina ironía de un filósofo o de un francés a lo Anatole France, pero nace como risueña alborada en un grupo de dilettantes literatos ese humorismo agradable, flor amable no de una instrucción vulgar, sino de selección libada y obtenida en lecturas aristocráticas y conversaciones eruditas.

«El alcalde de Tangora» es una obra de continua hilaridad y de verdadero novelista. El insigne Pereda, genio de la Montaña, al decir de Menéndez y Pelayo, teniendo el manuscrito entre sus manos

exclamó: Ha llegado usted a lo que yo pretendo, ha interpretado mi pensamiento.

Del señor Arzadun son unos artículos aún no coleccionados y los «Cuentos militares», donde un vasco ha sabido recoger ese humorismo privativo de los viejos oficiales e incipientes milicianos.

¿Mas para qué aportar más ejemplos? No en todos los países se avienen con la fina ironía del francés, ni con la reposada del germano.

Yo no he estado en América, pero sé cómo se conceptúa allí al vasco: al corto como corto, al inteligente como a tal. Esto ya lo sabe el señor Unamuno. De ahí su entusiasmo por el emigrante que prospera y llega a la notabilidad.

Pero yo creo, que no son tantos los vascos que allí venden leche y tienen sólo cuatro ideas, aunque es preferible cuatro ideas fecundas a cuatro mil estériles.

Se sabe que no pasan allí con crédito de hombres muy honrados, en el sentido que tomamos tal adjetivo, los fundadores de aquellas ciudades como Zabala y Garay, de que pueden hablar Montevideo y Buenos Aires. Yo no creo vendieran nada las 150 notabilidades médicas, de abolengo, que se numeran en la Argentina, ni los exploradores Ugarte, Garay, Salazar, Lizardi e Ibarreta, de todos conocidos, ni los jefes de Policía, cargo allí de los más altos y competentes, ni los que repetidas veces presidieron los destinos de la patria.

Mucho bueno dijo también el señor Unamuno. Dió la verdadera nota del arte musical, «carte iniciadora». Declaró la falta de un hombre de casta, impulsor de un ideal neto y práctico.

«La música sirve de sostén—dice el conferenciente—a una letra de la cual más vale no hablar.» El acierto del señor Unamuno es en esto indiscutible. La ópera vasca está creada, pero imperfectamente, como un buque con solo armazón, un cuerpo

sin materia ósea, un árbol sin flores; pero, la demasiada acentuación de los defectos del vasco, el favoritismo que presta a lo anecdótico, el mirar el lado flaco de lo histórico, el profligar concretando demasiado, el rendir culto al sabio por sabio y no por razonador, el descuidar en algunos hechos la cronología generalizando con cierta indivisibilidad, todo ha sido causa para que sin dejar de apreciar lo laudable y benemérito, hayamos expuesto algunas discrepancias, cambiando así impresiones acerca de este solar con aquel, que sin duda, lo ama como nosotros.

Octubre-1912.

EL CONTENIDO HISTÓRICO Y LITERARIO DEL PAÍS

ON THE HISTORY OF
THE AMERICAN

EL YELMO DE MAMBRINO

O LA FUERZA DE LA SANGRE

Hace pocos días se reunieron en Bilbao, no más de 50 o 60 personas para celebrar la sesión de clausura de una Exposición de pintura.

La tendencia del acto fué laudable, hacer arte; los medios, equivocados, falsos.

Los conferenciantes se compadecieron del país vasco y, sobre todo, del pueblo de Bilbao y lo satirizaron, lo calumniaron, lo insultaron.

Ramón de Basterra y Zavala, leyó unas cuartillas tituladas «El artista y el país vasco» que debieran haberse titulado «Ramón de Basterra y Beocia» o «La regeneración por el yelmo de Mambrino».

En esta conferencia existe un error fundamental, un criterio falso, en cuanto el fondo.

El autor desconoce, «en absoluto», lo que ha sido el pueblo vasco y sólo lo expone como él se lo ha imaginado; dice, y aquí se comprendía su saber histórico, su saber en esta disciplina que es la base de toda restauración «que toda su historia se reduce a unas palizas de aldeanos y a cuidar ovejas». Claro está que esto es una afirmación que presenta el autor sin prueba alguna científica y sin señalar época, edad o siglo.

No voy a decir por qué esto es falso, sino a recordar lo que se tiene que ignorar para hacer desaprensivamente tan categórica afirmación.

El Fuero del año 1526, que es un Código legislativo admirable.

Las Ordenanzas del Consulado, que es un Código marítimo de «influencia europea».

La historia de la Universidad de Oñate.

La epigrafía vasca.

La «Crónica de Vizcaya», año 1445. M. S.

La topografía del país, para no haber visto sus monumentos civiles y religiosos, desde los dólmenes hasta los templos.

La epistolografía vasca, de las pastorales, de los romances (año 1321), de la filología.

La mística, que empieza con Ocamica, conocido en «Alemania» y continúa con Loyola, San Cyran, Juana de Asbaje, Bereyarza (1760), Alda (1830), y otros.

La historia de la teología, que se inicia con Vitoria, fundador del Derecho internacional, cuyas obras ha resuelto publicar el «Congreso Internacional de la Haya» y continúa con innumerables doctores que civilizaron a España y a América.

La filosofía y sus degeneraciones, que empieza aquí con Huarte, de fama europea, y se desarrolla en Aránzazu, Leire, Cenarruza y otros puntos.

La bibliografía histórica, que se inaugura con Lope de Salazar (1399), y nos muestra a Coscojales, Garibay, Mendieta, Lizaso, Moret, Isasti, Murga, Guevara, Iturriiza.

La escultura, de lo que le podrá enseñar mucho el director del Museo de Bayona.

La historia internacional, que adjudica al país vasco los diplomáticos más notables, desde los Mendozas hasta el Marqués del Puerto.

La historia científica, que reconoce en el señor Munibe, al investigador del platino.

La pintura, que puede apreciarse en el mismo país y en varios Museos extranjeros, como en el «Louvre», donde figuran vascos.

El Tratado de Utrecht y de los Congresos de París hacia el 1860.

La biografía sobre el arte de la danza.

Las batallas de Arangoiti, Elorrio, Gordejuela, Besaire, etc., etc., donde fueron vencidos reyes como Eduardo III de Inglaterra y Pedro I el Cruel.

La admirable organización de abadengo y realengo.

La división en Villas y Tierra Llana, en Vizcaya.

La potencialidad del Consulado, consultado por Europa.

Las historias coloniales desde Legazpi, que conquistó Filipinas sin sangre, al revés de Pizarro y Cortés, hasta Iradier que aseguró, después de 150 Tratados, el Muni para España.

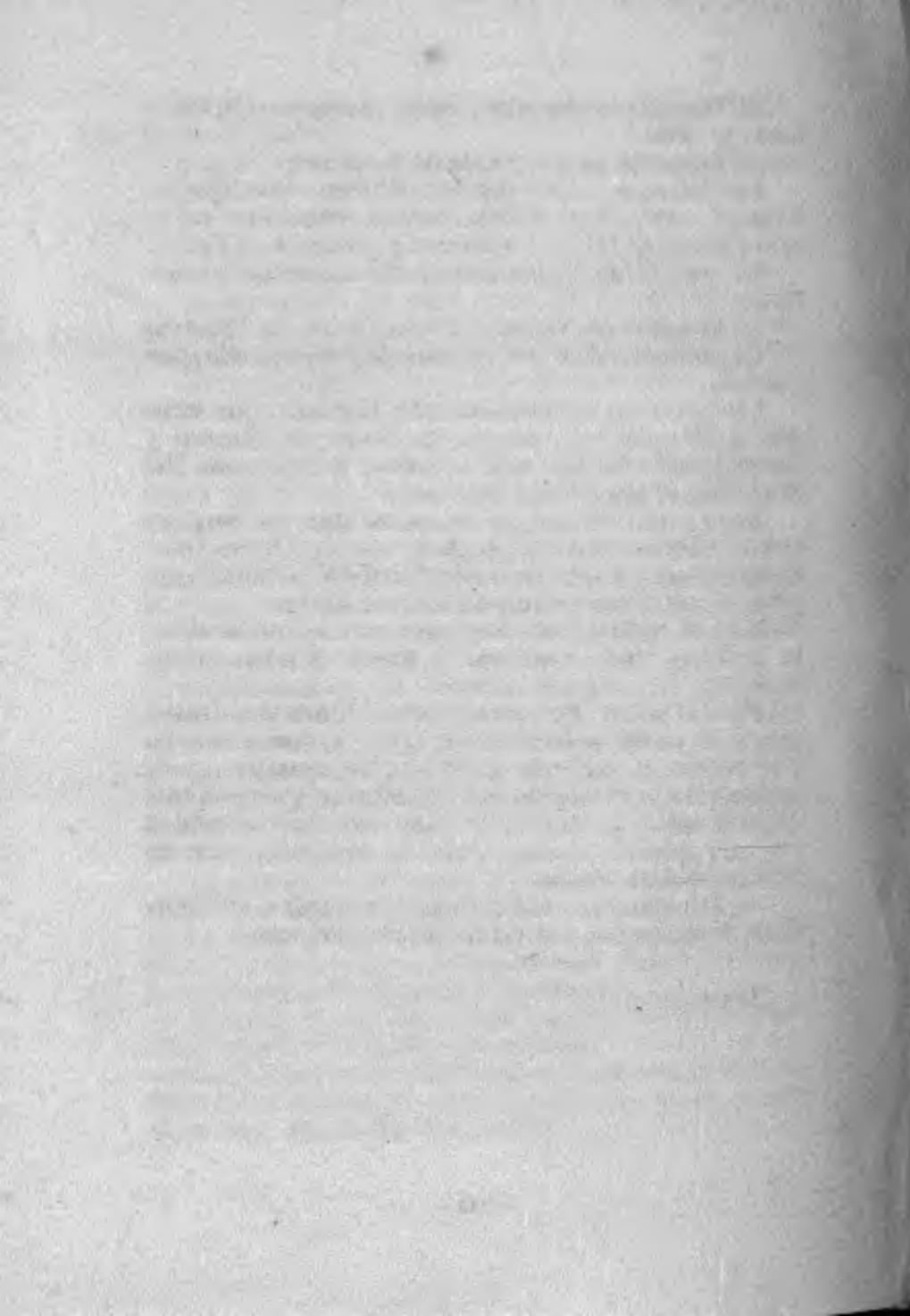
Aquí están los veinte artículos que me suplica el señor Basterra no los haga y, cierto, no los haré dirigiéndome a él, sino continuando la labor que para mi solaz me he impuesto hace tiempo.

Esto es la fuerza de la sangre, esto es fundarse en la Historia para restaurar y buscar nuevas orientaciones.

Pero el señor Basterra es un hombre de idealismos y huye del palacio de los Duques, donde Sancho y el clásico se dijeron verdades tan amargas, para encontrarse con el yelmo de Mambrino y creyéndolo de resplandor nunca visto calárselo, increpando a los que querían convencerle de que se trataba de una bacia de barbero.

— ¡Bilbainos vascos! digo yo. Escoged: o «la fuerza de la sangre» o «el yelmo de Mambrino».

Noviembre-1918.



TRADICIÓN ESPIRITUAL

La ironía en la polémica,
significa la desesperación de
la inteligencia.
(Palabras de un filósofo.)

Ramón de Basterra: Me rogaste no escribiese veinte artículos y accedi a tu súplica. Contentéme con enunciarlos sin traspasar el campo de lo posible.

Más que hombres célebres, cité disciplinas, aunque no es equivocado el recuerdo de ellos, porque fiel compendio son de su época.

A ti te parecieron unos buenos señores. Bien está. ¿Leiste sus obras? ¿Conoces su vida?... Te muestras en tu artículo con dos estados de alma diversos.

Concentración, revisión. Concentración «una grande alma que hubiera quedado *aquí* y organizado espiritualmente su país, lo hubiera salvado». Revisión «yo ambiciono para el país vasco en el plano de lo universal y perpetuo».

Bien, muy bien; son éstos dos deseos que debieran tener todos los vascos. Hoy es necesario un hombre, muchos hombres de raza.

Aquí se pudo haber hecho más, mucho más de lo que se ha hecho. ¿Por qué—pregunto yo también—no se ha desarrollado la lengua a todo el esplendor literario? ¿Por qué no se fijaron con mayor claridad las atribuciones legislativas del país? ¿Por qué no anduvieron acordes los vascos todos, llamáranse

navarros, vizcainos, etc.? Quiebras tuvieron todos los pueblos, todas las civilizaciones.

Pero, Ramón, todo eso no significa hayamos estado «viendo llover», sobre todo a partir del siglo XI. Y aquí conviene dejar puntualizada una verdad. Hasta este siglo, sí, arrastró el vasco una vida indígena y guerrera, pero luego... ¡qué política interior! ¡qué política exterior! ¡qué imperialismo! ¡qué valor! ¡qué individualismo! ¡qué influir en toda Europa!

Recoges, Ramón, cuatro nombres de los 24 que yo citaba, a manera de ejemplo nada más.

Garibay sigue paseando en la Plaza Nueva, quizás como un loco, como un desesperado, porque no leemos sus 40 libros de historia impresos en Amberes, bajo su dirección, al mismo tiempo que Arias Montano, tal vez vasco, imprimía su obra.

Lizaso, Ramón, ya no sabe a quien atender, si a Vargas Ponce, primer heraldista español, o a tí. Sus cinco libros de «Nobiliario», son *la mejor obra de Europa* en su género.

Iturriza dió base a los modernos epigrafistas para sus investigaciones, y su obra es de las primeras que en Europa nos muestran colección de documentos.

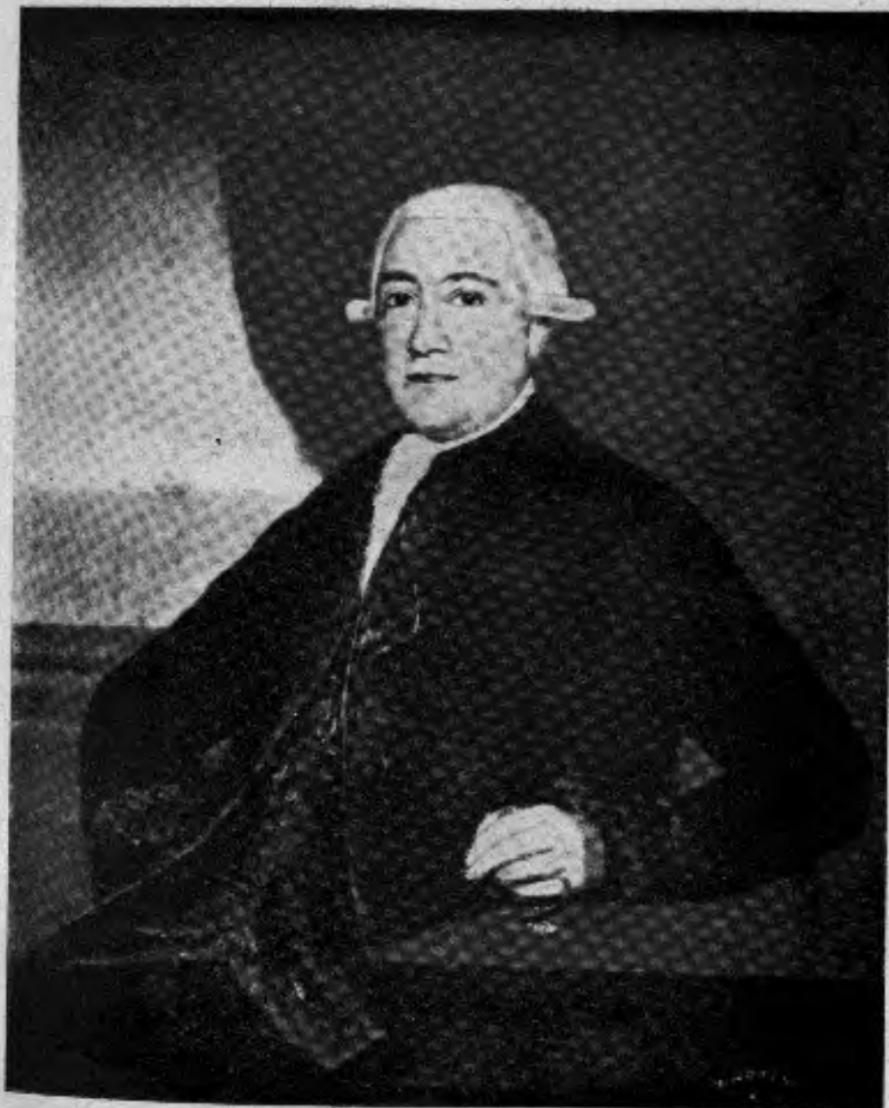
El señor Mendoza es figura tan conocida en la Europa de los años 1590-1620, que creo oportuno callarme.

Y los demás que no recoges, aparte Loyola, ¿son piedrecitas, son migajas, son la modestia misma?

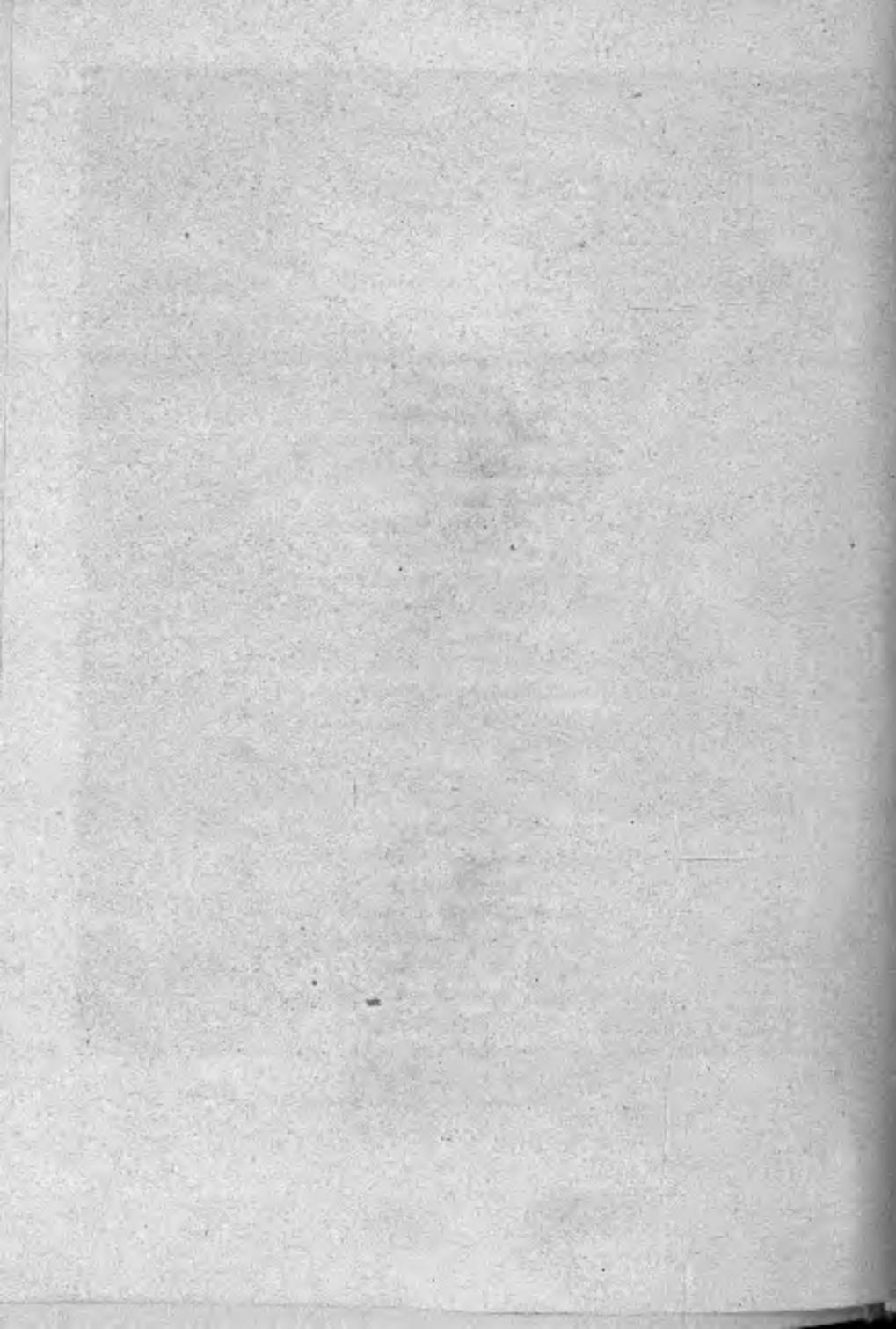
¿Por qué no recuerdas la revolución que produjo el vasco San Cyran en el monasterio de Port-Royal con sus obras, con su dirección?

¿Por qué no citas las polémicas que sostuvo la guipuzcoana Juana de Asbajé (Sor Juana Inés de la Cruz) con el iracundo jesuita «predicador» de reyes y rey de predicadores P. Viera?

¿Por qué no remembrar las férreas palabras del vasco Francisco de Vitoria al emperador Carlos V:



El Almirante Mazarredo
Goya



«Señor, si sois rey de los cuerpos, Francisco de Vitoria es director de almas?

Debemos saber que este vasquito se opuso a las guerras con Alemania y a las ilegales conquistas del Perú y Méjico, y discutió muchas órdenes del cézar Carlos V.

Y aparte de ésto. ¿Quién puede atribuir espíritu tímido al gran filósofo Huarte, que fué en el año 1580 el precursor de la frenología y a quien cita Gall en sus obras? ¿Por qué negar vida espiritual y superior a Xavier de Jasu, que recorrió Japón y la India convirtiendo a veinte reyes e implantando en Oriente la civilización europea? ¿Acaso no tuvieron vida de espíritu, vida superior, Zurnárraga, primer obispo de Méjico; Olabe y Esquivel, oídos en Trento; Azpilcueta, conocido en toda Europa; Báñez «mondragonensis», director de Santa Teresa; Ancheta, civilizador del Brasil, y Lizárraga, traductor de la Biblia el año 1570?

Fueron timidos, ¡Ramón! Araoz, que tuvo dominado al famoso príncipe de Evoli y por él a Felipe II; Xavier de Azpilcueta, que exploró el Tibet, y modernamente Iradier e Ibarreta?

¿No influyimos en el mundo entero, rodeándole por primera vez con Elcano; civilizando Filipinas, con Legazpi; fundando Montevideo, con Zavala; fundando Buenos Aires, con Garay; fundando innumerables ciudades en China; conquistando Nueva Vizcaya, con Ibarra; trazando el primer mapa de América, con Juan de la Cosa; inventando el «*quacter réducción*», con Gaztañeta; aplicando las matemáticas a la artillería, con Alava; enseñando a los marinos de España mediante las obras de Juan de Aguirre, Ondériz y Mazarredo, alabado por escritores extranjeros?

El *estar* del vasco consistió en que le conociesen en las principales Universidades del mundo.

Fortun de Ercilla, padre del poeta, escribió:

«Commentaria de Paetis in titulum Digestorum de Paetis», anno 1514.

«Ad Legem Galus D. de Liberis et de Postumis Commentaria».

«De ultimo fine utuusque Juris Canonici et civilis».

«Concilium pro militia S. Jacobi», fué profesor de Derecho en el Colegio de Bolonia, fundado por Albornoz y requerido para una cátedra en Pisa.

Las obras fueron impresas en Bolonia, en 1514, y dijo de él Mariano Socini «Vir profecto magnae speculationis». Fué de Bermeo.

Juan Angel Sumaran, fué profesor en Ingolstadt, sabía diez lenguas y llamábanlo *el vascongado*.

Terreros y Pando, catedrático en Madrid de matemáticas, autor del «Diccionario cuadrilingüe de Artes, Ciencias y Oficios», y de «El Espectáculo de la Naturaleza», obra de diez y siete volúmenes.

¡Ramón! ¡Ramón! para qué prolongar ésto.

Si sólo de tu familia de la Puente, que es de Trucios, tropiezo con una dinastía de sabios?

Ramón, fuimos muy orgullosos, muy individualistas, muy civilizadores, muy expansivos; por eso tal vez descuidamos el hogar, el solar.

Ya lo sabes, tenemos tradición dentro del individualismo, pero desde el año 1876 nos han cerrado los ojos, para que no veamos lo que fuimos.

Nuestra tradición ha quedado interrumpida oficialmente, pero dura la raza y la familia.

Bien podemos evocar no a Napoleón en el imperio efímero, sino a César en sus trece cielos.

Noviembre-1913.

"SOY VASCO"

Nada más que para rebatir dos conceptos del señor Basterra escribi el articulo «Tradición espiritual». Decia del vasco «que era tímido», «que no habia influido en Europa». Yo le patentice lo contrario, «el orgullo del vasco lo sacó de su tierra y le hizo dominar en otras y asi tal vez quedó descuidado el solar de origen». He aqui mi idea.

Un cronista toma este articulo como mi ejecutoria artistica. Anda equivocado. No es oportuno hacer aquí mi psicología espiritual, pero debe saberse lo cierto.

Me gusta la heráldica por entretenimiento, porque es auxilio de la historia, porque es elemento decorativo.

Por lo demás, juzgo de la misma manera a quien lleva sus armas en el anillo de oro, que a aquel otro que señala sus puños, cinturón o gorra, con la bandera de la Sociedad a que pertenece.

No creo que el renacimiento de la raza está en poner el espíritu sobre un cronicón aceitoso, aunque creo que es mejor ésto que poner nuestro porvenir en la cerámica.

Y ahora pregunto yo: ¿qué quiere decir la frase «si con todos ellos se iba tornando blanca nuestra sangre y se iba muriendo la raza»?

¡Ah! lo sé, lo sé; es este un criterio muy superficial, es un criterio que no ahonda en la filosofía de la historia, que se olvida de la intervención de la Providencia en la marcha de los pueblos; es el crite-

rio de unas gentes, que por verse ahora siervas, creen no haber sido nunca señoritas.

Hasta el 1876 guardóse la ley de la sangre; ¿qué valla más poderosa existe para conservar la raza y su espíritu?

¡Escritores, cronistas, conferenciantes, habláis desde el año 1876! yo hablo de antes, yo quiero recoger aquella ley, aquella tradición, aquella fuerza de la sangre.

Aquella tradición está formada por los hombres, por las familias, por las repúblicas, por los regimientos forales y por la raza.

Esos hombres cubrieron el mundo con su gloria, y ante la ciencia absorta cruzaban con sus volúmenes diciendo «Soy vasco».

Báñez de Artazubiaga, director de Teresa de Jesús, pone al frente de sus obras: «Báñez *mondragonensis*».

Pedro Hurtado de Mendoza, famoso catedrático de Salamanca, escribe en la portada: «Mendoza, *valmasedano*».

Morlanes, el famoso escultor, hace se le denomine «Morlanes el vizcaino».

Guevara, insigne orador, manda se ponga en su tumba: «Guevara *alavensis*».

Juana Inés de la Cruz, mujer que tenía una biblioteca de 4.000 volúmenes, dice ante un concurso de gente:

«Pues que todos han cantado,
yo de campaña me cierro,
que es decir que de *Vizcaya*
me revisto dicho y hecho.

Nadie el vazquense murmuré,
que jurara a Dios eterno
que aquesta es la misma *lengua*
de mis abuelos.»

y luego canta en dialecto vizcaino, con asombro de todos.

Sumaran, profesor en Ingolstadt, se hace llamar el *vascongado*.

Ercilla patentiza su naturaleza en la misma «Araucana», donde dice:

*Mira a Vizcaya cereada de maleza
y luego allí*

«Los nobles muros del solar de Ercilla,
solar antes fundado que la villa.»

San Ignacio confiesa al P. Cámara, ser *Cantaber*. Xavier, el gran apóstol, muere hablando en *vascuence*.

Lizárraga, traduce y comenta la Biblia en *vascuence*, en 1570.

Echave, estando en Méjico e influyendo en su civilización escribe y edita allí su filología de la lengua *vascongada*.

En fin, allí donde un paisano nuestro ponía la planta, decía la muchedumbre *ese es vasco*, y de lo contrario lo decía él: «soy vasco».

Emigraron los hombres, y no todos.

¿Pero las familias, las repúblicas, las anteiglesias, los concejos, las merindades, el regimiento foral, la raza en conjunto? ¡oh! no, no emigraron; pues ¿qué hicieron? ¿ver llover?

¿Quién ha levantado las villas todas del país vasco?

¿Quién ha construído sus iglesias, que parecen catedrales, sus casas-solares, que son severas y cómodas, sus monasterios y abadías?

¿Quién ha establecido en la tierra llana esa admirable división de la propiedad?

¿Quién ha mantenido en el siglo XVI más de 300 ferrerías?

¿Quién ha dado fama a los aceros de Mondragón y Eibar?

¿Quién construía las «armadas de Cantabria»?

¿Quién mandaba diplomáticos a Inglaterra para garantizar la pesca en Terranova?

¿Quién pintaba los trípticos de Vergara y las tablas de Quejana y Cenarruza?

¿Quién leía en Vizcaya a Catón y lo comentaba?

Unos hombres que estaban viendo llover: los vascos.

¿Quién inicia la filología del vascuence antes que en otros países?

¿Quién sostiene el «Consulado de Bilbao»?

¿Quién traduce al vascuence el «Quijote»?

¿Quién escribe en vasco luminosos tratados de crítica?

Unos hombres que estaban viendo llover: los vascongados.

Tenemos, repito, raza; tenemos la familia; tenemos la tradición de esa raza, de esa familia que llega al año 1876.

Pero ¡ah! no tenemos forma, no podemos desenvolverse porque hoy no dominamos, como antes, fuera de aquí.

En la vida internacional ¿qué significamos? nada.

Y antes pensemos un poco en los grandes tratados europeos.

Noviembre-1913.

CUESTIÓN DE FONDO

En los varios artículos que con motivo del último acto de la Filarmónica se han dado a la Prensa, se deja ver un asunto principal.

Este asunto, no se ha expuesto necesariamente; yo lo enuncié o la tradición «la fuerza de la sangre» o el falso progreso «o el yelmo de Mambrino».

Hemos llegado los vascongados a un punto en que, siendo conocedores de nuestra penuria artística, dijimos: «hagamos arte» y ¿cómo? Se han manifestado dos direcciones, son éstas: una de tendencia extraña; otra, de tendencia regional.

El programa de tendencia extraña se resume así: Imitemos a los sabios de Europa, a los poetas, a los pintores, a los filósofos. Lo que se pinta en París, pintemos aquí; como se piensa en Berlín, pensemos aquí, y así en todo lo demás.

La tendencia regional, connatural, se comprendía en esto: *Imitemos lo bueno que hayamos tenido en el país en cuanto a todas las manifestaciones del pensamiento; no desprecieamos lo extraño, pero tampoco le rendamos culto en demasia.*

Mas precisamente aquí surge lo difícil del asunto.

¿Qué debemos imitar del país (responden) si aquí no ha existido nada, nada? Esto es muy relativo como diré, pero concedido, «aquí no ha existido nada, nada».

Y ahora les pregunto yo: ¿Qué existió en Grecia antes de la cultura griega?, nada, nada.

¿Qué en Alemania antes de la cultura germana?,
nada; nada.

¿Qué en Roma antes de la cultura romana?, nada,
nada.

Caso extraño. ¡Señores! ¡amigos! Existió mucho,
existió la raza, la familia, y lo indígena primitivo
que en si tiene raza y familia.

Esto, partidarios de Mambrino, no lo podéis ne-
gar, ha existido, existe.

Y esto, indígena, ha sido tan útil, tan beneficioso,
que por ello tenemos hoy buenas partituras de idi-
lios vascos.

Aquí hablen los compositores y digan si en los
que llaman cantos populares no encontraron su ins-
piración y gran parte de la belleza de sus obras.

Y teniendo un ejemplo tan claro y patente en el
arte de la música, ¿por qué no encaminamos de este
modo a las demás bellas artes?

¿Por qué tomar de otras civilizaciones, elementos
extraños a nuestra manera de ser?

Reconstruir la tradición del país en todos los
órdenes, debe ser nuestra misión.

Estudiar la historia que joh vascongados! no
aprendimos en la escuela donde nos hablaron de los
Propileos y de los druidas, y nada, nada nos dijeron
de Guernica y los echechojaun.

Yo he citado índices de muchos hombres vascon-
gados respetados por extranjeros, y puse índices
porque aquí la sociedad está muy ocupada, y, es
claro, todos los ocupados suelen primero leer los
índices para ver de fijarse en lo más curioso.

El programa artístico que deben seguir los vascos
es este:

1.^o Música. Lo hecho hasta ahora en las parti-
turas; en los libretos búsquese lo regional. (Véase
mi trabajo, orientaciones de la ópera vasca.)

2.^o Pintura. Siguiendo los preceptos de Gueva-
ra (1520), ser naturalistas y no idealistas.

3.^o Escultura. Estudiar a Morlanes (padre e hijo) y sobre todo a la raza.

4.^o Poesia. Desarrollar del canto indigena del versolari y hacer en vascuence, lo que hizo Ercilla en castellano, al escribir su Araucana.

5.^o Arquitectura. Estudiar los monumentos del pais y el paisaje mismo. En esto Anasagasti ha dado un paso.

6.^o Artes decorativas. Estudiar los dibujos primitivos vascongados, que son geométricos; valerse de tallas, muebles, etc.

7.^o Danza. Dar desarrollo al baile de la spata y a sus variedades de plaza y sobre todo de salón, cosa hoy tan olvidada.

Este es, brevemente, mi parecer en las bellas artes, y siguiendo esto, podremos significar algo más que metal; inteligencia.

Noviembre-1918.



EL CINCEL Y EL PINCEL

¿Dónde está, paisanos,
el resplandor ideal que
infundimos a la piedra
en templos y estatuas?

Estas palabras me decían mis compañeros cuando nos apartamos de aquella playa; yo las escuché en silencio, porque no lejos de donde estábamos se alzaba un castillo de tres órdenes de murallas; no tardamos en llegar a él; lo observamos detenidamente.

En su centro se erguía la torre cuadrada inmensa, abriánse en lo alto amplias ventanas que mostraban lo recio de la fortaleza; a ambos lados se acertaban a ver los bancos de sillar y unos como frisos que sirvieron de apoyo.

La puerta ojival llevaba en su clave algunos dibujos en piedra, con figuras de animales y plantas; —eran los emblemas de los señores—; en aquel tiempo empezaba el cincel a romper la monotonía de las piedras blancas.

Salimos de la fortaleza atravesando tres recintos de murallas, y dimos a poco en la plaza de armas.

A un tiro de arcabuz se levantaba otra casa alta, amplia, de sillar, con férreo balcónaje; el color de la piedra era amarillento como el del castillo, y tenía con él una semejanza; estaban solos, abandonados, derruidos.

En aquel cuadro teníamos vida latente, toda una historia, toda una época.

Allí estaba la arquitectura civil, la torre, el castillo, la casa de paz, allí todo se podía apreciar, la comodidad y la defensa, la grandeza y el arte.

Aquel edificio es San Martín de Muñatones, y como él existen en Vizcaya otros muchos.

Estos edificios nos hablan con la magnificencia de un resplandor ideal; primero el de la guerra, luego el de la paz y descanso.

Estamos en el siglo XV; el siglo XV es la iniciativa de nuestra brillante arquitectura y escultura.

La arquitectura civil, la arquitectura religiosa, ¡oh! los dos grandes simbolismos de nuestra personalidad, y aquí una observación: los vascos no son tan sólo los vizcaínos, son los guipuzcoanos, son los alaveses, son los navarros, son los de allende el pirineo.

En nuestra arquitectura influyó Navarra sobre todo en la religiosa, en la civil; nadie, casi nadie, fué lo indígena; transformamos, es natural, elementos que nos eran desconocidos, pero los hicimos personales.

Los vascos con los godos, creamos lo que llaman algunos arquitectura montañesa.

Esto necesita un libro para evidenciarse.

Pero ese libro puede hacerse.

Recordemos ahora nuestra tradición de cincel, nuestra tradición de pincel, hablemos con nombres, fecha y obras de lo que debemos todos saber. Al principio son las obras anónimas, esto ocurre en todas, en casi todas las civilizaciones.

Pero vengamos al siglo XV.

Maese de Gamboa, año 1483; Rodrigo Espayarte, pocos años después, 1498; Olarte, 1523; Olotzaga, Morianes el vizcaíno, su hijo Diego de Morianes, Beltrán de Vitoria, 1520; Martín Gamboa, 1587; Ancheta, 1595; Basabe, 1600; Gamboa (Juan), 1600; Alsásua, 1640; Landa, 1645; Irala, 1790, etc., etc.

Y éstos ¿quiénes fueron? ¿qué hicieron? ¿dónde están sus obras?

En primer lugar, casi todos los nombrados están encadenados entre sí, no sólo cronológicamente, sino doctrinalmente; unos fueron discípulos de los otros.

Esto lo sabemos por testimonios de los mismos escultores

¿Y sus obras? He aquí algunas, unas dentro, otras fuera del país vasco, pero todas primorosas, todas bellas, todas geniales.

Ancheta, levantó y esculpió San Miguel, de Pamplona; Morlanes, San Miguel de Navarros; Olotzaga, decoró catorce estatuas en Huesca e hizo el grupo «Adoración de los Reyes».

Gamboa y Espayarte, trabajaron en Toledo y la Seo de Zaragoza.

Gerda, construyó las iglesias de Zumaya y Astearsu, en compañía de Iriarte.

Beltrán, trabajó en los templos de Vitoria.

De Diego de Morlanes, nos queda la tumba de don Antonio de Gurrea, cuyas esculturas se comparan a las de Durero.

Gamboa Martín, hizo la soberbia tumba de San Severino de Valmaseda, y tal vez las de la capilla de Araya.

Mas ¿para qué abreviar en un artículo lo que requiere muchos folios?

Y el pincel fué al acaso.

Señalemos influencias. Influencia flamenca originada por el comercio con Flandes (siglos XIV y XV). De aquella época tenemos: Los lienzos sacros de Begoña, numerados en un inventario. Varios cuadros de Tudela y Pamplona. Las tablas maravillosas de Cenarruza, de influencia vancepkiana. Las venerables pinturas de Quejana; las obras del príncipe de Viana, «de particular ingenio para la pintura».

Esto es lo más notable. Recorramos el siglo XVI. Empiezan los nombres y desaparecen los anónimos.

1520, Felipe de Guevara y sus tablas y trípticos de Azpeitia y Vergara.

1540, Joannas de Mesling, aunque de fuera, está en Bilbao y ejerce influencia.

Landa, 1590, funda escuela en Pamplona.

Diego de Vidal, 1583, de quien conservamos cuadros religiosos, es alabado por Pacheco.

Su sobrino, nacido en Valmaseda, 1602, alabado por Pacheco igualmente, murió en 1648, y son sus obras numerosas.

1590, Jáuregui, ya conocido.

1646, Aguirre (Francisco), discípulo de Felipe de Goiti.

El pintor Urcanzzuel de Navarra, 1660, encomiado por el famoso Jusepe.

1630, Juan de Butrón, raro ingenio, según Carducho.

1640, el caballero Aguirre, «pintor notable de afición».

1650, Verdusain, que funda escuela en Pamplona.

1660, Galbarriatu y los Brustin, de quien son los elegantes cuadros, hechos «con todo primor», de los Señores de Vizcaya.

Por esta época, 1650, había en Begoña un sin-número de cuadros flamencos: 18 grandes y 16 pequeños, y otros de excelentes pintores.

1660, moría el conocido discípulo de Herrera Iriarte y pintaban los Echaves de Zumaya, cuadros maravillosos.

1730, Juan Zavallo, alabado por Luzán.

1740, Irala, hombre extraordinario que fué caballero y luego fraile.

1750, el vitoriano Aguirre y Velasco, que, según Cea, hacia obras dignas de un profesor.

1760, Nicolás Antonio de la Quadra, nacido en Somorrostro, caballero de Santiago, pintor, según C. Bermúdez; de «emoción y espíritu» y «gran maestría».

Este mismo vizcaíno ordenó pintar 25 cuadros que existen en Burgos.

1770, Ezquerra, pintor de Cámara.

1800, Luis Paret, funda en Bilbao escuela.

1810, nacen los Balacas, que tanto influyen en Bilbao.

1820, pinta Donata Loridón, distinguiéndose en la miniatura.

1835, se distingue Barroeta.

1840, pinta Eduardo Balaca.

1860, brilla Zamacois en diferentes certámenes.

1870, empieza el impresionismo, y lo aporta a Bilbao Guiard y Losada, adoptándolo el célebre Guinea.

1890, se celebran Exposiciones, en donde luchan el impresionismo y la pintura histórica.

1900, triunfa el impresionismo, y aparece el jebo en el lienzo.

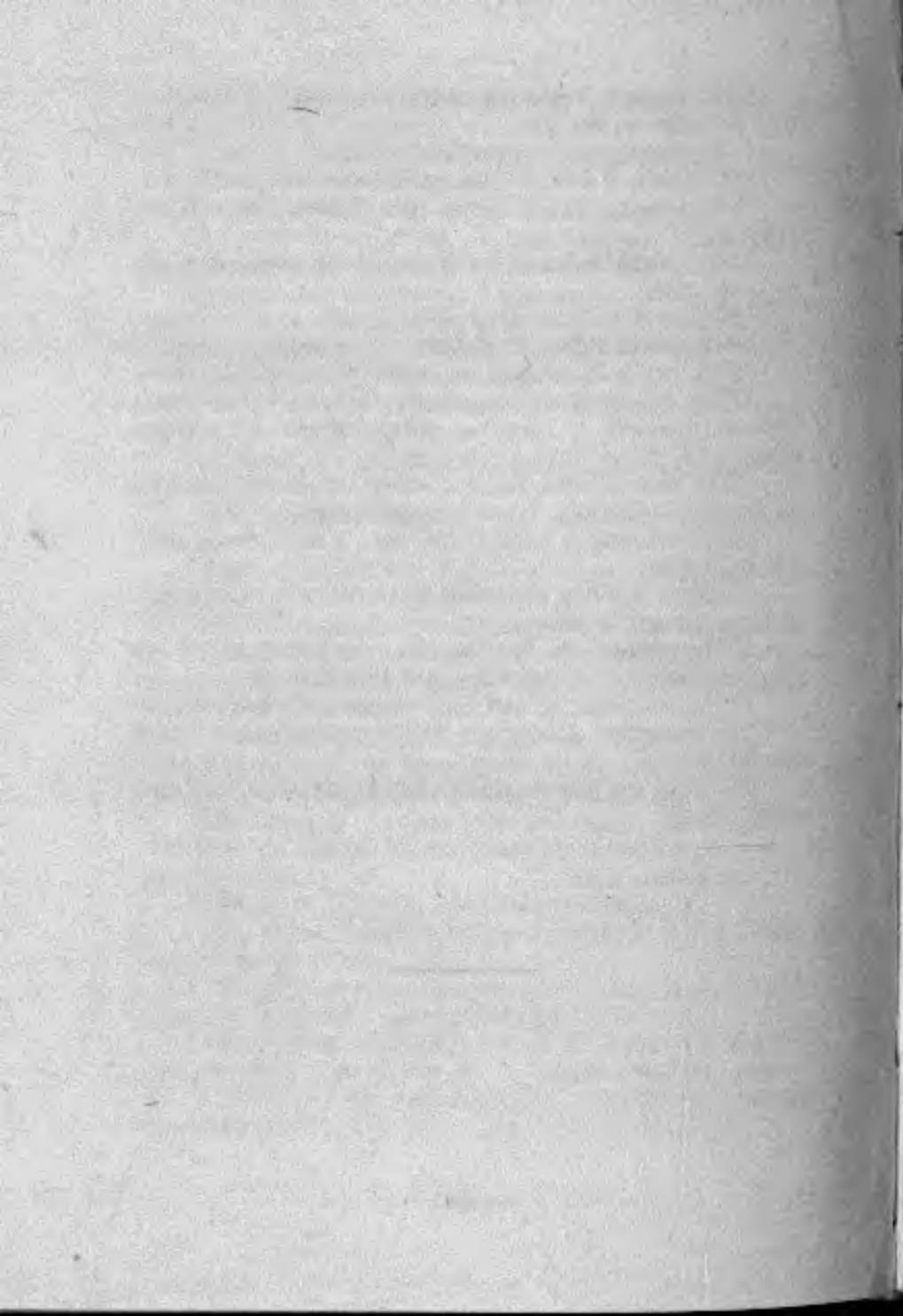
Bringas y otros pintaron al chimbio y al etxeko-jauna; nunca al jebo.

1906, protege la Diputación con pensiones a los jóvenes artistas, y se extienden por Europa.

1913, celebran los artistas vascos una Exposición de 125 cuadros, donde no hay una tendencia bien-hechura.

He aquí un breve cuadro de lo que obró el cincel y el pincel.

Diciembre-1913.



GUEVARA

A principio del siglo XVI, año 1510, nos encontramos con un pintor vasco de reconocida competencia, que hace remontarse a nuestra tradición pictórica a época tan lejana.

Seguimos en estos recreos literarios el método inductivo y vamos avanzando siglo por siglo, año por año, hasta encontrarnos con la absoluta carencia de manifestaciones artísticas.

Hablamos de Felipe de Guevara, hijo de don Diego de Guevara y nieto de don Ladrón de Guevara, Señor de las villas de Escalante y Treceño; pertenecía, pues, a la ilustre familia alavesa de los Guevara, y ello fué motivo para que recibiese una educación esmerada.

Ya su padre fué jefe de lanza y de celada de Carlos el Bravo, duque de Lorena; consejero de don Felipe, archiduque de Austria; su mayordomo y embajador en Francia y España y también embajador en Francia por el emperador Carlos V.

Se ignora fijamente donde nació nuestro pintor, y de su educación nos ha conservado el guipuzcoano Garibay algunas noticias.

Desde joven tuvo profesores de dibujo y pintura; acompañó en su mocedad a Carlos V en el viaje a Italia, cuando pasó a Bolonia para recibir la corona imperial de mano del Papa Clemente VII, lo cual sucedió el año 1530. En Italia conoció a Ticiano y recibió el hábito de Santiago.

Acompañó al emperador el año 1535 a Túnez, y

por su valor fué hecho gentilhombre de boca. Heredó el Señorio de Fonrueba, en el condado de Borgoña, de su tío don Pedro de Guevara; casóse con doña Beatriz de Haro, hija de don Fernán Ramírez y tuvo varios hijos: don Diego, docto en matemáticas, gran humanista, gentilhombre de cámara de los archiduques de Austria Rodolfo y Ernesto, murió en Madrid y está enterrado en San Jerónimo; a Fernando y Pedro, tercios en Filandés; a Ladrón, sucesor, y a dos religiosas, Luisa y María.

Murió este célebre pintor en Madrid en Julio del 1563 y yace sepultado en San Jerónimo.

Las obras que nos quedan de Felipe de Guevara, se compendian en su famoso libro «Comentarios de la Pintura».

Fué esta obra impresa en el año 1788 por primera vez, y en ella se ostenta el temperamento vasco de Guevara y parece lo que caracteriza a todo artista de este país, la independencia de criterio y el *vigor y sanidad que los hace competir y vencer a la naturaleza*; esta es su frase predilecta.

En la obra de Guevara hallamos como definida la «escuela vasca».

Guevara había recorrido toda Italia y visto las obras de Ticiano, Miguel Ángel, Rafael, Verones, y a pesar de tanto esplendor, no se deja influir por ellos, no los imita, sino que se desentiende de artistas tan celebrados y formula sus ideas sobre la pintura.

La base de las aseveraciones de Guevara, estriba en su culto por la Naturaleza y de ahí su entusiasmo por lo clásico entre griegos y latinos.

En siete admirables afirmaciones se condensa toda su doctrina, y en ellas se vislumbran los eternos caracteres de la escuela vasca; hela aquí.

1.º La facultad crítica no es diferente de la estética, y el juzgar una obra amplia es reconstituirla mentalmente.

Por la imitación explica esto Guevara, imitamos cuando con las manos, hacemos lo que imaginamos.

2.^o La relación entre la obra y el temperamento del autor.

3.^o La relación entre el artista con el nivel intelectual de su público.

4.^o Las relaciones de la obra pictórica con el clima en que nace y *cuya visión, frecuenta el artista*.

5.^o La importancia del estudio de la «historia».

6.^o La necesidad del estudio de la filosofía.

7.^o La importancia de la *arqueología*.

Las cuatro primeras afirmaciones son algo generales y convienen a todo arte de pintura, pero las tres restantes, son características de la escuela vasca y vienen a constituir el carácter palatino o histórico; el modo psicológico y la manera ecolátrica, aspectos que encierran y abrazan casi todo lo que ha producido el ingenio y talento artístico de los vascos.

No debe llamar la atención, el que un hombre de la posición social y talento de Guevara, influyese en sus paisanos y contemporáneos y también en diversos lugares donde vivió.

Prueba de ello nos da la pintura que se desarrolló en el país vasco, principalmente en Pamplona y Vizcaya.

En Pamplona distinguióse, entre otros, Juan de Landa, pintor de mérito y habilidad.

En Vizcaya los Vidal, nacidos en Valmaseda, de quienes conservamos bastantes obras.

Es cierto que la obra de Guevara permanecía inédita, pero nadie ignora lo corriente que era entonces propagar las producciones por medio de copias m. m. s. s.

En varias obras, que se conservan en iglesias de Guipúzcoa y Alava, influyó sin duda Felipe de Guevara y para ello tenemos manifiestas pruebas en el parentesco del pintor Guevara con los patronos de dichas iglesias y en el método de pintura; retablos

hemos visto de aquella época, 1540, que obedecen en todo a las reglas y tendencias del maestro Guevara; pero sobre todo el rasgo esencial de este personaje, es haber expuesto hace ya varios siglos los caracteres de la «escuela vasca» de manera tan precisa y clara.

Diciembre-1913.

ENCAUZANDO

EL RENACIMIENTO VASCO

Estos días se ha hablado en la Prensa local del renacimiento vasco, por causa sin duda de los últimos sucesos artísticos y literarios. También hace dos años se suscitó la misma polémica. Los criterios de entonces, como los de hoy, vienen a ser los mismos. Son las opiniones contrarias, que no tienen de común más que una cosa; la buena intención de quienes las defienden. Unos piensan que el pueblo vasco ha carecido de personalidad en la historia, otros opinan lo contrario. El inteligente escritor vasco Ramón de Basterra, está entre los primeros. Sus viajes por Europa y sus estudios sobre literatura y filosofía extranjera, hacen de su ingenio uno de los más poderosos. Quiere para su pueblo un renacimiento, o mejor diríamos un empezar a ser y da como norma lo clásico. Es frase suya la de que pondría el busto de Platón en el frontis de la futura Universidad vasca. El criterio de Ramón de Basterra tiene mantenedores dignos de respeto, aunque equivocados en nuestro sentir. Afirmaba entonces y afirmo que los vascos no hemos carecido de personalidad en la historia. Hacia llegar esta personalidad a las ciencias más elevadas, como la filosofía y la teología y por buen número de artículos expuso este criterio, con el cuai no estaba entonces conforme mi erudito amigo Ramón de Basterra.

Ahora que vislumbramos con mayor claridad este renacimiento, no puedo menos de volver a insistir en mis ideas. Desde entonces se han publicado libros, se han celebrado frecuentes conferencias y Exposiciones, se ha laborado en la fundación del Ateneo y el pueblo de Bilbao ha ido paulatinamente aficionándose al mundo del arte, a la conversación sobre arte. Por eso conviene exponer claramente el importante asunto del renacimiento vasco. Yo creo que el país renace, pero que en muchas cosas se padecen equivocaciones.

El renacimiento vasco no puede ni debe definirse, sólo debe fomentarse y encauzarse. Si al renacimiento vasco como a cualquier renacimiento se le pudiese definir no habría de ser tal, porque en toda época de cultura hay algo inconsciente, algo divino, que es la personalidad, que es el genio.

Pero si no es lícito definir, es lícito corregir a medida que tal renacimiento se desenvuelve. Sería mengua nuestra permitir un seudo renacimiento y que se malograsen las actividades de hoy. Un seudo clasicismo en la Francia del siglo XVIII y en la España del XVII, señalan decadencia y servilismo; cultura mantenida sólo por el ideal clásico que aunque desfigurado servía de base a la época. Pero lo amargo fuera que la severidad y madurez de nuestro pueblo se ataviase con despojos del renacimiento catalán.

Nuestra raza, que es la vasca, debe tener conciencia de su superioridad sobre las demás, principio necesario para todo engrandecimiento.

Estará bien para Cataluña renovar las delicuencias trovadorescas, bien la prosa cándida y cortada de Xenius, bien la arquitectura del palacio de la música y de la iglesia de San José, bien los jardines y las melenas de Rusiñol, pero en el solar del canciller Ayala, de Loyola, de Enrique IV, de Ercilla, de San Cyran, de Peñaflorida, no ha de tomarse

lo sustantivo de otras regiones, sino extraerlo de la casta.

Este es el primer defecto que se nota en el renacimiento iniciado: la influencia de Cataluña. Las razones de ello son varias, principalmente políticas.

No quiere decir esto que no nos enteremos del renacimiento catalán, no; en él hay, sin duda, elementos con los cuales suavizaremos y perfeccionaremos nuestra cultura. Hay algo universal, que, por serlo, es de valor y debe asimilarse.

Estoy conforme con que los vascos estudien a Platón, pero no estoy conforme con que los vascos estudien sólo a Platón. Algo de esto sucede; un joven vizcaíno ha leído a Heine, a Kant, a Leopardi, a Spinoza, a Flauvert... es muy europeo, es muy amable, pero he aquí que no sabe nada de la historia de su país, y, al no saberla, claro está, aboga por un renacimiento fundado en sus lecturas extranjeras.

Los historiadores han precedido a los poetas y los poetas a los filósofos. En el país vasco hemos de empezar por la historia. César fué antes que Virgilio, y Herodoto antes que Aristófanes. Desconocemos nuestra historia, la clara historia del pueblo de los vascos, porque unos la han ensalzado hasta el ridículo y otros la han vituperado y negado con escarnio.

No es preciso hacer una disertación clásica sobre la historia maestra de la vida; basta una observación. Renacer significa hacer que de nuevo nazca algo; ¿cómo se dará el renacimiento vasco, si antes no nació? ¿Queremos, acaso, la instauración de un culto exótico? No; queremos que en esta nueva vida exista algo que sea personal, algo que signifique las virtudes del vasco, algo que sea flor de su odisea por el mundo. Para ello es necesario renovar, dar vida a elementos viejos en el tiempo nuevo. No hay que perder la conciencia del abolengo, porque, perdido éste, desaparece la familia.

Hoy desgraciadamente hacemos confusamente

nuestra historia, desconocemos la misión de nuestro pueblo, hasta ignoran la mayor parte cual fué la integridad del solar.

Si nos falta el elemento conciencia del abolengo, tenemos en cambio otro que por si sólo no es todo lo fecundo que pudiera ser. Tenemos presente y viva a la raza, oímos la vieja lengua aglutinante. En su observación estriba el éxito relativo de nuestros pintores, de nuestros músicos. La pintura y la música, como artes inferiores a la literatura, se nutren sin profundizar tanto en el espíritu vasco. Con todo ello nuestros pintores y músicos no harán el renacimiento hasta que sus almas se exalten con el conocimiento de nuestra vida de otras edades con la reflexión sobre ella. Miguel Angel leía a Virgilio mientras pintaba el juicio final.

Ange洛 Polinciano escribía a Mirandola y le decía «*in latio nati sumus*» nacimos en el país latino; esta es la conciencia del abolengo. Quiza la tengamos, pero falseada...

Hermosa idea incorporar la vida de los vascos a la vida del mundo.

Para que nuestro renacimiento fuera por tal tenido, había de ser universal, porque no se comprende renacimiento en un pueblo aislando de los demás. Como el emporio comercial se da allí a donde llegan naves de muchos y diferentes países, el literario tendrá lugar allí en donde las varias ideas de los hombres se comenten, seleccionen y sublimen.

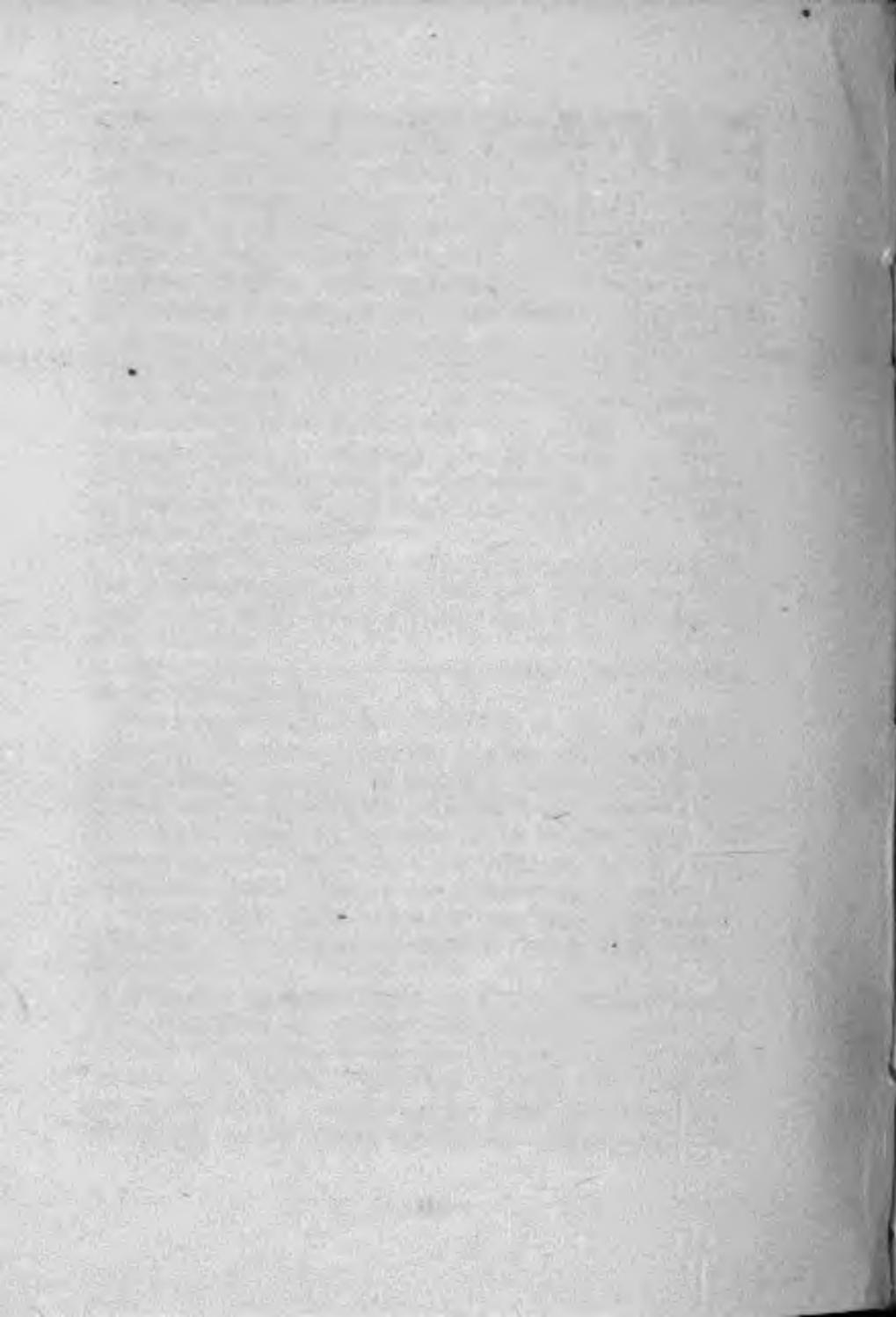
Pero a todas estas ideas hay que darlas lo personal, y para eso es preciso estar sobre ellas, no dejarse vencer.

Sólo hay un medio para no dejarse vencer; creer como Sigfrido que somos invulnerables.

Con el renacimiento artístico de un pueblo, está intimamente unida la libertad política. Este es un punto delicado e interesante. ¿Qué renacimiento podrá ser el de aquel pueblo que no persiga un

ideal? El ideal de los pueblos, como el de los hombres, es la dominación, atributo de la soberanía y de los dioses. El sentido político de nuestro pueblo está dividido, y, por lo general, equivocado; por eso en nuestros actuales artistas no puede haber exaltación, que es genio, que es renacimiento. Cuando Florencia perdió la libertad política, apagáronse las lámparas que ardían ante Platón, en el Palacio de los Médicis.

Noviembre-1915.



PALTA DE ESTUDIO

Es muy laudable el buen deseo, que sin duda, anima a los escritores que han tomado parte en las polémicas amistosas sobre el renacimiento vasco. Ello demuestra que tienen facilidad de escribir y erudición notable y que ensayan sobre asuntos del dia con sutileza y suficiencia. Pero a fuer de critico y saliendo por la verdad histórica, he de decir que todos los escritores que han tomado parte, que han hablado de renacimiento vasco, no tienen la preparación necesaria para terciar en negocio tan importante. Podrán conocer y desde luego les concedo, las literaturas modernas extranjeras; podrán tener a mano estéticas tan divulgadas como la de Croche; podrán disponer de colecciones de autores franceses e ingleses; podrán, en fin, estar familiarizados con Verlaine, Lemaitre, Anatole, D'Annuntio, Lotti y otros eminentes artistas de la palabra; pero para hablar de renacimiento vasco, esto vale muy poco, esto no es suficiente.

Para hablar de renacimiento vasco es necesario conocer, por haber estudiado, la historia del pais vasco, y esto parece es ajeno al talento del seudónimo *Cosmos*; al menos, sus escritos hasta el dia, le acusan un escritor fácil, pero inargumentado, invertebrado en cuestiones vascas.

Confunde usted, señor *Cosmos*, en su prosa, el renacimiento y el humanismo. Y es que usted copia

una definición cogida al acaso sin haber leído tal vez un solo libro impreso en aquella época.

¿Qué ediciones ha leído usted producidas en el Renacimiento? En su trabajo da muestras de no haber leído ninguna, porque hasta los adjetivos que pone usted al parrafito de Machiavello y el débil Piñio, son unos camelos intolerables.

Pero yo le perdonaría a usted la falta absoluta de lecturas respecto de Mantuano, Varchi, Becadelli, Merula, Trapezuntino, Vida, Verzosa, Chrysolora, Picolomini, Mirandola, Savonarola, Suave y otros cien y cien más, si usted hubiese leído algo siquiera de lo mucho que han escrito los vascos; pero sospecho que fuera de algunos historiadores estimables, como Labayru, Iturriza y los demás conocidos, nada ha leído *Cosmos*. ¿Cuáles son sus veladas dedicadas al estudio de estas cosas vascas? ¿Qué conocimientos le han dado, qué autores vascos ha leído? ¿Por qué pretender decir cosas vacías en la Prensa sobre renacimiento vasco, cuando se desconoce hasta lo más rudimentario de lo que han sido nuestros filósofos desde los aristotélicos hasta los independientes; desde los platónicos hasta los experimentales; desde los místicos hasta los jurisprudentes; desde los discípulos de Alberto Magno hasta los baconianos; desde los naturalistas hasta los escolásticos? ¿Con qué fuero puede clamar en la plaza de la república literaria quien no ha saludado a Báñez en su *Secunda Secundae*, ni a Arteaga en su *De liberis et posthumis*, ni a Menchaca en sus *Controversias*, ni a Elizalde en su *Forma verae religionis*?

¿Quién es el osado que tiene en sus labios la palabra personalidad vasca, cuando es cierto que nunca ha ojeado las obras canónicas de los vascos; el *De residentia*, de Carranza; el *Proginasmata*, de su tío Sancho de Carriaza; las 14 obras de Luco; los 70 volúmenes del bilbaíno Barco; los infolios impresos de León de Esparza, Navarro, como él dice, y las

interesantes obras de Ibarrola (Roma, 1610); Orduño (Venecia, 1584); Aguirre (Venecia, 1581); Gaztelu (Venecia, 1535); Vasurto (Salamanca, 1490); Almendáriz (Roma, 1611); Alava (Granada, 1554); Ayala (Colonia, 1545), y otras innumerables casi desconocidas, pero meritísimas?

Pero lo peor de esto, señor *Cosmos*, es que no es usted solo; lo peor es que en el caso de usted, están otros jóvenes de talento.

Tienen grandes conocimientos en otras materias, son poetas distinguidísimos, eruditos, selectos, caballeros sin tacha, pero de historia vasca una nulidad. Y es que no saben molestarse, que no quieren estudiar, que no creen en la raza.

Aman las prosas frivolas, las glosas efímeras orsistas, los libros ligeros, que caben en el bolsillo.

Todo cuanto sale en la Colección Nelson, en la Renacimiento, lo miran al instante; pero libros vascos nunca. Se rien de ellos malévolamente. Es la verdad. Yo quisiera que los nebies de sus inteligencias dieran alcance a estas cosas; es posible lo consiga. Y digo esto, porque he de confesarlo lealmente, creo que soy yo quien ha despertado en algunos el interés por la época de nuestros escritores del siglo XVIII, de nuestros filósofos amigos del país, de nuestros caballeritos de Azcoitia. Hoy no sé si se hará justicia a ésto, pero ello es cierto.

Mas dejémonos de estas cosas y convengamos ¡señores polemistas!, ¡señores escritores!, en que es necesario para hablar de renacimiento vasco conocer la Historia del país, haber leido a nuestros ilustres autores.

Pero no quiero terminar sin hacer algunas advertencias.

El renacimiento vasco que, sin duda, se va acercando, debe de huir ciertos defectos iniciales capaces de anularlo.

Tal vez nos dejemos influir por Cataluña y esto es intolerable.

Para aquel país mediterráneo estarán bien los glosarios deliquescantes de Xenius, bien la arquitectura del Palacio de la Música, bien los jardines y las melenas de Rusiñol, bien los hombres de una sola ciencia, pero el vigoroso pueblo vasco no puede ni debe acomodar su desenvolvimiento, sino a las peculiaridades éticas e históricas.

Si el pueblo vasco ha producido a un Ayala, a un Loyola, a Carranza, a Ercilla, a Enrique IV, a Vitoria, a Báñez, no dejará hoy de producir cabezas semejantes. Importa no vestirse con armas de acero extraño, teniendo en nuestras montañas hierro para fabricarlas.

Si el peligro de la imitación a Cataluña es grande, no es menor el incurrir en lo superficial.

Desgracia inmensa sería que, teniendo los ingenios vascos tanto que hacer en la aquilatación de los elementos vascos de orden jurídico, literario y filosófico, se empleasen en labores de un día, hechas al vuelo, y más propias para entretener damas desocupadas, que para disciplinar generaciones en doctrinas conducentes a la hegemonía y al panvasquismo.

Sería mengua de nuestra personalidad si despreciando el inexplorado tesoro de nuestra historia, nos diéramos a exóticas literaturas ya decadentes y avenadas por la guerra, en las cuales parecen hallar deleite quienes, teniendo obligación de conducir espiritualmente al país, lo ponen ante los limitrofes en ridículo con sus piruetas arlequinescas y sus sentimentalismos a lo Colombine.

Nuestro renacimiento debe de ser precedido por la renovación histórica, porque en todo renacimiento, los historiadores han precedido a los filósofos y éstos a los poetas.

Pueblo que no tiene conciencia de lo que ha sido,

no tendrá fuerza para ser; esta conciencia se forma en la historia y nuestra historia está falseada.

Savonarola dijo un dia a los florentinos: ¿queréis la prosperidad de Florencia? «leggi tutte le istorie antiche». «Vale más la fuerza del espíritu que ninguna otra cosa.»

Diciembre-1915.



CONCEPTO SOBRE

NUESTRO RENACIMIENTO

Sólo dos palabras para fijar mi concepto sobre el asunto «Renacimiento vasco». Habiendo sostenido en mis escritos su existencia, no quiero se atribuya a rectificación mi silencio. Creo, como he creído siempre, que el renacimiento del siglo XV, originado en Italia, fué un renacimiento universal, y que por él en aquella época fueron influídos todos los pueblos civilizados. Sostengo que el país vasco experimentó el influjo de aquel movimiento y tomó en él parte señalada colectivamente y por medio de individuos representativos de la raza.

En este sentido, afirmo que ha existido el renacimiento vasco, como existió el renacimiento francés, el alemán, etc.

Pero hay más; la personalidad vasca se había revelado con anterioridad al renacimiento italiano, y el reino de Navarra, núcleo de nuestro pueblo, jugó en los siglos XIII, XIV y XV un papel importantísimo política y literariamente. No importa que la personalidad vasca no se haya revelado únicamente y en el terreno literario en obras escritas en vascuence, porque por encima de la lengua de un pueblo, está su alma, está lo ético de la raza, que es lo verdaderamente representativo.

Negaríamos a Italia la gloria del renacimiento humanístico si pretendiésemos de sus sabios obras

en lenguas romances, porque desde Valla y Ficino, hasta Paulo Jovio y Sabelico escribieron en latín, lengua de la filosofía que informaba todos los estudios.

Para justificar la personalidad del pueblo vasco, nos bastaría con la figura de San Ignacio de Loyola, que en el terreno contrarreformista se tiene en pie ante Miguel Angel en el arte y Paracelso en la filosofía natural; nos bastaría con Ercilla el Sutil, oráculo de toda Italia, como afirma el humanista eximio Sepúlveda, y nos bastaría, sobre todo, con presentar al Tribunal de la sabiduría nuestros Códigos legislativos, que descubren en sus decisiones una organización modelo y una constitución familiar sin ejemplo en la historia.

Esto es algo de lo que hemos sido, pero tengo fe viva en nuestros futuros destinos, y sólo me inquieta en pensar que por falta de creencia en la propia personalidad, nos demos a imitar el renacimiento catalán, sin duda menos vigoroso que el nuestro, y demos entrada en nuestra literatura a la frivolidad de la prosa francesa, tan contraria a nuestra manera.

Diciembre-1915.

VI EN FAENZA Y PISA

Interlocutores del diálogo:
Felipe de Guevara y Ambro-
sio de Onderiz.

Felipe.—He llegado hace poco de tierras napolitanas y me admira Ambrosio, la perfección que tiene la arquitectura en aquel país y aún otras muchas cosas.

Ambrosio.—¡Señor! Con la buena acogida que tuvisteis por vuestro claro linaje en la corte del César, sin duda pudisteis admirar las grandezas de Italia.

Fel.—Ciento que las admiré, las examiné y saqué de ello gran provecho para encaminar toda obra hacia lo admirable y lo agradable, porque allí se ha formado de un siglo a ahora una tierra de florecientes repúblicas, en donde son felices los principes porque rigen a tal pueblo, y los pueblos porque de tales principes son regidos.

Ambr.—A fe mía que había yo de viajar por donde decia si se me ofreciese coyuntura, y había de serme útil y agradable.

Fel.—Tenéis razón, y ya que yo he visto y observado, os he de narrar lo que vosotros tanto deseáis ver y observar, y viiniendo a vuestro oficio, que es el de maestro alarife o cantero, sobre ello os diré varias cosas.

Ambr.—Ciento, don Felipe, que es este mi oficio, y tal me terciara por ser segundón, que es mi solar

conocido y de buenos hidalgos, como vuesa merced sabe.

Fel.—Me maravilló, Ambrosio, sobremanera, ver toda Italia florida con arte, aumentada de pequeños principios en grandes por industria de singulares operarios que, poco a poco, fueron perfeccionándose en su oficio particular. Tal vi en Florencia, Pisa, Mantua, Siena, Ferrara, Faenza, Pavia, Perusa y Monferrato.

De un oficial salió un gran pintor y de un aprendiz se formó primero el compañero y luego el maestro. Leo Alberti dice en su «Obra de construcción» cosas muy útiles para trocarse el obrero en artista.

Ambr.—¿Y qué visteis en esas ciudades tan de maravillar?

Fel.—Vi en Faenza y Pisa un barro esmaltado en colores, lo cual en España llaman vidriato. Ingeniosamente se labra con gentil diseño de figuras y diversidad de colores en urnas, tazas, ánforas y cráteras.

Ambr.—Algo de lo que decís usamos en el oficio cuando en una cámara adornamos con chapado o pared de azulejo.

Fel.—No es del todo igual, porque los azulejos labrados de Faenza y Pisa muestran las paredes de ellos con el diseño de alguna poesía o historia.

Ambr.—¿Mas qué manera emplean para venir a trazar dibujo tan hermoso?

Fel.—Daria yo a este universal diseño para lo alto de la pieza su alquitrabe, friso y cornisa, con su perspectiva de proyecto que llamamos bulto; y desde luego holladero para lo alto, la cantidad necesaria conforme a la cámara que ocupase una cinta, como se acostumbra a hacer en los azulejos.

Ambr.—¿Y no sería bien meter entre el alquitrabe y la faja baja una ordenanza de figuras acomodada a la historia y poesía?

Fel.—Veo, Ambrosio, cuánta disposición muestras para el decorado.

Ambr.—También se podría variar esto otras veces con partes de arquitectura y perspectiva.

Fel.—Después de hacer esto habías de meter las piezas en las paredes con materia que fuese seca y fina, como estuco o yeso sin humedad.

Ambr.—Por aquí no siendo barro de Talavera no se podría hacer tal obra.

Fel.—Y no es solamente esto, sino otro punto más grave, y es el que en Faenza y Pisa saben fijar los colores en el fuego y con variedad de ellos.

Ambr.—Veo, mi señor, que muchas cosas hemos de aprender de Italia ¿mas dijistéis al principio que todo salió de manos obreriles?

Fel.—Oportunamente me lo recordáis, porque la delicadeza de estas cosas de orden, pintura, colores y fijaciones, es sólo resultado de los obradores y suele acaecer salir de un obrador un artista.

Ejemplo tenéis en Luciano, que en la antigüedad fué tan gran artifice, y en Cellini, que hoy dia está su fama por el mundo, y aun en Palyssi, aunque no alabo el gusto de éste por ser recargado y lo que los italianos llaman *grote*.

Ambr.—Pienso también yo que las porcelanas de Palyssi son menos hermosas que las de Faenza, y ya que de Bernardo Palyssi hemos hablado, sin duda que vuesa merced podría decirme algo de un pintor que fué hombre extraño y eminente, de Hieronimo Bosco.

Fel.—A punto me lo decís, porque días atrás hice unos estudios sobre Pireico, pintor adrede en cosas bajas, pues pintó barberías, zapaterías, asnos, despensas y cosas semejantes, y este tal en algo creo yo que se parecía a Bosco. Este buscó tales de hombres donosos y de raras composturas para pintar. Y todo cuanto tuvo de prudencia, decoro y discreción, tuvieron de falta sus imitadores, principalmente flamencos. Mas mira, Ambrosio, estas cosas son ra-

ras y no deben imitarse sino admirarse, que empresas hay dignas de nuestras manos.

Ambr.—Siento como vuesa merced, y tened por seguro que yo en mi oficio de cantería, tengo esperanza de llegar a ser buen alarife y luego maestro arquitecto.

Fel.—Buenos pensamientos tenéis, mas habéis de fijarlos en asuntos de vuestra orden, porque en una cosa podremos salir notables, pero en varias difícilmente.

Unid la teoría a la práctica y la observación de vuestras obras a la lectura; pensad que lo bello se realiza poniendo en cada cosa, por pequeña que sea, la perfección de que la misma es susceptible y nuestra perfección, que es la llama del genio.

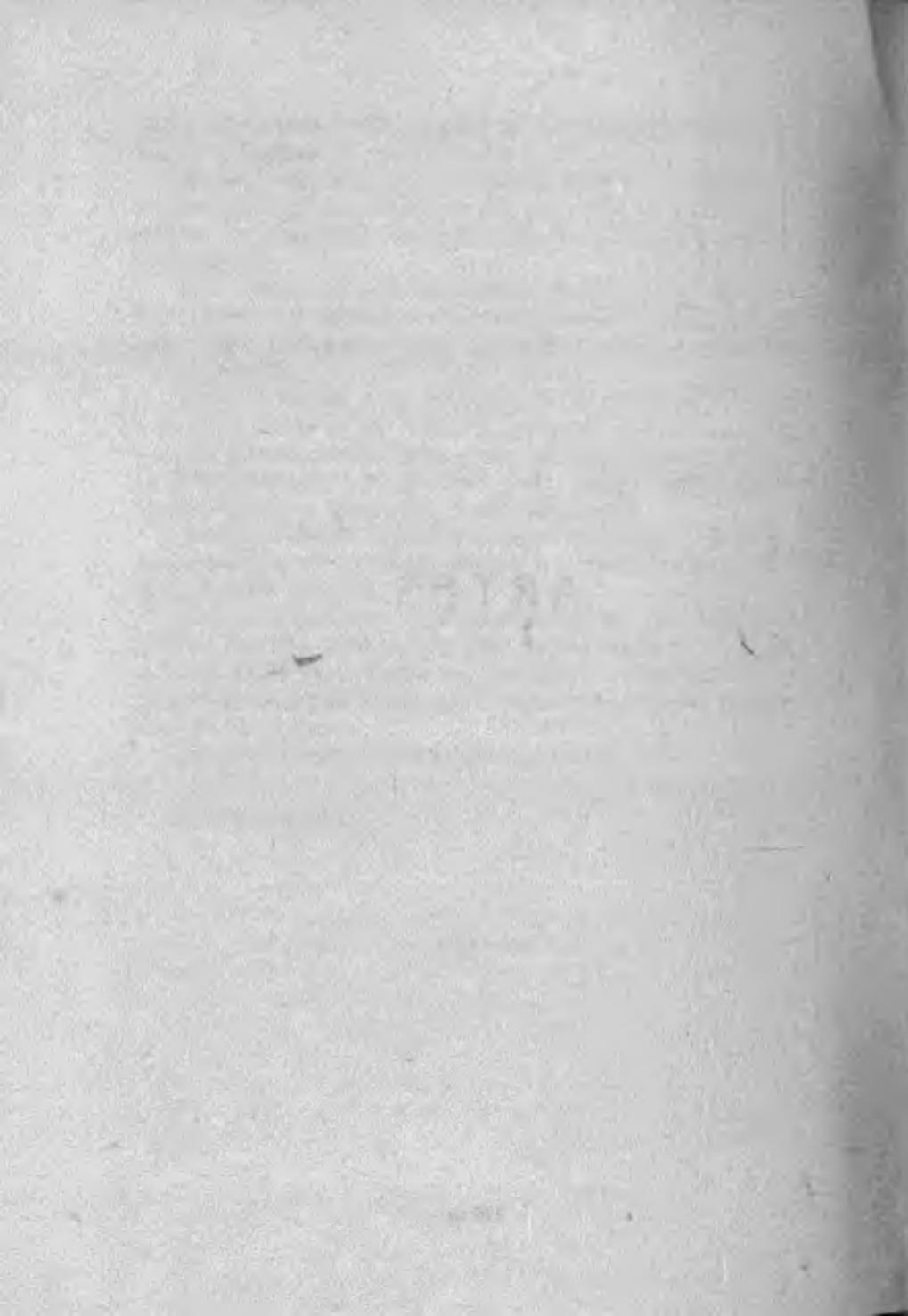
Ambr.—He de seguir vuestras órdenes y consejos, que con ellos hasta ahora he vencido las dificultades de mi arte.

Fel.—La tarde va declinando, el sol se esconde tras el Gorbea y en mi palacio de Guevara ha sonado la hora en la vieja torre del homenaje. Mañana, caminando hacia el Zadorra, disertaremos de la variedad de la pintura

Ambr.—Señor, a Dios pido por vos.

Diciembre-1915.

ARTES



LA ÓPERA VASCA

ANTECEDENTES

Una de las características de la raza de los vascos, es la emigración. Los vascos, decía un sabio, creen tal vez demasiado en el trasplante. Esta emigración de que hablamos tiene lugar no sólo en el orden material, en el verdadero sentido etimológico de la palabra, sino en todo concepto.

Aquí, al emigrar la raza, ha emigrado la inteligencia en Báñez, Vitoria y Larrea; el valor, en Elola y Gamboa; la diplomacia, en Hurtado de Salcedo y Ayala; la espada civilizadora, en Legazpi e Ibarra; la marinera, en Oquendo y Garay; la voluntad, en Urdaneta y Loyola; la poesía, en Ercilla y Múgica; la pintura, en Jáuregui y Zuloaga; el teatro, en Zabaleta; la historia, en Garibay y Sandoval; la caligrafía, en Madariaga e Iciar; la música, en Arrieta y Eslava; la nobleza, en los Guevaras y Zúñigas; la mitra, en Orbe y Zumárraga; la filosofía, en el doctor Navarro y Esparza; la ascética, en La Puente y Cyran; la ambición, en Zavala y Xavier; la herejía, en Lizárraga y San Cyran; el enciclopedismo, en el Conde de Peñasflorida y Urquijo; la oratoria, en Araoz y Eguia; la erudición, en Casajara y Salazar; la bravura, en la monja Alférez y Echaide; la galantería, en el Conde de Oñate y el Duque de Granada; la privanza, en Andia y López de Lazcano; la retórica, en Olave y Guevara; la bibliografía, en Mendoza y

Sagarmínaga; y al emigrar estos personajes o al sentirse su influencia en países lejanos, se dió un hecho singular. El empuje y vigor que prestaron en sus actos a toda empresa, a toda nacionalidad, a todo desenvolvimiento del espíritu.

A estos confines de los vascos se vino a buscar todo y de todo se encontró aquí; en el siglo de los descubrimientos, descubridores; en el de la religión, ascéticos varones; en el de la hidalguía, hidalgos; en el del arte, artistas.

Hoy se busca ópera vasca, ópera ibérica, ópera que refleje dos mentalidades: la mentalidad etnológica de la raza ibérica, diluida en la actual española, y la mentalidad nobiliaria de los aristócratas de España, nervios cántabros de la nación.

No se formó la ópera española, ni se pudo nunca formar. Hoy se investigan las verdaderas orientaciones, se labora con acierto, se está labrando un nuevo timbre glorioso para los pueblos ibéricos.

La ópera española no pudo ser nunca escenario de chulos y manolas, resabios de la influencia árabe, ni sirvió de argumento a caracteres extranjeros, nunca adaptables a nuestra personalidad. El asunto de ella en vano se buscará en la presentación abigarrada que ofrecen las zonas exóticas, cuando hubo reyes y cortesanos, que no hablaban en «castilla», cuando la indumentaria era francesa o alemana y la arquitectura degenerada por influencias de Italia.

En España, debe sostenerse, no ha existido nunca la ópera moderna; ha habido genios musicales, pero nadie supo recoger los elementos odeónicos y cristalizarlos.

La opereta o zarzuela es un pequeño triunfo, pero todos los temas y desarrollos armónicos que se presentan en las partituras, no forman un sistema, no obedecen a una orientación; sólo convienen en la ligereza de sus argumentos y a veces de la composición musical.

Como el movimiento hacia la zarzuela lo recibió España de este país, así ahora tal vez reciba la influencia de la ópera bajo su acepción de ibérica.

Gaztambide, Peña y Goñi, Arrieta, impulsaron la zarzuela; quién sabe si las figuras odeónicas de esta tierra impulsarán y darán origen a la ópera vasca en su mayor apogeo.

Niegan escritores haber existido aquí tradición artística, y hacen extensiva esta afirmación así a la pintura, como a la música y demás bellas artes.

Sólo la ignorancia o la poca penetración psicológica puede justificar tales aseveraciones.

Precisamente surge hoy entre nosotros la ópera vasca, porque entre nosotros tenía antecedentes.

¿Acaso se presenta un fenómeno sin su causa? ¿Tal vez los hechos de la Historia no tienen riguroso encadenamiento?

La ópera vasca de que venimos hablando tiene sus causas remotas, sus impulsiones próximas, sus circunstancias dignas de estudio en la modalidad de la raza, en los acaecimientos históricos, en la topografía y orografía del solar.

Razas hay que gustan de la música, pero que no pudieron hacer surgir a la música en la sucesión de muchos siglos. Indígenas americanos, quedaban sorprendidos al percibir la sonoridad de un instrumento en medio de las selvas, y a su dulce son, eran atraídos por el explorador o misionero.

En nuestra raza no hay tal; su modalidad odeónica debió ser muy acentuada; cuando hizo animar al genio de la música y ya primitivamente compuso letra para ser entonada.

El vasco tenía el vigor, la sanidad, como características de su raza, y debían presentarse, exteriorizarse con expresión atendible; y aquí empieza el arte vasco, la tradición halla aquí su origen, porque Gounod escribe que «el arte es expresión».

Dos estados anímicos tiene el poeta: el de gloria

y el de pena; bajo la impresión de aquél, entona himno de triunfo; bajo la de éste, gime elegiacamente.

Estas dos manifestaciones siguen diversos pueblos, o uno mismo circunstancialmente.

Hay razas cuyos cantos son lágrimas, y naciones cuyos cantares son alegrías. Los cantos septentriionales gimen casi siempre y no satisfacen el alma en todos sus estados. Hay muchas razas que llevan en sí una vida sin esperanza, un pasado de langüideces históricas. No conocen el vigor; faltales este manantial del arte.

A la condición de nuestra raza, musicalmente, dió realce la asonada histórica; al cantar se expresa el pensamiento, que no halla palabras en el léxico. ¿Qué sentir alto y pensar digno puede tener un pueblo no sujeto a convulsiones históricas en propia defensa, en son de lucha? Este pueblo no será odeónico, porque no fué guerrero; será una agrupación indiferente de existir pobrísimo.

Cuando las huestes de Augusto nos atacaron, cuando Aníbal pasó por la tierra vasca, cuando el godo apareció y desapareció súbito, debieron oírse las primeras tonadas y cantos vascos.

La lengua vascongada háblase en un espacio de tonos que admite diversas notas, ascendiendo gran parte del pueblo hasta el sol y originando una cadencia agradable y típica. En esto los vascos pueden parangonarse con griegos y latinos, que hablaban con cierto ritmo y recitaban versos ofreciendo un verdadero canto y es cosa fácil de conocer examinando la analogía de la métrica del Lacio con un compás.

De los *sansos* o gritos de guerra y de la misma construcción de la lengua origináronse los pequeños cantos y luego la música popular, que fué fecundísima, aunque muchas cadencias nos sean desconocidas.

El *versolari* o bardo era el que recogía los diver-

sos cantares y los modificaba, abreviaba o alargaba según su especial sentimiento.

Examinadas estas cuestiones previas, visto el equivocado camino que se tomó al intentarse la ópera española, sólo nos queda recordar los inmediatos antecedentes de la ópera vasca, para detenernos luego en lo que debe ser, en la perfección a que debe ser encaminada.

Del siglo XVIII es la ópera «Gabon sariak» atribuida, en cuanto al libreto, al Conde de Peñaflorida, y en cuanto a la partitura, al maestro Dauzaria. Documento es este que ha merecido la atención de críticos y eruditos eminentes.

Apenas ya encontramos nada que contribuya a la ópera vasca hasta el año 1824, que sirve a Iztueta para imprimir los cantos populares vascos.

A mediados del siglo XIX se inicia un movimiento bastante fecundo hacia la música vasca y en tanto que los zortzikos de Iparraguirre vulgarizan este género de composición relativamente moderno, Sorroa, Guimón, Baroja y otros trabajan en producir ópera o zarzuela vasca.

Ya los músicos vascongados han observado los elementos odeónicos de las tonadas populares y su labor será recogerlas y armonizarlas.

Azkue, Valle, Torre-Múzquiz, figuran en esta empresa Fórmanse ya las masas corales y el maestro Zapiain ofrece «Chanton-Piperri», que, no debemos negarlo, aparte sus defectos, fué obra de influencia definitiva y de éxito indudable. Nos acercamos al periodo de transcendencia, a la época histórica en que la ópera vasca presenta en sus producciones el carácter de lo durable y estético.

Pero emigra, y hoy en Barcelona y mañana en París y luego en todas partes, se ofrece original y sencilla como una tonada indígena del país vascongado.

CUESTIÓN PREVIA

Antes de señalar las definitivas orientaciones que han de conducir a su apogeo a la ópera vascongada, se nos presenta una cuestión previa, que siendo para nosotros sencilla y evidente, quizá resulte para algunos discutible, rechazable.

No definimos ni queremos imponernos, porque esto es de voluntades firmes, de sintéticos entendimientos. Damos nuestro sentir, que podrá ser defectuoso, pero que siempre será fiel.

Porque la meditación procede a la composición musical y el pensamiento al canto, conviene tratar del asunto literario antes que de los temas a desarrollar.

Quienes en la ópera alcanzaron triunfos, quienes la crearon y extendieron, tornaron por libretos de sus partituras hechos legendarios, mitología nacional, asuntos, en fin, efectistas.

Muchos encontraron obras célebres y en ellas amplio margen a su inspiración. Goethe y Schiller, quedan por Weber y Wagner inmortalizados, y los grandes poemas nacionales hallan evolución odeónica en el autor de las Walkirias.

Aquellos libretos son clásicos e ingenuos; son el armazón vistoso, pero débil, de una música incomparable.

Son como leyendas, ora hermosas y delicadas como «Guillermo Tell», ora horribles y trágicas como «Las Walkirias», bien sentidas y poéticas como «La Favorita»; pero muchas veces son inverosímiles, por eso nos hacen sonreír.

El «Decamerón» de Boccaccio, «Las mil y una noches», «El Patrañuelo», pudieron divertir y aun merecen atención seria a los señores florentinos, a los bárbaros cruzados, a los castellanos andariegos.

Nuestra época no es pueril en la creencia, es pueril en la indiferencia.

En resumen: la leyenda debe ser admitida con prudencia y también en la ópera vasca, y la realidad histórica con caracteres poéticos accesorios.

La mitología y la leyenda pueden ser parte de un libreto, mas no todo él.

El apego de nuestro pueblo a lo legendario se originó en el de la contemplación de la realidad. En toda leyenda late un fondo de verdad, un hecho, un acaecimiento pasado.

Yo creo que la leyenda es generalmente de limitada duración, y si es demasiado antigua, cae en olvido. Arana, el luso Herculano, Araquistain, Trueba, Arcaya, el inglés Weber Winsord y otros escritores de nota, colecciónaron y conservaron los hechos legendarios esparcidos aquí y allá; mas ¿quiénes entre las gentes populares tienen noticia de ellos por tradición?

Siendo la leyenda esférica y pronta a transformarse y desaparecer, la música vasca debe apartarla de si y no admitirla para sus libretos.

Si lo inconstante de la leyenda en si y su decadencia en nuestra época no fuese bastante para disentir de ella, bastará un solo argumento para hacerlo definitiva y valientemente.

En la «grandeza real de nuestra abundante historia» estriba nuestra defensa.

A ella debemos acudir para buscar argumentos; en cada época, en cada siglo, en cada edad, encontraremos diversos caracteres, pero en todo el transcurso de la historia, excitará nuestra aptitud musical la misma raza, la misma nacionalidad, casi el mismo escenario.

En los primeros siglos, poco o nada hallará el libretista idóneo para su finalidad.

En los siglos VIII y IX empieza a fraguarse nues-

tra nacionalidad y se originan los Señores y Casas-solares.

Aquí se presenta una época de suma curiosidad, aptísima para asunto de ópera.

Los siglos XIII y XIV, son la época más gloriosa para los privativos Señores de aquí; ellos eran simbolo del pueblo que los eligió democráticamente; ellos, conscientes de su categoría, considerábanse soberanos y usando de insignias reales, de oficios palatinos, de recreos regios, merecía que se dijese eran «iguales de reyes».

¿Cuán interesante no sería tratar todo esto musicalmente, donde los sentimientos se asientan más y las facultades se activan sobremanera?

Si el periodo pasado representa la hegemonía de los Señores, el siglo XV simboliza el espíritu de los banderizos.

Es cuando la guerra adquiere una magnitud épica y lo real es tan supremo y emocionante, que al escuchar las asonadas y presenciar las luchas de aquel tiempo, nos parece asistir a un combate de ciclopes, a una batalla de dioses mitológicos.

En este siglo podemos los vascos informar no sólo el libreto, sino también la música o partitura.

¡Y tal vez, nunca lleguemos, no digo a superar ni siquiera a igualar, la espantosa realidad de la centuria, verdaderamente de nibelungos, porque pasó la patria desde el año del Señor de 1399 hasta el 1523, en que se esfumaron los temibles solariegos.

Presenta el siglo XVI al libretista, carácter y semblanza de otro género, porque encauzada la anarquía se convierte en valor y audacia, y a la guerra de bando sobre «quién valía más» sucede la empresa militar o marina, y entonces fué cuando los vascos por mar y tierra supieron cubrirse de gloria; cada hazaña de Legazpi, Urdaneta, Ibarra, Elcano, Urbie-ta, Oquendo, es asunto para un libreto.

En este siglo tiene lugar la emigración y la deri-

vación de innumerables familias españolas de linaje vasco.

Asunto que encierra en sí observaciones y detalles dignísimos de ser estudiados.

Tanto en este siglo XVI, como en la primera mitad del XVII, se nota la fecundidad intelectual del país vasco, punto que simbolizado pudiera tener un éxito duradero.

¿Acaso en los «Maestros Cantores» no simbolizó Wagner la reforma? ¿Por qué no habíamos de simbolizar nosotros el espíritu contra la reforma, que parece se vinculó en un genio vascongado?

Los siglos XVII y XVIII son, a mi ver, los que ofrecen caracteres menos genuinos y nada fuera del origen de algunas leyendas y alguna que otra asonada, presagio de la guerra del 35, puede recordarse. Cierto que en Trafalgar, Buenos Aires y Estados Unidos no nos faltaron héroes; ni talentos diplomáticos en la Corte de España.

El siglo XIX es grande en sus guerras civiles y es triste en su desolación intelectual y tal vez la herida política aun no restañada, impida tratar asuntos históricos de tanta actualidad.

Por lo demás, la desaparición de un régimen milenario, y la lucha de los últimos iberos por conservar su vida y tradición, no deja de ser interesante.

Fijándose en el transcurso de estos siglos, los argumentos se ofrecerán pródigos al libretista y según su modalidad, su espíritu, podrá acoger unos y desechar otros.

Nosotros al defender la historia real, sobre la leyenda, no rechazamos ésta absolutamente, pero en el país vasco preferimos aquélla.

Tampoco sostenemos la historia por la historia, sino la historia como fuente de dos inspiraciones, la del libretista, la del compositor musical. Ni miramos la historia como letra muerta, como acontecimiento pasado sin influencia. No, creemos que el porvenir

se encadena con el pasado, y que no es lo mismo imitar el hecho de nuestros mayores, que ceñirse a admirarlo; labor de razas muertas y sin ideales.

Bajo la hazaña histórica puede encerrarse un consejo, una orientación, un impulso transcendental para la actuación presente y venidera. El caballero Walther Stolzug de los «Maestri» significa en su nuevo modo de canto, el nuevo ideal eclesiástico de la Reforma.

Y en nuestra ópera, el valor de Lope de Salazar cuando hizo huir al Corregidor real, puede simbolizar el carácter nacional.

De Wagner, si rechazamos lo legendario, debemos abrazar lo plástico, lo escenográfico y demás cualidades del genio. Punto que necesita mayor espacio para desarrollarse.

ELEMENTOS PRIVATIVOS

Sería hermosa realidad poder presentar a nuestra ópera con la grandeza que emana de lo histórico, con el supremo canto de los elementos indígenas. Tal vez objete alguno ¿acaso si nos fundamos en la historia, no vendremos a dar en la semejanza, en la monotonía de asuntos ya tratados y conocidos?

La defensa de lo que venimos sosteniendo se apoya en razón contraria; la historia del pueblo vasco que la partitura había de inspirar, no sólo no ha sido tratada por compositores naturales o extranjeros, sino que ni siquiera es conocida.

¿Qué efecto, por consiguiente, no causaría en el público presenciar hechos de tal relieve, por primera vez, y contemplarlos en su grandeza virgen, en sus aborigenes incontaminados?

A todo daria realce lo privativo que ofrece nuestra historia en cuanto a los caracteres y personajes,

en cuanto al ambiente escénico, en cuanto a los accesorios teatrales.

¿La ópera wagneriana es sólo nacional por el compositor germano, por la música, fiel expresión de la raza? No, los caracteres etnológicos, sociales e históricos, el paisaje y la arquitectura, contribuyen en gran manera al conjunto grandioso y genuinamente popular de las presentaciones.

Y he aquí que nuestros caracteres, lejos de confundirse con los de otras regiones, son esencialmente distintos, y sus costumbres y valor los hace interesantes y dignos de atención.

Entre los personajes que pudiéramos llamar reales, están el arriscado banderizo, el venerable eche-cojaun, la inteligente eche-coandrea, el bardo, el respetable Corregidor, el robusto labrador, el hidalgo, el infanzón, el rico-hombre, según la época.

Los personajes en cierto modo ideales, son el escudero aficionado a la astrología, otro escudero decidido y gracioso, la bruja o sorguiña, el falso ermitaño, el basojaun o señor del bosque.

Todos los citados personajes pueden servir para la composición del libreto, donde aparezcan voluntades definidas y semblanzas acabadas, donde campee el conocimiento de los hombres y de las cosas, de los móviles del corazón humano, de las impetuosas pasiones, de los actos heróicos.

Los coros pueden tener en esta ópera épica gran amplitud y diversidad, pudiendo constarse el coro de escuderos, labradores, halconeros, pastores, romeros, ferreros, mozas, hilanderas, aizkolaris, pankaris, versolaris y marinos.

El protagonista de la obra será diverso, según el plan. Si queremos ensalzar el valor, un guerrero nos servirá cumplidamente. Si satirizar la superstición y el vicio, la sorguiña nos ofrecerá diferentes circunstancias. Si alabanza de la mujer, fijémonos en la eche-coandrea. Si vituperio del orgullo mal entendido,

do, ahí tenemos al pretensioso banderizo. En fin, si deseamos simbolizar a la nacionalidad, empleemos estos personajes y busquemos el hecho histórico de verdadero valor y transcendencia.

Personajes como los enumerados, existen en otros pueblos y regiones; pero siendo los de aquí muy diferentes y caracterizados, sólo queda la habilidad del compositor, que lejos de disminuir, acéntue las líneas de la raza.

Banderizos orgullosos hubo en Italia y Francia, pero ni unos ni otros eran como los nuestros. El Señor florentino o milanés era si guerrero, sabía más lucir la espada, que quebrarla en buena lid. Nuestro banderizo la quebraba mejor que la lucía.

En lo típico de los otros caracteres no hay para qué detenernos, mas pudiéramos establecer líneas diferenciales respecto de otros países y tipos. Tenemos el de la bruja, que es clásico y exclusivo.

Claro está que llevados al teatro tales personajes, la indumentaria, mobiliario y costumbres, habían de responder al conjunto; y precisamente aquí en lo difícil de la práctica, exacta y fiel, tiene defensa la decidida orientación de nuestros compositores actuales hacia el lirismo moderno en la ópera y desatención casi general de todo asunto épico y antiguo.

Si es importante el conocimiento y estudio de los personajes, es importantísimo la precisa disposición y reproducción del paisaje, que puede ofrecerse en aspectos tan variados.

La orografía e hidrografía del país vasco presentan ambientes llenos de colorido y poesía. La botánica, la fauna, el sembrado, deben ser característicos.

Al contemplar las cordilleras de Vasconia, al ver las espumosas rompiéntes del Cantábrico, se nos muestra un cuadro grandioso y magnífico: la Naturaleza indígena, la lucha de los elementos.

Todavía causará más impresión, si al conjunto

de la ópera damos realce con algún pasaje extraordinario, con alguna construcción peculiar.

El canto y los dúos, los coros y los solos, causarán honda impresión al ser entonadas en el misterioso aquelarre o entre las murallas de una torre secular.

Aquí se presentan al estudio del compositor literario y musical, dos asuntos: el conocimiento de la arquitectura de la época y el fomentar la ecolatria o veneración a las vetustas mansiones.

En la arquitectura débense distinguir en el país vasco, la profana y la religiosa. En la religiosa la iglesia, la capilla, las tumbas funerarias, los mausoleos históricos, las abadías legendarias, los monasterios antiguos. En la profana, existen tres viviendas donde se desenvuelve la acción; la torre primitiva cuadrada y sus transformaciones, con galerías de ancho ventanaje y balcón corrido de los siglos XV y XVI respectivamente; el caserío con su tejado peculiar, su zaguán, su emparedado y su escalera lacustre; la casa solar con amplio balconaje, nobiliarios escudos y torreones laterales del siglo XVII.

El recuerdo y aportación de estos elementos a la ópera vasca, le dá plasticidad y carácter genuino, cosa que más se consigue por el conjunto fiel, que por el solo artificio de un elemento.

Las ideas que anotamos pueden ser la materia prima para el compositor, pero luego viene la coordinación y meditación de todo para conseguir la finalidad propuesta y esto es precisamente la psicología de los autores, que obren con mayor detenimiento.

LA TÉCNICA

Tratamos de las orientaciones de la ópera vasca; nuestra labor señalaba una tendencia. Rechazamos

la leyenda como infantil y engañosa, fundamentamos nuestra teoría a base del suceso histórico, sin romanticismos, sin sentimentalismo. Hoy perseguimos el asunto, que es de actualidad palpitante con los triunfos de un compositor vasco como Usandizaga y las audiciones de «Maitena» en Bilbao.

Para todo arte es necesaria, todos lo sabemos, la técnica. Floraciones espontáneas las hay, pero imperfectas. La naturaleza se perfecciona por el arte. Pero en este asunto de la ópera, la técnica no es todo. Puede haber inspiración en el compositor, acierto en el libretista, perfección y justeza escénicas, ejecución musical correcta; todo esto sin una lengua adaptable a la ópera, no significa nada.

Las lenguas latinas, como el italiano y el francés, son adaptables a la ópera; la lengua castellana, llena de sonoridad y gentileza, podrá plegarse a la rima armoniosa de un soneto, pero nunca al asunto de una ópera que pretendiese ser española. Los españoles terminan demasiado bien las voces de la lengua castellana para que puedan musitarse las palabras al compás de un trozo musical.

Soñar con la ópera española, es una vulgaridad; la tragedia de España, es una tragedia que se desarrolla entre la risa y la zambra, incapaz de admitir sentimiento hondo que no sea amor bohemio o sátira política.

En una obra musical española, podrán figurar todas las «coupletistas», todos los cantantes de aires españoles y todos los ciegos de romería; pero nunca resultará una ópera, sino lo que ha resultado, una zarzuela donde los coros se introducen de vez en cuando, sin natural presentación.

Yo me he lamentado más de una vez de la deserción que los músicos vascos del siglo pasado hicieron de su tradicional manera.

Podíamos hoy tener ópera vascongada y sólo tenemos zarzuela.

Arrieta, Doyague, Ledesma, Gaztambide, Gorriti, etc., etc., desertaron y creyeron hacer su vida más meritoria no componiendo música para libretos románticos y detestables y para versos sin encanto ni color, un trabajar sobre temas populares y casi perdidos, desarrollando con inspiración su pensamiento.

Para que no se diga que no hablo claro, diré primeramente, que pues ha triunfado en la opinión el señor Usandizaga, aplauso merece por su labor; pero, como crítico, le manifesto que podrá, aplicando a temas actuales, hacer una música maravillosa; más que nunca encontrará en los libretos castellanos el camino de lo que entendemos por ópera.

Los medios de que se vale un compositor como el señor Usandizaga son muy lícitos, y él es dueño de emplearlos como quiera; así lo hicieron los músicos de la pasada época; sus obras triunfaron, sus obras pasaron, y hoy nos entretienen de vez en cuando, porque nos representan una etapa de profunda decadencia.

¿Y la técnica del compositor vasco, dirá alguno, en qué consiste?

El compositor vasco debe conocer el espíritu del pueblo en que nació, conocer la lengua vasca, o por lo menos, asimilarla con facilidad; estudiar los cantos populares, que son sin cuento; conocer lo escrito hasta ahora por todos los vascongados, desde Vizcardi hasta Zubiaurre; «observar la música de la Naturaleza», que se deja sentir en la tierra vasca; la rueda del molino que gira, el golpe del mazo en la fragua, el canto de la era, el sonido del alboque, etcétera, etc.

Dice entre otras cosas Esteban de Arteaga, que todas las artes imitan a la Naturaleza, lo cual es certísimo y digno de saberse, para sacar alguna práctica consecuencia, como la de que venimos hablando.

Esta es la técnica vasca, y no el hacer un libreto

sobre un tema vulgar, poner la música por el contrapunto e introducir, si a mano viene, un tema del pueblo, que debiera ser tratado con más respeto.

Hoy hemos enunciado la técnica del compositor vasco, apartándola de un peligro, el de la alabanza importuna; otro día analizaremos científicamente nuestra teoría musical.

NUEVA ORIENTACIÓN

Esperaba yo que el articulista señor Martiartu prosiguiese en la redacción de sus abundosos y periódicos artículos, en la exposición de sus teorías, en las inmerecidas alabanzas que entre bromas y veras me prodigaba; equivoquéme. Discutamos y vayamos a la verdadera orientación que la ópera vasca debe tomar en nuestro país, para que se levante sobre lo vulgar y pasajero, y rebasando el solar de origen, se extienda por toda nación civilizada. El señor Martiartu se contenta, por lo visto, con el lirismo en el teatro vasco, y no tiene fuerzas para abordar el teatro épico, el teatro dramático.

Aquí quisiera yo saber qué títulos tiene el señor Martiartu para terciar en ninguna discusión sobre bellas artes; porque si éstos están fundados en su voluntad, debe saber que ésta a mí también me asiste, aparte de otros motivos necesarios para no andar tan errado como parece anda el señor Martiartu. Admito hoy día el teatro lírico vasco; pero si el lirismo que se presenta es vulgar y niño, lo rechazo ahora y siempre. Los sentimientos del corazón son universales y eternos, pero el modo de encauzar esos sentimientos varía, señor Martiartu; y aquí está la equivocación de nuestro teatro lírico. Son ideas y procedimientos del año 1886 las que informan los libretos, y los procedimientos odeónicos no pueden ser, en cuanto al desarrollo, más rechazables.

Con razón sus autores las titularon «*Pastorales vascas*», y no «*Operas vascas*».

El que esto escribe, en ninguna parte ha negado que está mal, para empezar, lo que hasta aquí se ha hecho; lo que si ha sostenido, es que seguir por ese camino sería ir al fracaso y al estancamiento. Lo cual es cosa que se empieza a notar respecto de la llamada «*Opera vasca*». Esta, apenas si ha mostrado su brillantez sino en dos o tres capitales donde ha obtenido un mediano éxito. No quiero concretar, señalando defectos entre las virtudes de las pastorales vascas; sólo indicaré, para que lo medite el señor Martiartu, que será nueva la orientación que señalo a la que será la verdadera ópera del país. El señor Martiartu desconoce, sin duda, mi opinión; el señor Martiartu, si leyó mis artículos, se ha olvidado de ellos; el señor Martiartu se equivoca lastimosamente. El fundamento de mi teoría es la historia, esto en cuanto al libreto; lo decía: «... en la grandeza real de nuestra historia, debe fundamentarse el asunto de la ópera vasca...»; más la historia que yo presento para el libreto, no sólo es un retrato; aquí está la garrafal equivocación del señor Martiartu. Este señor cree, cosa estupenda, que en los asuntos históricos faltan pasiones humanas y por eso, según él, debemos acogernos a la lírica.

Este señor cree que en los asuntos históricos, cosa increíble, falta la poesía; este señor cree que sólo lo lírico es poético, pasional y real. ¡Si sabrá lo que es la lírica, lo que es teatro lírico, su papel en las literaturas y cómo es su iniciación!

La historia, señor Martiartu, presentada con selección, es lo más pasional, lo más poético, lo más real que existe y ha existido, y la historia como retrato de época, y sobre todo, como retrato «filosófico» y «psicológico», que es la esencia de mi teoría es cosa nueva, novísima, especialmente en este país, donde para algunos no ha habido más filosofía que

la del jebo «ganorabaco», a tal punto, que hasta lo intentaron introducir en «Chanton Piperri».

Presentar el alma del pueblo vasco con su misión histórica, con sus magníficas eflorescencias, presentar el desarrollo de los elementos patrióticos y religiosos, presentar los infortunios y grandezas, todo con un fin regenerador, con un procedimiento psicológico, con una música arrancada de las armonías de nuestra naturaleza, de los viejos cantares de los bardos del país, de las obras casi ignoradas de los antiguos compositores vascos, y todo, dentro de la escena de la arquitectura indígena, es la esperanza que nos llevará a un esplendor duradero y digno de alabanza.

Nosotros, como puede ver el señor Martiartu, no hemos tomado nuestra teoría del teatro italiano, cuya decadencia verdadera explicaremos, ni la hemos extraído de las obras de Wagner, que son la eterna leyenda de los ciclos caballerescos, ni mucho menos acudimos a la fracasada zarzuela española; nosotros hemos fundamentado nuestro modo de pensar conociendo y sintiendo lo que ha sido el pueblo vasco, sintiéndolo como han sido, sin idealismos ilegítimos, sin vulgaridades emanadas de exóticas democracias, sin intentos de rebajar a los próceres del país por el deseo no extinguido del predominio urbano.

Pretender negar validez a los asuntos históricos porque llevasen al fracaso a una ópera, bien sea en parte, es lo mismo que negar validez a los cañones Krupp porque en una ocasión salieron mal las pruebas.

Son tales los desaciertos que inserta en su artículo el señor Martiartu, que no comprendemos cómo ha podido ser consentido; bien es verdad que los buenos escritores abundan poco, y menos todavía los censores rectos. Podrá el señor Martiartu haber visto muchas óperas, podrá haberlas escrito,

pero en materia filosófica son tales los errores, que estoy maravillado. Y por decir algo de sus errores estéticos, ¿me quiere señalar el citado escritor alguna obra, algún autor que diga son esencia de la poesía el sentimentalismo, el romanticismo?

¿No sabe el señor Martiartu que el romanticismo es muy moderno y que el sentimentalismo ha llevado a la ruina a muchas escuelas literarias? Por otra parte, tenía aquella mi afirmación al decir en los artículos de hace dos años, qué tiene obligación de saberlos, pues se atreve a comentarlos, en la que digo: «abrazo el suceso histórico con los accesorios poéticos». Pero el señor articulista ha obrado con ligereza y ha dado muestras de ignorancia confundiendo cosas tan esenciales en estética literaria como poesía, romanticismo, sentimentalismo.

¿Quién le ha enseñado al señor Martiartu idea tan peregrina como la de que la esencia de la lirica es la poesía? Aquí habría que enseñar a usted qué es esencia; pero si quiere seguir debatiendo, apréndalo. Continúa el articulista que me ocupa, y dice: «... los libretistas y compositores vascos habrán de adaptarse a la presentación de los personajes humanos con el más fiel retrato moral y plástico de lo que en vida fueron y con el mayor cuidado también de no espiritualizarlos». Aquí claramente niega el autor que en un retrato de personaje moral no puede haber espiritualidad. ¡Cosa absurda!

Pasa luego a hablarnos de las causas que hicieron decaer la ópera italiana y por desacreditar mi teoría, basada en lo histórico, dice que el libreto histórico fué la causa principal. Señor Martiartu, esto bien sabe usted que es falso, puesto que no quedándose satisfecho, pone después las verdaderas causas, repitiéndolas varias veces y concretando muy poco, por eso yo las pondré y las completaré, apoyándome en un autor insigne. Motivaron la decadencia: 1.º Il primo e capitale difetto dell'odierna musica teatrale

e quello diessere poco filosofica proponendosi solamente per fine di grattar l'orecchio, non di muovere il cuore, ne di rendere il senso delle parole. 2.º Tutta la energia della musica era proposta allora nella espressione delle parole. 3.º El olvido de la poesía musical.

Y porque el fracaso debido a estas causas era notorio, el autor da remedios en este admirable trozo que yo, con ligeras modificaciones, lo suscribo, para base de nuestra ópera vasca, helo aquí: «La obra musical de teatro, debe de ser «ora come uno specchio de rappresenta le inclinazioni e il carattere d'una nazione», lo stato attuale de suoi costumi, la maggior o minore attivita del governo, il grado de liberta politica, in cui si trova le opinioni».

Antes de terminar, no dejaré de notar un terrible error que se atreve el señor Martiartu a consignar; afirma que los libretistas italianos reducen el drama musical a situaciones personales de ánimo, y a resgón seguido «.. pero sin el complemento que pudieramos llamar psicológico... de luchas y dudas internas, de recuerdos y sentimientos ...» El error no puede ser más claro. Como si una duda interna... no fuese una situación personal de ánimo. ¡Ah, la filosofía!

No queremos alargar estas advertencias y si sólo pedimos un poco de reflexión en el señor de Martiartu, que tales cosas se ha atrevido a escribir.

Febrero-1918.

LA TRADICIÓN PICTÓRICA DE NUESTRO PAÍS

El hecho de haberse dado por manera tan simultánea y vigorosa artistas de relieve caracterizado, ¿no tiene como todas las cosas sus precedentes y determinantes?

¿Ha brotado aquí la pintura, colectiva o individualmente?

Para los que no creen en la tradición, son estas preguntas difíciles, pero quien recuerde un poco algunos sucesos del tiempo viejo, echará de ver lo sencillo de la respuesta.

En el arte pictórico hemos tenido tradición.

Un discípulo de Pacheco, Iriarte, natural de Guipúzcoa, se distinguió hacia el siglo XVI. Como discípulos de éste podemos considerar a los Echaves, padre e hijo, pintores de asuntos sagrados, cuyas obras se conservan todavía.

La influencia de los fondos en los asuntos religiosos, produjo en este país un pintor original, Ezquerro, que vivió hacia el año de 1700. Solian representar los fondos paisajes de mar, y no pocas veces, monumentos de arquitectura, y Ezquerro, admirador de los asuntos religiosos, dejóse influir de tal manera por lo accidental, que hizo de ello su pintura predilecta. Por eso los cuadros que de Ezquerro conservamos son paisajes y arquitectura.

Sus cuadros son viva representación de su país.

Están impregnados de ese ambiente de tristeza que producen las costas nebulosas y las altas montañas.

Por esta época, a fines del siglo XVIII, la emigración de Inglaterra, Francia y Alemania a este país, fué causa de que las gentes de aquellas naciones aportasen a nuestra cultura entre otros elementos el pictórico.

La manifestación de este arte se obró en los vascos por medio de la miniatura.

Holbein y Hoshins crearon y propagaron la miniatura y en Francia y el Reino Unido constituyó esta variedad de la pintura una verdadera pasión.

De aquí que a principios del siglo XIX, año 1816, conocemos en Bilbao a la famosa miniaturista Donata Loridon, de familia francesa. Nos dejó en sus bien tratadas miniaturas, rasgos de la sociedad de aquel tiempo con usos, indumentaria, recreos y curiosidades varias.

Una cosa es de notar examinando las miniaturas de la Loridon; todas ellas son retratos y en todas se da al fondo poca importancia.

¿Quién habrá de sospechar que la labor de esta pintura influyese en la actual manifestación pictórica, siquiera por modo indirecto?

Es el hecho, la imitación de Barrutia primero y de Barroeta después, de la célebre miniaturista.

He visto miniaturas de estos pintores del año 1831 y pocos años antes están firmadas las miniaturas de la Loridon.

Barroeta, de miniaturista se convirtió en retratista, y sus lienzos son elegantes y sobrios, resaltando las personas, y haciendo poca monta de los fondos.

La línea de las obras de Barroeta estriba en el semblante y el parecido y la misma semejanza llegaron a ser para él de fácil adquisiciones sus retratos.

Al llegar a mediados del siglo XIX nos encontramos con Zamacois y Bringas, admirable y jocoso dibujante, y con el eximio Guinea.

Este es en mi opinión, el vigoroso iniciador de las tendencias que se manifiestan hoy en la pintura vasca; Anselmo Guinea ha sido biografiado ya, pero muy a la ligera. Su labor honda y variada merece un libro, merece estudios interesantes.

Aparte de sus épocas, divisiones cronológicas que nos interesan ahora poco, diferenciamos en él asuntos y maneras diversas.

Su pintura histórica es de concepción, grande, reverente y no tan convencional como pudiera creerse; sus cuadros iluministas son atrevidos y fieles, porque reflejan la bondad de la tierra y la grandeza del país; sus cuadros clásicos de asuntos romanos, son Virgilio y Horacio, trasladados al lienzo; sus acuarelas son de impresionismo y gusto.

Considerando a los pintores actuales, a Regoyos, el hombre de la sensación paisajista; a Arrué, poseedor del humorismo patriarcal; a Larroque, el retratista continuador de Barroeta, aunque con caracteres más aristocráticos y colorido más valiente; a Arteta, pintor de la raza y de sus tristezas e infORTUNIOS; a Losada, conservador ecolátrico de nuestro viejo Bilbao con sus puentes, plazas y fiestas, gris y triste en el color; a Asarta, notable autor de cuadros históricos y paisajes; a Zuloaga, que representa la raza vasca descentrada, adaptando su fuerza ancestral entre los cráneos y capas pardas de los labriegos castellanos; encuentro líneas de Anselmo Guinea, encuentro tendencias iniciadas por él.

Pudiera ir señalando cuadro por cuadro y establecer semejanza, pero esto quédese para el investigador desocupado o para quien desee confirmar mis palabras.

Algunos paisajes de Guinea se confunden con los de Regoyos; las vidrieras de Anselmo, las conocerá Arrué perfectamente; Larroque habrá considerado más de una vez los cuadros de Barroeta; entre los personajes del gran Zuloaga, rígidos y espetrales y

el cuadro de las brujas de Roma, existe notoria semejanza.

Guinea inició, y los actuales artistas Uranga, los Zubiaurre, Echevarría... han debido realizar una etapa gloriosa, desplegando excepcionales condiciones en sus variados cuadros.

Nuestra tradición pictórica, representada no por casos aislados, sino por una continuidad etnológica, ha dado a la escuela vasca peculiares y meritísimos caracteres.

Uno de los caracteres de esta tradicional manera es el carácter palatino de los pintores vascos.

Como hubo secretarios de reyes «vizcainos», hubo artistas que tomaron para asuntos de sus cuadros escenas nobiliarias.

Empezando por Jáuregui, más conocido como literato, tenemos de él, el único retrato del infanzón de Cervantes, autor del ingenioso Hidalgo de la Mancha.

Casi al mismo tiempo, 1625, nació Ignacio Iriarte en Azcoitia y dentro de su afición particular, que eran los paisajes, pintó las torres del país vasco, como se deja entender por un cuadro suyo que se conserva en el Museo del Prado, en el que aparece un lago y sobre él, en una elevación, una torre solariega.

Murió el guipuzcoano Iriarte en 1865 y para entonces sostenia ya la tradición de los vascos el pintor guipuzcoano Bastasar de Echave (así escribía él) de quien sabemos que a principios del siglo XVII pintaba con admiración de todos.

En 1609 recibía de Torquemada el título de «único en su arte».

Pues bien, entonces entre las principales obras de este guipuzcoano, figura la del militar San Sebastián, valiente pintura, asombro de los profesores del arte, en quien parece trabajó también la mujer de Baltasar Echave.



San Francisco de Asís
Baltasar de Echave.—1610

De la colección Arguinzóniz. —Durango.

El crítico Coeto dice en su «Diálogo sobre la pintura». «Echave se distinguió por la suavidad y el empaste que daba a sus carnes y la riqueza y naturalidad de las telas; su colorido era brillante y modelaba con pericia.»

Sostuvieron la tradición de su padre Manuel y Baltasar Echave, que pintaron hacia el 1665.

Echave el joven, era «pintor de efecto, que daba golpes fuertes y no se cuidaba mucho de acabar».

Echeve el viejo, «concluía perfectamente sus obras, en las que resplandece su gusto y ciencia del arte».

Estamos a fines del siglo XVII y precisamente en esta época nos encontramos con Francisco Gamio, del pueblo guipuzcoano Aya o Asteasu, según otros.

También éste pintó al modo nobiliario, y he visto el retrato que hizo de la Excmra. Sra. Condesa de Alacha; es una dama puesta en pie, de edad como de unos 30 años, vestida ricamente con encajes y oros finísimos; su mano derecha sostiene un pañuelito y su izquierda queda oculta, apoyada en antiguo sillón. Los ojos de la dama están tristes y parece por su blancura que perdió a quien amaba. En la parte alta del lienzo se muestra el escudo nobiliario. «Fondo en pal: 1.º de argento con un árbol simple y lobo pasante y sable a su pie, acompañado de panela, gules y estrella azur; el 2.º cuartel de oro con dos fajas azur, vía todo coronado por la corona de conde.

¿Queda acaso por esa época interrumpida nuestra tradición? No; porque la raza perduraba y aparte de muchos autores de afición, sabemos de Ezquerra que ya en 1700 era conocido en la Corte y en 1725 obtuvo cédula real para tasar cuadros de cámara y ejecutarlos.

Perduraron aún en el siglo XVIII la tradición nobiliaria, ¿y cómo no, si era la raza, si era la época?

Del siglo XIX, en sus comienzos, nada queremos

decir; basta conocer la colección de 48 retratos de la Loridon.

Al entrar en el siglo XIX, conviene caminar paso por paso.

Donata Loridon, en 1821, influyó en los Balacos y Barroeta; compónense sus miniaturas; Barroeta, en 1860, fué conocido por muchos expositores del año 1882, y el conocido Losada, si trajo con «otros» el impresionismo, conoció y habla con cariño de Barroeta y Mengs.

Pero dentro de estos posteriores 50 años del siglo XIX, se acentúa y perpetúa sobremanera el modo nobiliario.

Zamacois, llevado por su padre a París, pinta con admiración de Meissonier, y sus cuadros principales son escenas de palacio como «Jaque al rey», «Atardecer». Zamacois, el prodigioso bilbaino, pinta reyes, bufones o tapices. ¿Por qué no lo sabemos?

Al llegar el año 1882, está Guinea en Roma; de esta fecha he visto dos cuadros suyos; uno representa un príncipe, que se entretiene con la música, oyendo su mandolina; en el fondo arcos ojivales, columnas, blasones, ecolatria; en el otro se muestra un paje que escucha alzando un tapiz blasonado, lo que puede ocurrir en la cámara regia.

«Perdura lo palatino?

«Pugna con la raza?

Es el año 1882: en Bilbao Sáinz de Tejada, Echena, Lecuona, Salazar, Segui, Losada, presentan cuadros nobiliarios, en sus respectivos lienzos, «Doña Blanca de Navarra», «Don Quijote», «Loyola», «Lope García de Salazar», «El árbol Malato», «La Dama de Murumendi».

«Qué significa esto?

«Y a partir de esta época?

Avancemos al año 1894.—Esta fecha recuerda el retrato del gran Zuloaga, Pedro el Enano, y con Zuloaga llega a su apogeo la tradición palaciega y no-

biliaria que habíamos sostenido por espacio de tantos siglos y que patentiza cómo el pueblo vascongado fué destinado, ¡alto destino!, para sostener dinastías, que son el vínculo de las naciones y el emblema de la autoridad familiar y divina.

Octubre-1912.

UN PINCEL Y TRES SEMBLANZAS

I

EL INFANTE

En un salón hallé un lienzo que poderosamente detuvo mi atención. En él aparece un tierno infante, inconsciente de su alto destino. La cabeza, las manos, los paños, dan a entender el nobilísimo autor que los trazó.

La cabeza es la de un niño, cabeza delicada y en formación; mas el cabello se extiende con gracia, ocultando en parte aquella frente, todo candor y luz.

Con una mano empuña la corta espada, y con la otra, quiere acariciar a un mastín inglés, montaraz y olfateador, que lo tiene a su lado por real entretenimiento.

La indumentaria de este retrato es fiel y de la época. Los paños están trazados con sobriedad e inimitable elegancia.

Todo me dió a conocer que aquel cuadro era un Wan-Dick.

El infante Ruperto de Inglaterra, de real abolengo y de delicadísimos modales, estaba contemplando.

El colorido que supo el pintor de cámara dejar en su producción, es severo y digno, como lo son los tapices que forman el fondo de obra tan amable.

El infante Ruperto de Inglaterra, fué un jovencito bueno y atildado, uno de esos vástagos que son un día, esperanza de Reales-Casas, y que fallecen en

flor de vida, porque tal vez un cuidado excesivo los hizo príncipes de salón, más que mariscales de campo.

• ¡Supo tal vez el príncipe Ruperto tirar de espada en su salón de armas; pero no llegó a batirse como aquel Roberto Wallace, cuyas historias leyó de niño!

II

EL PRÍNCIPE

El lienzo que acabamos de considerar, es dulce como una añoranza palaciega y elegante como un aroma aristocrático, pero sobre estas cualidades, estimo yo más, las que presenta el retrato del Príncipe Guillermo de Orange, obra del mismo Wan-Dick; porque aquí el niño-infante ha dejado de serlo para convertirse en príncipe; las facciones son más seguras, los paños del traje, mejor llevados; la mirada, inteligente y aún de desengaño; la factura, en fin, acabado modelo del «predilecto discípulo de Rubens».

Viste el príncipe un justillo de oro con encajes. La gorguera, convertida ya en ancho cuello, es de un azul muy agradable, dejando ver la finísima valona de encajes; los pliegues del rico sayo, son sin duda, trazados de un modo admirable, y como apriisionados por la férrea coraza. Una mano acaricia el pomo de la espada y la diestra se ve apoyada en un bastón de la época.

Este príncipe es el mismo infante que antes contemplábamos, pero sus ojos son de mirada más fija, sus manos más formadas, en posición más varonil.

Empieza este príncipe a dejar de ser niño, para empezar a ser hombre.

Es él de la casa de Nassau, y no ignora los altos fines de su linaje; conoce ya las ciudades de Holanda, y siguiendo la campaña con su padre, se dispone a

seguir los caprichos de su corazón, que hoy es inocente y sencillo y será mañana solapado y artero.

Ha visto cruzar las dunas a los tercios de la ya caduca España y Flandes vendrá a su poder, como vino Holanda a poder de sus ascendientes.

¡Pobre príncipe de Nassau, cuán bella debió ser tu vida, cuando manejabas armas infantiles y cabalgabas en las jacas blancas; y cuán triste tu historia, cuando Maquiavelo llegó a ser tu lectura favorita!

III

EL REY

De los mejores retratos que pintó Wan-Dick, vimos una interesante reproducción.

Carlos I de Inglaterra, el Rey desventurado, mereció pincel tan hábil como el del «pintor de las elegancias».

Este retrato del esclarecido Rey, que se conserva en el Museo del Louvre, es una de aquellas obras realizadas con amor, con ese amor que tienen los grandes genios, los grandes artistas.

Aparece el Rey, con la mano en la cintura, estrechando los guantes; la diestra gallardamente apoyada en un bastón, el cuerpo de lado, la cabeza de frente, mirando con arrogancia y calma. En segundo término se ven dos pajés, uno sosteniendo la capa del Señor rey y el otro sujetando su caballo brioso e impaciente; sobre el asunto abre su ramaje un árbol.

Descúbrese en esta obra modelo, la majestad técnica y elegancia que supo Wan-Dick comunicar a sus personajes; la línea de este lienzo, es la misma que aparece en el infante Ruperto y en el príncipe de Orange, el atildamiento, la apostura, la inimitable elegancia por tan contados maestros alcanzada.

Lo que admira en este cuadro como en casi todos

los de Wan-Dick, es la definición y suavidad de las manos; aquellas manos suelen ser delicadas y gentiles.

El «pintor de Reyes» ha sorprendido en los salones de palacio a damas, infantes y altos personajes; ha estudiado sus aptitudes y discreta cortesía y ha trasladado todo a su paleta, porque él tenía en sí la aristocracia del espíritu, si la faltaba la de la sangre.

Este Carlos I de Inglaterra es un cuadro de enseñanzas artísticas y morales. La juventud, arrogancia y virilidad que nos simbolizan su apogeo, serán pronto reducidas a misera condición. Al poco tiempo de trazar semblanza tan alta, era decapitado el mejor de los Estuardos.

Como Wan-Dick tuvo por lema de su escuela «todo por la mano», su amigo Carlos I, pudo decir: «todo por bondad».

El pintor de Su Majestad fué feliz con su lema, y la Majestad Británica, con el suyo, desgraciada.

Son tres semblanzas las que hemos recorrido, y en ellas se juntaron maravillosamente, la bondad del artista que siente y la ejecución del genio que sabe vencer la realidad.

El infante, el príncipe, el rey, son tres personajes siempre curiosos y dignos de estudio, y mas cuando pertenecen a aquella época en que el cetro de los británicos reyes fué forjado para espada de tirano.

¡La soñadora de Halmet, debía haber proferido con voces mágicas!

¡Príncipes e infantes, hijos del Rey Lear, no seguid el camino del inseguro trono!

Diciembre-1912.

EN EL ORATORIO ANTE UN GRECO

Lo vi, era un lienzo en un oratorio antiguo suspendido; lo tenían allí los señores de un linaje montañés; una vinculación vedaba el adquirirlo, pero a mí me bastó con verlo, porque en el corazón llevo todavía su imagen. Una imagen de caracteres sobrios y altísimos. Enamoróme su vista; delante de aquel cuadro callaron las lenguas y hablaron las almas; sus ojos estaban en los míos y los míos en los suyos, que eran serenos y celestiales; parecióme que como dos acordadas liras era el latir de nuestros corazones, sólo que su corazón sabía de amor y el mío lo ignoraba. Estaba delante de un espíritu, yo lo veía, aunque son éstos invisibles, y el mío se unía con el suyo, y en él se perdía como una flecha en el espacio.

Eran rectas y lánguidas las facciones de aquel semblante. Como hechas en momentos de levantada inspiración por una mano febril y angélica; en las cavidades de los ojos vivía una vida de amor y desengaño, y en el mirar dulcemente lloroso una invitación a despreciar lo terreno. Los dedos largos, abilados, diáfanos, de aquellas manos virgenes e intangibles, me fueron reproches. Aquellas manos alzaban el cuerpo del Señor y bendecían al pueblo, solían abrazarse con una pesada cruz y pasaban las cuentas de un rosario antiguo.

Al cielo alzaba la frente; mostrábáse varón contemplativo, y la hermosa cabeza sobre el huesoso y

desnudado pecho semejaba el razonamiento, venciendo a las pasiones violentísimas. Acertaba un pardo sayal a cubrir el lado del corazón, allí donde las llamas de los altos amores ardían sin amenguarse... era aquél retrato maravilloso el de un místico enamorado, lo comprendí. San Juan de la Cruz estaba hablando conmigo, aquel santo cuyas canciones de amor celestial, escritas en pergamo por mano de un ascendiente, conservaba cuidadoso, ¡cuántas veces la leí bajo los antiguos artesonados de mi salón! No tan sólo las leía, sino que las cantaba, declamaba, y también, también las lloraba. De aquellos labios pálidos de un rosa marchito y apagado salieron los cantares de melódico concuento cuando salía el esposo sin ser notado y bebía el vino del amor, y preguntaba a los pastores por su amado, y no encontrándole, adolecía, penaba y moría.

Era este divino Juan que yo extasiado contemplaba, aquel que a manera de neblina, no daba a la caza alcance, pretextando su alto vuelo; el que en la noche oscura lloró en vano; el que llamaba a todas las naturalezas para cantar la pena del amor.

Era de Juan de la Cruz aquel lienzo, pero sin duda era también obra de un alma gemela; nadie sino el santo puede interpretar al santo; yo vi desde el principio la inteligencia del Greco llevando su pincel de líneas definitivas y sutiles, de colorido oscuro y plomizo, de rostros ovalados y amarillentos, de anatomía perfecta, de mirada animica e insondable. Dominicos pintó muy bien, porque sintió maravillosamente y fué idiosincrásico, porque interpretó los caracteres de su alma. Era el temperamento de la Helada morando en Castilla la Real, la sofrosine de los antiguos dóricos, algo descentrada por el tesón orgulloso de Castilla, entre Fidias y el Greco, con su Minerva el uno y su hidalgo el otro, existe la diferencia del reposo plácido y la ansiedad febril y exaltada; aun en los místicos de Dominicos está sa-

tisfecho el arte, pero no está cumplido el deseo de los varones que buscan un reposo casi logrado.

El Greco, si no fué santo, leyó las obras de los santos y alcanzó todavía la fama tradicional de algunos héroes que retrataba, así recompensó semblanzas tan meritorias y reales.

Creo sorprender a Dominicos en su estudio, no combinando colores en la paleta, sino meditando las liras amorosas de la subida al Monte Carmelo, del «Diálogo entre el esposo y la esposa», de las «Coplas y Romances» del místico escritor. Entonces el artista hallaba inspiración en manantiales incontaminados y «por toda luz» en calles y plazas, universidades y castillos, se respiraba algo grande e imperecedero.

Era la fe de aquellos siglos, que por no mantenerse en la moderación vino a dar en torpísimo error.

El Greco vino en una época de heroísmo nacional, por lo divino y por lo patriótico, y de ahí que santos y caballeros, son los que consagra en sus lienzos; moviase su delicado y místico pincel, llevado por un poder emanado de la contemplación. Ahora nos sonreímos muchas veces al oír las palabras orar y contemplar, y tal vez no alcancemos qué signifiquen; entonces el orar y el contemplar formaban buenaparte de la vida de damas, artistas y grandes señores.

Dominicos participó de su época; por eso, cuando verificaba las semblanzas de los grandes y poderosos, convertíase en caballero-hidalgo de gola y ropilla y sentía como ellos, lealtad por el soberano, amor por la campaña, cortesania por las damas, delicadeza por el arte, furor por los enemigos, insaciable deseo por algo difícil de alcanzar, inquietud y orgu-

llo castellano, de tener abuelos retadores y abuelas de numerosa generación; mas al trazar los perfiles de un santo, abandona el Greco el ambiente de hidalgua y alto linaje y se rodea de un retiro apartado y silencioso, cree estar en medio de los espirituales monasterios, ojivas desniveladas y columnas simbólicas y oscuras, cuándo la luz del sol se confunde con el oro de los altares, un oro antiguo y noble, cuándo se desbordan las notas del órgano y van creciendo, ampliándose, multiplícándose, hasta confundirse en un acorde suave, melódico, remoto, que viene a apagarse lentamente.

Y en este estado animico, difícil de comprender, alzaba la inteligencia de Dominicos de lo terreno a lo sobrenatural, medita, consagra, contempla y viéndolo bueno con un juicio angélico, llora su trabajo y enfermedad artística, como llora un viejo tercio tras rudo combate, como un marino naufrago al saltar en la costa.

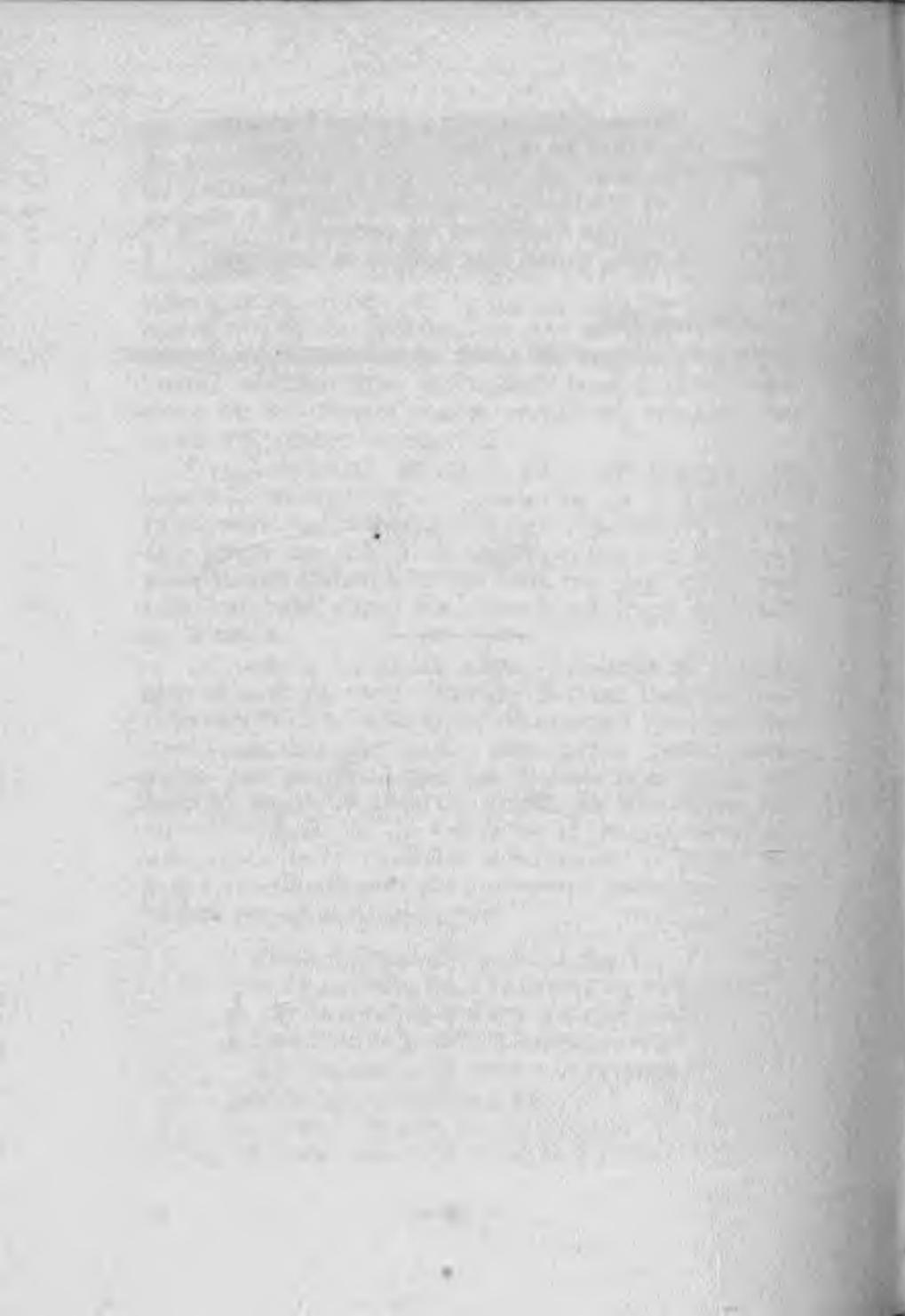
De manera semejante estaba realizado el cuadro, ante el cual yo, todo esto consideraba. Hubiera querido estar allí más tiempo, detenerme contemplándolo, una, dos, tres horas, pero debía partir; enseñada me acompañaron los dueños nobiliarios del castillo hasta la puerta, donde se descubría una corona condal. De allí me dirigi al parque de altísimos plátanos y cuidadas araucarias; al pasar por una alameda alfombrada por hojas otoñales, brotaron de mi amor estos versos:

Contemplando tu estática figura
que de austera, hace muestra en la ropilla
al ver la lumbre que en tus ojos brilla,
y marchita tu angélica hermosura;

Las manos en la cruz y la amargura
por esquivar diabólica recilla;
creí ver toda el alma de Castilla,
postrada ante la fe sencilla y pura.

Dices el desengaño y pompa humana
y quietud en tus labios hay por queja
eres ángel del cielo, en tierra vana;
de tu semblante misterioso emana,
verbo que silencioso me aconseja
«A Dios, quien más padece se asemeja».

Octubre-1912.



NUESTROS JUEGOS

Todos los pueblos llevan en sí el sentimiento de una veneración interna hacia la fuerza física; en los juegos olímpicos de la Grecia, aparecían los viriles luchadores de anchas espaldas y relucientes torsos. En el Lacio, el gladiador se ungía con ungüentos arábigos y mostraba los cuellos lustrados ante un público ebrio y rugiente. El novelista polaco, nos habla de Ursus, aquel libio de estatura gigante, que cogiendo por los cuernos a un toro germano sostuvo con la fiera una lucha terrible. Ursus tenía a la bestia por los cuernos. Los pies del hombre habían penetrado en la arena hasta los tobillos. Tenía doblada la espalda como un arco, la cabeza hundiase entre los hombros y en los brazos destacábanse los músculos de manera tal, que parecía que el cutis iba a estallar en fuerza de aquella presión heroica. Hallábanse dos fuerzas en lucha, ¿cuál sería vencedora? Ursus para los romanos era un semidios en aquellos momentos. Al fin oyese un bramido; la enorme cabeza del toro, se doblaba entre las manos de hierro del bárbaro, cuyo rostro, cuello y brazos, habíanse puesto de color de púrpura.

El gigante había llegado a ser el favorito de aquel pueblo apasionado por la fuerza física. Roma solía contemplar a sus jóvenes corriendo para bañarse en las fuentes de agua virgen, y luego gozaba al ver sus cuerpos tornados de blancos, cual mármoles de

Paros, en rojos como los granitos de Falerno. Hoy las luchas greco-romanas nos traen tales remembranzas. El heróico Milón, fué allí el primate de la dinámica; todos cayeron a su pujanza profligadora; quiso el vencedor de hombres despedazar la Naturaleza. Ve en su camino un cedro gigante, acércase, quiere desgarrarlo; ceden la corteza y primeras capas al titánico esfuerzo. Los hinchados brazos se hacen lugar entre las desmembradas fibras, pero la vegetación vence; ya los filamentos vigorosos recobran su posición y el latino desesperado, muere entre el crujir de su osamenta prensada por las partes abiertas del árbol vengador.

Entre los vascos, la dinámica es portentosa. Sanidad y vigor son la cifra etnológica de nuestro pueblo. Esto se revela en los juegos. Las razas degeneradas, apetecen los entretenimientos de salón, los dados, el azar, la suerte; la raza china nos dá un modelo; son diversiones que se avienen con un físico raquitico e imbécil. Los pueblos en la plenitud de su vivir, tienen por timbre preclaro ejercicios atléticos y dinámicos; ellos sólo pueden ser ejecutados por corazones fuertes y viriles.

La pelota, el remo, el hacha, la barra, son instrumentos que siendo pequeños en si requieren fuerza, agilidad, sanidad; en la pelota, el ejercicio gimnástico es de lo más completo; las extremidades, el pecho, entran a desarrollar energías bienhechoras. Hasta la inteligencia pone su parte principal en esta afición tan antigua y tan amable.

Los ejercicios del remo y la azkona, vienen a desarrollar esfuerzos más privativos. Con todo conocemos a los marinos de nuestra costa, a los labradores de la montaña y su fisico nos ofrece un vigor y musculatura de razas primitivas. Tal vez sea la barra el ejercicio que tras el de la pelota, tenga primacía; en él se ejercitan los brazos regularmente, y la respiración es parte a un buen barrista. No es de extrañar

que estos juegos den a la raza de los vascos, sanidad poco vulgar. Fuera de los ejercicios guerreros ya en desuso, no hay destrezas mayor entendidas.

Cuando el vasco dormía sobre la espada y llevaba su armadura de laceria y su almete de ajaraca a las campañas andaluzas, el vigor resplandecía en nuestros infanzones. Los Salazares, retaban a los moros más gallardos, y Humeyas y Tarbes, se rendían al empuje de su brazo. Uno de los salazariegos frisando en los 100 años, fué el espanto de los cercados en Algeciras, y se cuentan de él hazañas como las de otro García de Paredes, el que cargaba con las puertas de las villas napolitanas. No sería difícil establecer en el pueblo vasco una tradición dinámica, porque en él se conservan hechos de este género, guardados o de padres a hijos, o en memorias de linajes arraigados. En el siglo pasado florecieron varios, y todos se señalaron sobremanera.

En Vizcaya alcanzó merecido renombre el llamado «Fuerte de Ocharan». Sobre ser el más alto de la tierra, era el mejor tirador de barra.

Hoy dia, aparte de Ochoa, tenemos a Elchecondo y al fuerte de Marquina, que dicen bien la raza a que pertenecen; ellos, presentándose en certámenes públicos, han competido con los extranjeros. ¡Cuántas veces Anglio, Vervet, Raku y De Riaz, han sentido la presión de su vigor y ataque!

Es una nota muy simpática la que presenciará la población de Bilbao al contemplar a un hijo de las montañas vascas luchando con un insigne campeón; el atletismo que entre nosotros va tomando tanto auge, alcanzará una brillantez y empuje insólitos. Contamos con elementos perfectamente interpretados; los centros deportivos y gimnásticos nos ofrecen un modelo que nada tiene que envidiar a las organizaciones de Francia y Alemania. Nuestra juventud se vigoriza, y aparte de los paseos venatorios, tenemos salas gimnásticas, frontones, concursos de

hacheros, regalas... que contribuyen a nuestro florecimiento fisico.

Hay un modelo de nuestra etnologia más pura; el joven Ochoa, de alta estatura, anchas espaldas, nervudos brazos, hinchados y duros torsos, piernas incommovibles, pecho robusto, cuello carnoso y albo, rostro ovalado, nariz proporcionada, ojos grandes, limpidos y serenos, fisonomia franca, noble, digna, emanadora de algo antiguo, que sólo se encuentra en las razas virgenes, en los pueblos que moran encumbrados; allí donde la naturaleza sobra, vence al arte reglamentado.

Octubre-1912.

LA TIERRA LLANA

ANALYSTS

EL PALANKARI

He aquí un hombre que vive todavía en la tierra de los vascos y es tan antiguo como su raza.

Es el palankari verdadero, una mezcla de militar primitivo y de industrial antiguo, representa el simbolismo de una raza, que se hace grande y poderosa manejando el hierro de sus montañas.

Y porque el hierro es aquí conocido desde el primer tiempo, el vasco conoce su utilidad desde entonces.

Fabricaban otros sus armas con las rocas y pedernales de sus montes; usaban los fenicios el cobre para sus utensilios; se servían los romanos del bronce en diversos objetos, y el vasco, que tenía sus viviendas sobre capas de hierro en flor, formaba con él sus armas de combate y hasta se entretenían manejándolo en sus ratos de ocio con maravillosa destreza.

Desde época tan remota podemos afirmar se deriva el uso de la barra o palanka entre los vascos y es factible presumir fueron los euzkos los primeros en tomarlo, estando como estaban tan a la vera de los yacimientos.

De Vizcaya fué extendiéndose el uso de la barra a diferentes puntos del país, donde se empleó ya para combatir, ya para solaz y desarrollo de la juventud.

Opinamos que el fin a que se destinó la palanka, que al principio tuvo forma de maza, fué a la guerra,

mas para saber manejarla menester era un ejercicio previo y esta fué la causa de que se trasformase en instrumento de juego.

Hoy dia, es la barra usada por los vascos, de menores proporciones que la antigua, suele medir próximamente un metro y el grosor es tal, que puede tomarse en la mano con facilidad.

Debe ser la barra de hierro y bien pulimentada y suele tener en punta uno de sus extremos, para señalar la meta al ser lanzada.

En el siglo XIV fué la barra un instrumento de juego y de defensa; la tradición y la historia nos han conservado un hecho de gran nombradía.

Era antaño la puebla de Ochandiano, reunión y junta de vigorosos ferreros, que junto a los enrojecidos yunque formaban las armas de combate, con destino a las campañas de la Europa medioeval.

Al hierro confiados, nadie los aventajaba en el manejo de la barra y buena prueba de ello, se les ofreció con harto contentamiento.

Quiso a la sazón don Pedro de Castilla, domeñar a Vizcaya con la fuerza cuando nada habian valido sus astucias de monarca crudelísimo; mas halló la derrota e ignominia, donde esperó alcanzar coronas de vencedor.

Fué el caso que sabedores los de Ochandiano, de cómo el castellano daba vistas a su antigua puebla, organizáronse militarmente y siendo escasos los lanzaones, echaron mano a las barras, con que en las concejiles plazas jugar solían.

Venidos a las manos castellanos y vizcaínos nada bastó a contener el empuje de éstos, que con maravillosa destreza y rapidísima agilidad, tiraban de barra sobre las empromadas cimeras de los jinetes e infantes golpeando terriblemente sus cabezas y des-trozando los cráneos con furor de nibelungos.

Alcanzaron los de Ochandiano victoria tan señalada aquel dia, merced principalmente al empleo de

las barras, que quedó como en proverbio por toda la tierra, la destreza de los ochandianeses.

Aún hoy día conocemos en dicha villa mozos ágiles y vigorosos que en nada desmerecen de los héroes de aquel combate.

No sólo en Ochandiano, en toda la tierra de vascos, se jugó a la barra y nuestros palankaris competían en certámenes a vista de todo el pueblo y presentes las autoridades.

En los tiempos modernos se han distinguido los navarros y los vizcainos, y de éstos se conocen algunos encartados peritísimos en el manejo de la palanka.

No hace muchos años vivía el denominado «Fuerte de Ocharan» de quien se dice fué barrista invencible en cuantos concursos se presentó.

Sabiendo de él un navarro, vino de su tierra a Vizcaya y al entrar por las lindes del caserío de Ocharan topó al acaso con la hija del atleta encartado.

Dijola su intento de competir con su padre y ella sólo dió por respuesta una muy significativa y fué que tomando una barra de gran peso la arrojó con mucha naturalidad a gran distancia, cosa que asombró al navarro que se despidió de allí diciendo: «si tal hace la hija, que hará el padre».

Hoy día este juego de la barra es muy practicado en todo el país vasco.

Llega el día de la fiesta y allá en la plaza del pueblo se reúne una gran multitud; allí están confundidos el etxeko-jauna y el mutil, el hidalgo y la autoridad.

En esto se oye un rumor; es la voz de la muchedumbre, que ha notado se aproxima el palankari, abre calle y pasa triunfal el hombre de raza; es alto de cuerpo, cabeza alargada, flaco y rubio, parece un circasiano de los siglos prehistóricos.

Mira con mirada severa a la multitud, y ésta le

saluda como se saluda a un héroe de los tiempos viejos.

Coge la barra, bracea y sale lanzado el pesado hierro a inmensa distancia; clama el pueblo y yo creo asistir a un certamen olímpico cantado por Pindaro.

El hercúleo atleta
extiende el brazo, y vigoroso avanza,
y al llegar a la meta
el fuerte hierro lanza
y resuena un clamor en su alabanza.

Yo tu victoria canto,
mezcla de labrador y de guerrero,
y hasta el cielo levanto,
tu nombre, que el primero,
conseguiste vencer por el acero.

Julio-1913.

D. LOPE DE ECHEVARRÍA

Vascos que leéis estas líneas, ¿habéis conocido a etxekojaun de nuestras merindades? Es uno de los hombres más clásicos de nuestra raza, y hoy día apenas existe. Quizás lo descubrás caminando por el valle de Arratia o por las fragosidades de Marquina. La casa y el campo, que él llama etxea, forman hoy su vida, y su título más glorioso es titularse señor de ella.

En otros países existe, si, el labrador rico, como por ejemplo, el charro de Salamanca, el maragato de León, tipos de raza latina; mas sólo son labradores ricos y de característica petulancia, cosa que se echa de ver en los aderezos de los trajes y joyas, que han venido a llamarse «charros» o «grotescos».

El labrador vasco, el etxekojaun, tiene un abolengo más alto, y por eso nos resulta su tipo agradable, un hombre interesante; además, no es sólo un labrador, ha sido un legislador y es un caballero.

Tiene su carácter múltiples manifestaciones, porque viene a ser lo más principal de la raza de los vascos.

Es cierto que vive en un caserío, rodeado de castaños y adornado con vides, y que en la emparedada de su caserío hay haces de leña para el hogar e instrumentos de labranza; pero fijémonos en que le han precedido muchas generaciones y en ellas, como dice el sagrado «Fuero», no se conocieron «ni moros ni judíos».

Tengo delante de mí una ejecutoria de un antiguo etxekojauna. Se ha conservado, defendida por un cuero con adornos zoológicos.

La abro siempre con respeto, y leo: «En la villa de Bilbao, a veinte del mes de Septiembre de mil quinientos ochenta, en presencia de mí, Pedro Beto-laza. . compareció Lope de Echevarría», y luego el buen etxekojauna vasco llama a varios testigos, de avanzada edad, que con sus canas venerables afirman que conocieron a Lope de Echevarría e a sus padres, que Dios haya, e a sus abuelos .. «y que todos son de buena casa e fama».

¿Y quién era este Lope de Echevarría? Un sencillo labrador de Llodio, que, valido de su valle, quiere acreditar su limpia procedencia.

Cuántos y cuántos casos pudiéramos citar como éste. Y es que los buenos vascos no eran ostentosos; pero si sabían defenderse cuando gente de otros países y naciones se les anteponían.

El etxekojauna, además, era legislador.

Esto pruébase al leer las actas de los Congresos de Guernica.

En aquellas venerables páginas aparecen los *apoderados* de los pueblos y anteiglesias, varones de blanco cabello, de nariz aguileña, de ojos brillantes, que hablan una lengua antigua y dulce; ignoran el castellano, y por eso se les propone por los regidores de la ley los asuntos en euzkera.

Son legisladores, y ponen y quitan leyes que regulan el país y hagan felices a sus moradores.

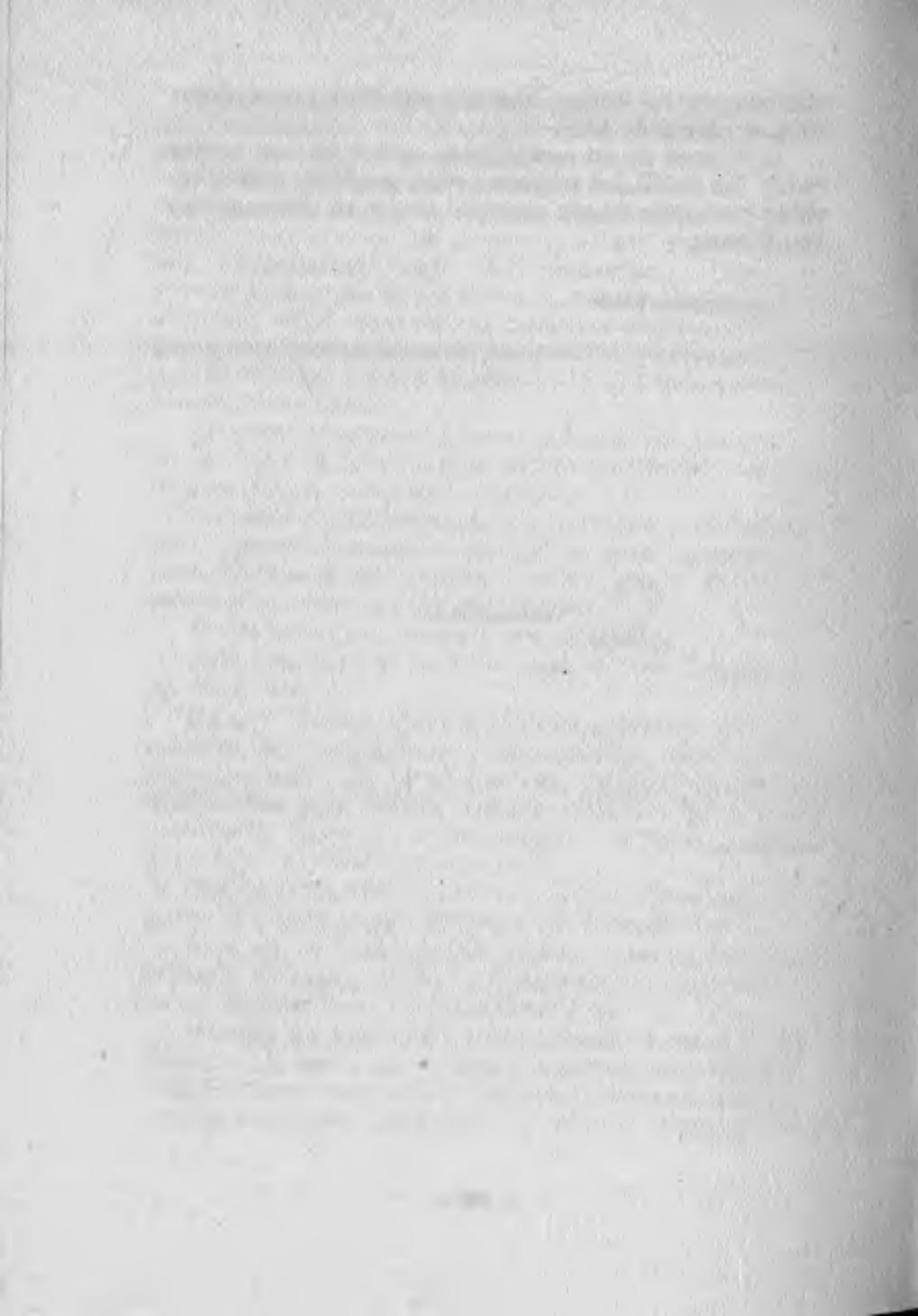
Este es el etxekojauna vasco, esta su misión; presidir el hogar, litigar su hidalgüía ante los extranjeros, legislar so el roble de Guernica.

Miradle un momento; sale ahora de la misa de su anteiglesia; sobre su cabeza circasiana vése la montera de cuero; una capilla desciende de sus hombros, por las espaldas; fuma en una blanca pipa, y sus

abarcas con las cintas, abrazan aquellos pies cubiertos por calzas de lino.

Lo blanco de su camiseta se echa de ver mejor entre los bordados negros de un justillo, y la severidad y sonrisa hacen semejar al de un patriarca su semblante.

Septiembre-1913.



LA RUECA DE OLEAMENDI

Andresa Egusquia es una viejecita vivaracha; su semblante nos dice que pasa de los sesenta, y nos muestra su marchita hermosura.

Ahora está Egusquia bajo el ancho portalón de su caserío de Oleamendi. Sus manos, largas y finas, dejan ver el camino de unas venas azules, de sangre que corre lenta, pero hidalgas.

En este momento se oye el cuerno de los pastores, mozos ovejeros, que sestean en los bosques de encinas y hacen restallar la honda en los cerros de Oleamendi.

Egusquia, que hila el lino con la rueca heredada, suspende la labor.

La abraza el pastor de la sierra; es su hijo, que, al llegar al portalón, alivia la ausencia pastoril con el cariño de su madre.

El pastor intérnase en los negros llares, que alumbran y calientan.

Egusquia, la vieja señora, sigue hilando el lino que, entre su rueca y sus manos, se transforma, se convierte, se hace útil.

Es el lino de la heredad, un lino de sudor y de trabajo, por el cual ha laborado toda la familia.

Es la hilandera de la montaña vasca. Ella fué ágil cuando caminaba de feria en feria, cuando, al retornar de la romería, modulaba los viejos cantares de la tierra. Han pasado muchos años y halló en la rueca su amor y su compañía.

Hila y reza, porque Egusquia es la historia de

toda la familia. De tres hijos que tuvo, dióse uno al mar, otro a la Iglesia del Señor, y el tercero quedó pastoreando en la sierra.

La buena viejecita está en el ancho portalón, sentada en sillita de cestero, al nacer la luz por las cumbres de Oleamendi. Allí viendo el valle de Osegurri y el camino largo y blanco, está todo el día.

La rueca que tiene entre sus manos es una rueca antigua, de madera de roble, aromada con el aroma viejo de varias generaciones.

El pie de la viejecita, apoyado en el torno, hace girar rápidamente la rueda, y el lino se convierte en hilo y se espada poco a poco.

Esta amable mujer, esta etxeckoandria de la montaña, ama a Dios y lo alaba en los seres creados. ¡Cuántas veces admira la luz del sol! ¡Cuántas la verdura de los campos! Tiene algo de la vieja raza, cuando se veneraba al sol y se danzaba en noche de plenilunio.

El sol irradia ahora con lumbre magnífica Egusquia, a quien sombra la encina cercana, hilá y reza. Hace ya muchos años que un día como aquél, de mucho sol, partió su hijo, que hoy es misionero en China. «Reza, madre»—la dijo—, y su madre, cuando el sol irradia fulgente ¡hilá y rezal, y es que piensa unir su oración a la de su hijo, que también reza, lejos, muy lejos.

El sol vásé apagando, y Egusquia sigue hilando en la vieja rueca; por el camino, largo y blanco, avanza un peregrino; llega y pide limosna. La vieja del portalón dále un trozo de *otana* y manzanas de oro. Cuando Egusquia socorre a un peregrino, hilá y llora, acordándose de su hijo que navega en los mares, lejos, muy lejos.

Se extinguió ya la luz del sol. Entonces regresa de la montaña el hijo pastor, y su madre canta un canto viejo de la tierra; entonces hilá y canta.

Pero hay un hondo misterio en este hilar de la

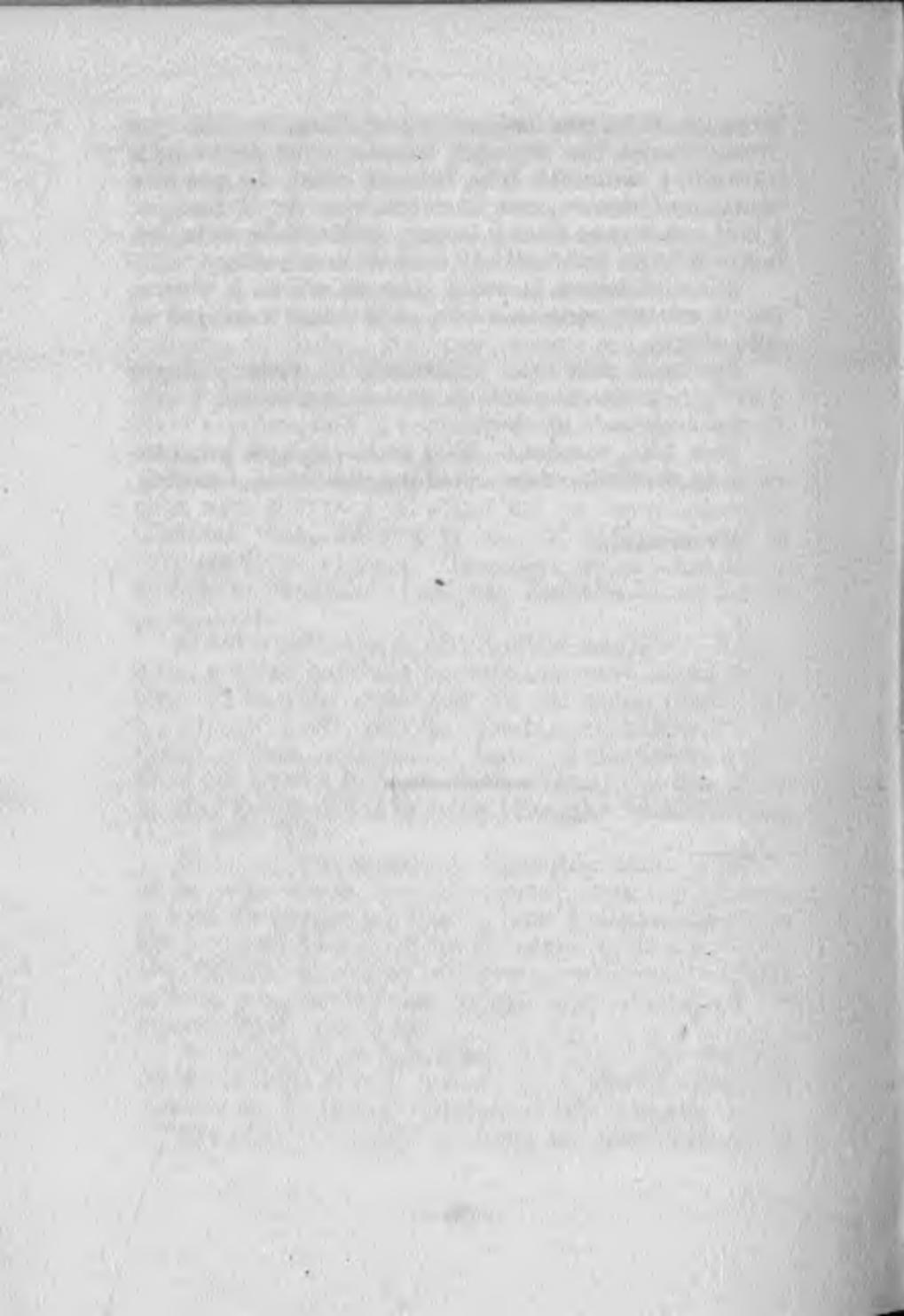
viejecita. Reza con los que rezan; llora con los que lloran; canta con los que cantan; mas trenzando, llorando y cantando, hila, hila sin cesar. Lo que hila es un símbolo; va, con su rueca, que es el tiempo, y con sus manos finas y largas, que son la vida, hilando hilo de una mortaja, que es la muerte.

Con ella dejará la vida, que es triste y alegre, por la muerte, que es triste, para nacer a lo que es sólo alegre.

Egusquia sabe esto, y llora con lo triste y alegre del vivir, y reza con sólo la tristeza del morir, y canta con alegría de lo eterno.

Pero hila, constante. Esta es la viejecita hilandera de la montaña vasca: cristiana, laboriosa, sensible.

Octubre-1913.



ESPATADANZARI

Hoy dia que la danza constituye en la mayor parte de los escenarios europeos un delirio por parte del público, conviene que los vascos reconcentremos nuestra atención en el bailador vasco, que es nuestro dantzari. Un hombre que, salido de nuestra montaña, ha sabido resistir todos los exotismos.

El origen del dantzari es remoto, como la raza, pero los primeros vestigios históricos los hallamos en Guipúzcoa.

Allí, hacia el año 1321, tuvo lugar la batalla de Beotibar. Huyó el francés dejando en manos del vasco buen golpe de prisioneros, y fué la victoria causa en todo el solar de inusitada alegría.

Los guerreros triunfadores entraron en la villa de Tolosa cantando y enlazando con vistosa armonía espadas y lanzas. Salió el pueblo para recibir a los vencedores y penetró con ellos alegremente en la villa de Tolosa.

Sucedió esto un día de San Juan Bautista. A este baile, que se perpetuó y se repitió cada año, llamaron *bordondanza* o baile de los bordones. Todavía en Tolosa puede apreciarse este baile y costumbre típica.

Aparte de este hecho histórico, admitido por todos los historiadores, tenemos otros documentos que nos dan la verdadera historia y fisonomía del dantzari.

Es generalmente un *mutil* del país, un muchacho que en la flor de su juventud es ágil e inteligente.

Hoy viste traje blanco y boina roja terciada, sus ligeros pies son abrazados por la cinta de la alpargata y su cintura rodea una faja roja o verde. No he visto en ningún país cosa parecida. Algunos llevan en lo bajo del calzón abrazaderas con cascabeles.

La ejecución del dantzari es una verdadera arte; hay ritmo, hay inteligencia, hay variedad.

Acompañan sus bailes las notas del *chistu* y el *tamboril*. Estas notas forman unas composiciones de aire antiguo, pausado, guerrero y tradicional, que levantan el ánimo grandemente.

Todos los hemos visto evolucionar y su vista ha despertado en nosotros sentimientos de patria y de valor.

Bailan, giran y pasean, ora con espadas, ora con makillas cortas o bien sin nada.

Buscan el ritmo en el choque y en el compás y la vista se deleita en las múltiples combinaciones que verifican en sus diversas evoluciones.

Hoy el dantzari se conserva en la plaza del pueblo, pero ha desaparecido del salón y del hogar.

Iztueta, que colecciónó el año 1820 las composiciones musicales de los dantzaris, nos da trozos de salón llenos de elegancia y variedad.

El dantzari forma todavía uno de nuestros timbres de gloria y por su conversación se trabaja con verdadero cariño.

El dantzari vasco en sus evoluciones, en su fisonomía toda, en la música, en su origen, nos revela la cultura y civilización de nuestra raza desde los tiempos más remotos.

Noviembre-1913.

LA SORGUÍNA

La *sorguina*, así se llama a la bruja en nuestro país, en el país vasco. Se ha contado por algunos entre las tachas de la nación vasca, la de que no tiene espiritualidad. Esta afirmación se puede destruir con argumentos múltiples; pero nosotros emplearemos uno fácil y amenísimo.

En el país vasco ha existido gran predisposición al magismo, al arte brujeril. Esto lo han reconocido gravísimos autores. ¿Qué significa esta predisposición, sino una desusada desespiritualidad?

El famoso Endo fué, al parecer, vasco y el que hacia el siglo XIV introdujo en la tierra de los vascos la espiritualidad dicha.

La peña de Amboto fué uno de los lugares sagrados para las reuniones. (Nada tuvo que ver el suceso de los *fraticellos* de Durango con lo de Amboto). Propagóse tanto por el país esta espiritualidad, que la Iglesia Católica acordó atajarla.

Si abriésemos la historia manuscrita del convento Aránzazu, habriamos de ver narradas verdaderas tragedias.

El año 1510 generalizóse el trabajo de los frailes de Aránzazu, y entonces fué cuando el Señor Carlos I de Vizcaya envió al célebre Zumárraga, que se trasladó desde el convento de Abrojo al país de su naturaleza.

Andando el tiempo, todos conocen los misterios de Bera y Zugarramurdi y tantos y tantos hechos capaces de estudiarse con interés.

La representación de toda esta espiritualidad, que hizo diese el euzkera tecnicismo al arte brujeril, está en la sorguiña o bruja vasca

— Cómo os habéis imaginado a la bruja? Recordadlo. Ojos brillantes, perfil puntiagudo, manos largas. Y he aquí la vieja bruja vasca.

Surgía de la multitud como las antiguas pitonisas y se apartaba de la vida de sociedad. La bruja vasca no vive en poblado, su vivienda está lejos del pueblo, en la ermita, en la cueva, en el cerro.

Baja sí, de su habitación de vez en cuando, y en los momentos que preceden a lo anormal.

Y entonces hace conjuros, si es sorguiña de la costa, escudriña el mar, alza su vista al cielo y consulta las palmas de sus manos.

A veces la tormenta sigue a sus palabras y una coincidencia la da fama duradera.

Hoy existe la sorguiña, pero no labora con los elementos de otras épocas, ni hace arte brujeril.

Han desaparecido de su ajuar el *pote*, el *sapo*, el *unguento*, la *escoba*, la *suela negra*, etc. Ya no se reúne con los mozos del pueblo y mozas, para danzar abominablemente, siendo maestro de *tamboriñ* Juan de Elgueta. Ya el *akelarre* está solitario y no son sacados por las ventanas niños de 1 a 11 años, a quienes se exige renegar de la fe católica y de María Santísima, ya no se verifica la *misa negra*, ni se reparten los *polvos negros*. El cerro está solo, triste y negro.

La sorguiña, biznieta de aquellas grandes brujas que se llamaron *Maria Illarra* y *Antonia Zozaya*, está, si, en su cueva, pero ha perdido gran parte de su ascendiente y majestad. Su influencia es poca en la multitud. Sólo de vez en cuando llega al umbral de su covacha el pastor montero, o la moza plañidera.

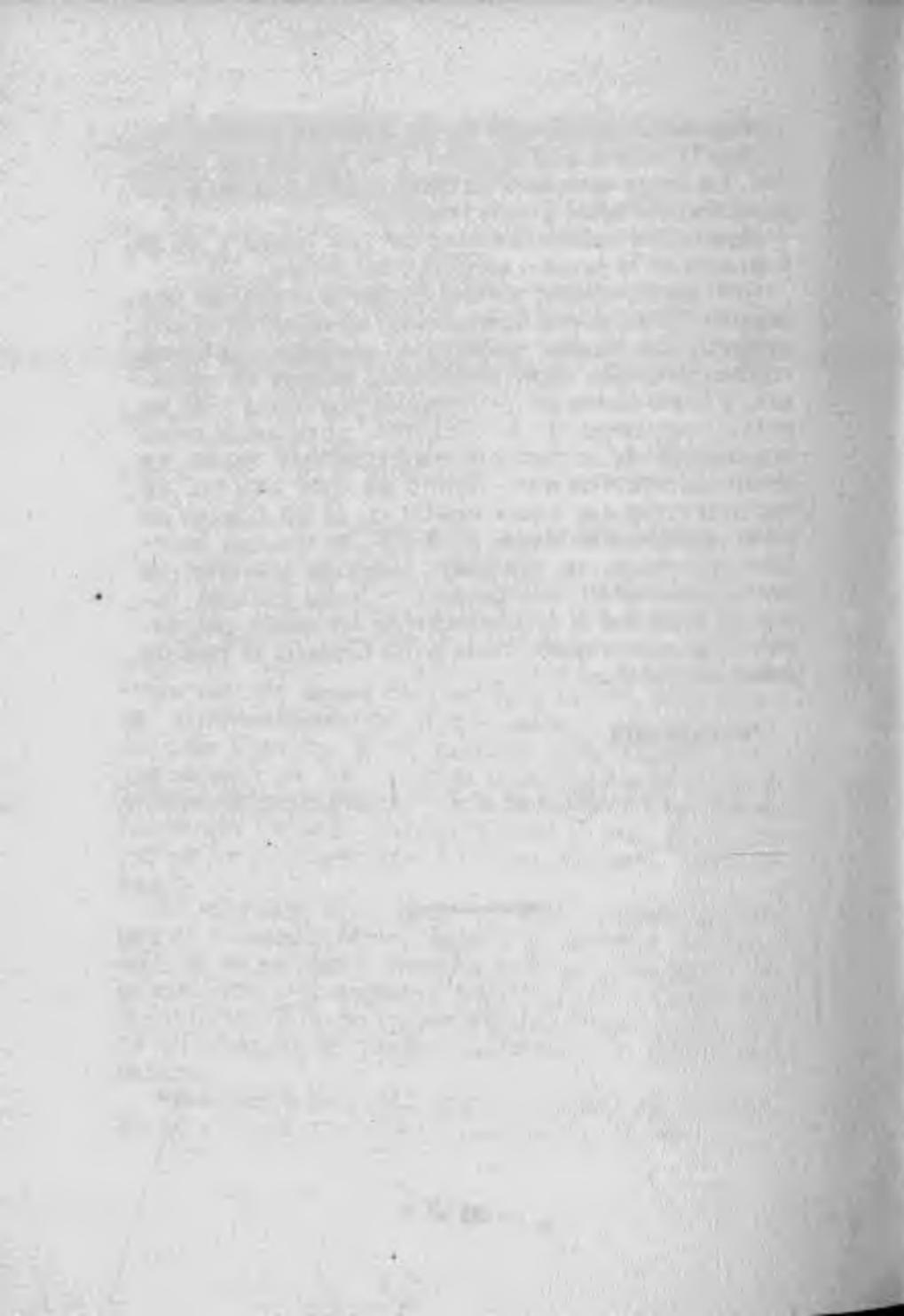
Pero jah! la sorguiña vasca ha dejado en el pueblo su leyenda de luces y de manzanas de oro.

Las mozas del pueblo en los amargos sucesos cùbrese la cara con el delantal y se mesan los cabelllos. La bruja agitadora de otras edades enseñó a sus ascendientes estos gestos fanáticos.

Los niños hablan también del pan negro y de la manzana de la bruja o sorguiña del monte.

¡Oh país creador! ¡Oh imaginación espiritual que organizaste en plena dominación monasterial el arte brujeril, de vuelos nocturnos, visiones sublimes, contemplaciones espiritualísimas, danzas de serranía, y fuiste causa de las leyendas populares y de las gestas nobiliarias, yo te recuerdo, poniéndote como argumento de la potente espiritualidad vasca, en frente de aquellos que, viendo un mar muerto, no quieren creer que antes existió en él un núcleo de siete populosas ciudades en donde se alzaban edificios soberbios, se pintaban historias murales, se armonizaba misteriosamente y se hacia popular entre los rapsodas el arte creador de los sabios patriarciales que nos trajeron de la bella Circasia la rosa de todos los saberes!

Octubre-1918.



LA CASA MAYORAZGA

I

(Salieron los gamboinos con
la luna la noche de Navidad
del año...)

1420.—La torre del valle de Amézqueta alzábbase silenciosa y en su almenado adarve hacia guardia un escudero, mientras un grupo de peones dormitaba al amparo de las recias cotas. «Por la vereda del Izarra se descubre gente» advirtió el centinela a uno de los que reposaban; «es la mesnada del señor de Achega, a juzgar por los toques de bocina; sigue descansando». Poco después aparecían grupos de caballeros en todas direcciones; los arriscados banderizos llegaban capitaneando sus gentes.

Un caballero descabalga ahora ante la ojival puerta del castillo, resplandece el dorado casco, la diestra entre los gavilanes, el peto ostenta emblemáticos signos, su blanca cabellera dice avanzada edad, ya desaparece en el interior del zaguán. Es el esclarcido Rudegio de Iznaga, casi doblado por los años, aunque recio de condición; como éste van desapareciendo en el zaguán de la torre otros caballeros, todos ascienden a la sala de armas por granítica escalera; los donceles, pajés y lacayos aguardan en la emparedada del solar, expuestos impávidos al frío de aquel Diciembre lluvioso y nevado y al vendaval que silbaba rechinante.

Ladrón de Balda, habla con arrojo y gran orgullo,

de vengar malos fechos a él y a su generación inferidos; escúchanle Fernando de Gamboa, Iván de Iraeta, Reinaldo de Echega, con las celadas en alto y los pechos en ira.

«Salen de la torre con todo el poder de los gamboinos, con una luna, la noche de Navidad e atravesando muchos montes e valles, llegan en alborada en Lescano, e salta Juan López Lescano de la cama en camisón por una ventana al río, que va so la casa, e pasa a nado allende e así escapa de la muerte; e matan unos dies omes en la casa e a cerca della, e deguellan a Martín López su hermano que era de doce años, en los brazos de su madre...»

Es la pasión de la guerra, que convierte al banderizo en nibelungo sin freno, y sobre «quién vale más», por los del linaje rompe con el estruendo de las armas el sagrado silencio de la mística noche de Navidad. La torre del valle vió salir por sus torres a tales caballeros y ella permaneciendo estable y muda, tal vez vituperóles su selvático empeño.

¡La pasión de la guerra, es el mar bravio sin acantilados!

II

(Entre los tapices de los salones y junto a las mesas de ébano oriental se han dicho cosas muy lindas porque se han sentido impresiones muy sensibles.)

1654.—Contemplo el mismo valle de Amézqueta que hace tres siglos; allí está la torre de Balda, pero ha perdido su primitiva forma, lo que daba aspecto guerreador y bárbaro a sus graníticas murallas, ahora tiene cuatro balcones y en su frontis campea un escudo realzado por corona de duque.

El señor de la casa-torre no se llama Balda ni Ladrón, ostenta además un título merced del Rey de

Castilla y ha tiempo se menguó en su linaje el apellido de los banderizos de antaño.

La sala de armas es un hermoso salón, decorado con tapices y mobiliario portugués; en antiguo sillón de cuero de Córdoba, que ostenta las armas de familia, se halla una dama de blancos rizos y brial oscuro; un mastín del Pirineo vése a sus pies; la dama lee atentamente un libro de hojas apergamindadas; ahora, levantando un tapiz antiguo, aparece un pajé; «el señor llega», dice con respeto; poco después desciende de la litera el Duque de Bracamonte y abraza a sus hijos y madre; ésta, la señora de blanco cabello y monjil oscuro leía cuando entró el duque un horrendo pasaje de aquel viejo libro; mostróle al duque, éste leyó. «La noche de Navidad del año del Señor 1420 salieron con una luna, con todo el poder de los gamboinos, Fernando de Balda . . .

y apartó el libro de sí.

«Yo vengo de la corte tras luengas jornadas, dijo, por saludarlos a Vos mi señora y por pasar con Vos la noche de Navidad dejé el Consejo Real y toda la real casa.»

Entonces la noble anciana abrió un cofre de madera aromática y puso en la mano de su hijo el duque un anillo de oro con las armas del linaje; ofreciéole las armas como noble señora y el oro como tierna madre. ¡La pasión del amor, es como un ramo de flores, que se dobla blando sobre nuestro seno!

III

(*Hodie natus est nobis veniente adoremus:—hoy ha nacido para nosotros, venid adoradlo.*)

1912.—Contemplo el mismo valle de Amézqueta, aquel solar de Balda, aquella torre, pero ahora está rodeada por otros edificios, veo también una iglesia;

al amparo de un noble hidalgo nació un pueblo, la casa-torre fundada fué antes que la villa; en aquella casa-torre de anchos balcones vése todavía el nobiliario escudo, la sala de armas. El amplio salón apenas reconozco; en él están postrados unos hombres de negras vestiduras y adelgazados semblantes; ante una multitud de luces y ante una imagen de infante reclinado, observo a otros varones de ascéticos semblantes y de ricas vestiduras; oigo también un canto suavísimo, y una música angélica y solemne. Por ningún lado descubro al noble hidalgo Duque de Bracamonte, ni veo a su anciana madre; los cánticos siguen, los señores de esta casa torre debieron morir, y pensando ésto me arrodillé junto a los monjes que oraban (el palacio de Balda era por venta de una heredera sin prole, convento de Benitos) yo suíme esenciando con las voces que angélicas sonaban, era la noche de Navidad, el órgano difundía sus acordes de armonía cristalina, abriánse las escalas y volvían a irse apagando lentamente, parecióme que allí había de permanecer para siempre.

¡La pasión mística es un abrazo íntimo que da Dios pocas veces a los hombres!



Al dia siguiente levantéme entrada la mañana y recorriendo los tránsitos del convento, encontré en un cuarto sin luz y destartalado, unos objetos; allí entre el polvo yacía el libro de viejos pergaminos, un casco férreo de Ladrón de Balda y un lienzo, roto, del Duque de Bracamonte, consejero del Rey.

El monje que me acompañaba dijome que aquello estaba ya vendido a un comprador de cosas viejas.

Diciembre-1912.

